

CARLOS ALBERTO PATIÑO VILLA

HECHOS Y RELATOS DE NACIÓN

1819-2019

HECHOS Y RELATOS DE NACIÓN

1819-2019

CARLOS ALBERTO PATIÑO VILLA

HECHOS Y RELATOS DE NACIÓN
1819-2019



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA

Bogotá, D.C., 2020

© Universidad Nacional de Colombia - Sede Bogotá
Instituto de Estudios Urbanos - IEU
© Carlos Alberto Patiño Villa, autor, 2020

Primera edición, 2020

ISBN: 9789587942828 (digital)

Colección Ciudades, Estados y Política
Instituto de Estudios Urbanos - IEU

Edición
Editorial Universidad Nacional de Colombia
direditorial@unal.edu.co
www.editorial.unal.edu.co

Instituto de Estudios Urbanos - IEU
Director: Fabio Zambrano Pantoja
Centro Editorial IEU
Coordinadora: Ana Patricia Montoya Pino
Editora: Solvey Castro Otálora

Diseño de la colección: Inti Guevara
Coordinación editorial: Liliana C. Guzmán Ríos
Corrección de estilo: Omar Andrés Portilla Melo
Diagramación y diseño de cubierta: Andrea Kratzer M.
Imagen de cubierta e imágenes internas: patrimonio documental del Archivo General de la Nación.



Creative Commons Attribution Non Commercial-No Derivatives
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>

Editado en Bogotá, D.C., Colombia, 2020.

Catalogación en la publicación Universidad Nacional de Colombia

Patiño Villa, Carlos Alberto, 1965-

Hechos y relatos de nación : 1819-2019 / Carlos Alberto Patiño Villa. -- Primera edición. -- Bogotá : Universidad Nacional de Colombia. Instituto de Estudios Urbanos (IEU), 2020.

1 Acceso en línea (156 páginas) : ilustraciones a color, mapas, planos. -- (Colección Ciudades, Estados y Política)

Incluye referencias bibliográficas e índices toponímico y onomástico
ISBN 978-958-794-282-8 (en línea)

1. Historia -- Colombia -- 1819-2019 -- Entrevistas 2. Batalla de Boyacá -- Historia -- Colombia -- 1819 -- Entrevistas 3. Bicentenario 4. Construcción de nación 5. Colombia -- Historia -- Guerra de la Independencia, 1810-1819 -- Entrevistas
I. Título II. Serie

CDD-23 986.10072 / 2020

Contenido

Introducción	11
OSCAR ALMARIO GARCÍA	
Proceso de construcción del relato de nación	17
DANIEL GUTIÉRREZ ARDILA	
Los mitos y la campaña libertadora	27
ISIDRO VANEGAS USECHE	
Las batallas de Boyacá	37
MARGARITA GARRIDO OTOYA	
Inventar una república. Dilemas y azares en el siglo XIX	45
CARLOS CAMACHO ARANGO	
La paz y la guerra en la República	53
FERNANDO MONTENEGRO LIZARRALDE	
Consolidación de la vida urbana	63
FABIO ZAMBRANO PANTOJA	
Consecuencias de la vida urbana	73
MAURICIO NIETO OLARTE	
Ciencia, política e Independencia	81
GONZALO ANDRADE CORREA	
La biodiversidad desde antes de la Independencia	91
SANDRA BORDA GUZMÁN	
La política exterior desde la Independencia	101

JAVIER ORTIZ CASSIANI

La población negra en la invención de la nación 113

FRANCISCO ORTEGA MARTÍNEZ

Cultura política de la Independencia 121

GERMÁN BULA ESCOBAR

Colombia, una nación inconclusa 131

Referencias 137

Lecturas recomendadas 139

Perfil del autor 141

Perfiles de los entrevistados 143

Índice toponímico 149

Índice onomástico 151

Agradecimientos

A Óscar Almario García, Daniel Gutiérrez Ardila, Isidro Vanegas Useche, Margarita Garrido Otoy, Carlos Camacho Arango, Fabio Zambrano Pantoja, Sandra Borda Guzmán, Fernando Montenegro Lizarralde, Mauricio Nieto Olarte, Gonzalo Andrade Correa, Javier Ortiz Cassiani, Francisco Ortega Martínez y Germán Bula Escobar, por haber aceptado la invitación a participar en la serie de televisión *Hechos y Relatos de Nación*, de UN Televisión, de la Universidad Nacional de Colombia; sus análisis y reflexiones hicieron posible la realización de este libro.

Al Archivo General de la Nación, por suministrar las valiosas imágenes que acompañan cada una de las entrevistas.

Al Centro Editorial del Instituto de Estudios Urbanos, bajo la coordinación de la profesora Ana Patricia Montoya Pino, por su labor de curaduría.

Un agradecimiento especial al equipo humano de UN Televisión de la Unidad de Medios de la Universidad Nacional de Colombia, por el apoyo técnico y periodístico para la producción de la serie audiovisual mencionada, y a Paola Medellín Aranguren por la transcripción de las entrevistas.

Introducción

En 2019 se celebró en el país la conmemoración del bicentenario de los hechos ocurridos el 7 de agosto de 1819 en la batalla de Boyacá. Esta última fecha marcó uno de los hitos más importantes de la historia de Colombia, como el momento en el que los patriotas repuntaron, decisivamente, para, primero, alcanzar la victoria sobre las fuerzas realistas y, segundo, pese a los focos de resistencia española, empezar a erigir una república independiente. La victoria patriota de 1819, en cabeza de Simón Bolívar, cambió decisivamente el rumbo de las luchas por la Independencia no solo de Colombia, sino también de otras naciones suramericanas que hoy se conocen como Venezuela, Ecuador, Perú y Bolivia.

En 2010, el Gobierno y la sociedad colombiana celebraron la primera versión del bicentenario de la Independencia, al conmemorar los hechos del 20 de julio de 1810, momento que determinó la primera ruptura contra la monarquía española de Fernando VII y el inicio del periodo conocido tradicionalmente como “Patria Boba”. Sin embargo, a pesar de su denominación, estos años fueron de suma importancia, dado que marcaron el inicio de una tentativa de Independencia de la Nueva Granada, que se consolidó en acontecimientos posteriores como la mencionada batalla de Boyacá, en 1819; la firma de una Constitución para la República de Colombia en la Villa del Rosario de Cúcuta, en 1821; y la disolución de la Gran Colombia, en 1831, entre otros.

El triunfo de la batalla de Boyacá por parte de las fuerzas patriotas coincidió con acontecimientos paralelos en Europa, como el apoyo de los comerciantes británicos a la causa independentista suramericana o la sublevación de algunos contingentes militares que estaban a punto de ser embarcados a Hispanoamérica para aplastar el movimiento independentista, los cuales obligaron a Fernando VII a restaurar el gobierno constitucional. Adicionalmente, fue de suma importancia el reconocimiento internacional de la causa patriota, como el recibido en 1820 por parte de la Cámara de Representantes de Estados Unidos.

De esta manera, la batalla de Boyacá de 1819 se ha recordado en historia colombiana como uno de los sucesos más influyentes para los cambios sociales que permitieron a los patriotas consolidar la Independencia, median-

te el establecimiento de un gobierno constitucional. En este sentido, conmemorar los acontecimientos que demarcaron los primeros intentos de la construcción de una nación, y analizar los procesos históricos que el país ha vivido durante más de doscientos años son fundamentales para comprender los debates aún vigentes en la sociedad colombiana, acerca de la superación de la violencia, la diversidad de intereses, las divisiones sociales y étnicas, las debilidades institucionales, las rivalidades regionales y el carácter de una sociedad y un Estado que aún se encuentran en proceso de construcción.

Por otro lado, analizar los procesos históricos permite abordar cuestiones contemporáneas sobre el país, tales como: ¿dónde estamos ahora?, ¿cómo hemos llegado aquí?, ¿ha existido siempre la violencia en Colombia?, ¿ha sido un país marcado por permanentes conflictos y fracasos constantes en sus procesos institucionales?, ¿qué papel han desempeñado la sociedad urbana, la ciencia, la política, la producción artística, el arte, la literatura en la construcción de un relato de nación?, ¿cuál ha sido el papel de las Fuerzas Militares y el servicio diplomático en la construcción del Estado?, y ¿qué desafíos tenemos para seguir en el futuro?

Sin embargo, dentro de la sociedad colombiana, persiste la ausencia de un relato común de una nación, la falta de unanimidad en los marcos de referencia históricos y, en general, un desconocimiento de los hechos que han cimentado los avances y desarrollos en los procesos sociales, sus aciertos y fracasos, así como los principales problemas de la institucionalidad política del país.

Por esta razón, en 2010, la Universidad Nacional de Colombia (UN) se hizo presente, entre otros, con una serie de televisión denominada *Hechos y Relatos de Nación*, que permitió, durante veintiséis capítulos, hacer un balance de la construcción del Estado y la nación colombiana.

En 2019, la UN retoma este proyecto y, en trece nuevos capítulos, profundiza en diversos elementos como los mitos que rodean el proceso de Independencia, la construcción del relato de nación, la vida urbana, la relación entre ciencia y política, las relaciones internacionales, la cultura y el arte y las consecuencias de estos procesos en la Colombia del siglo XXI.

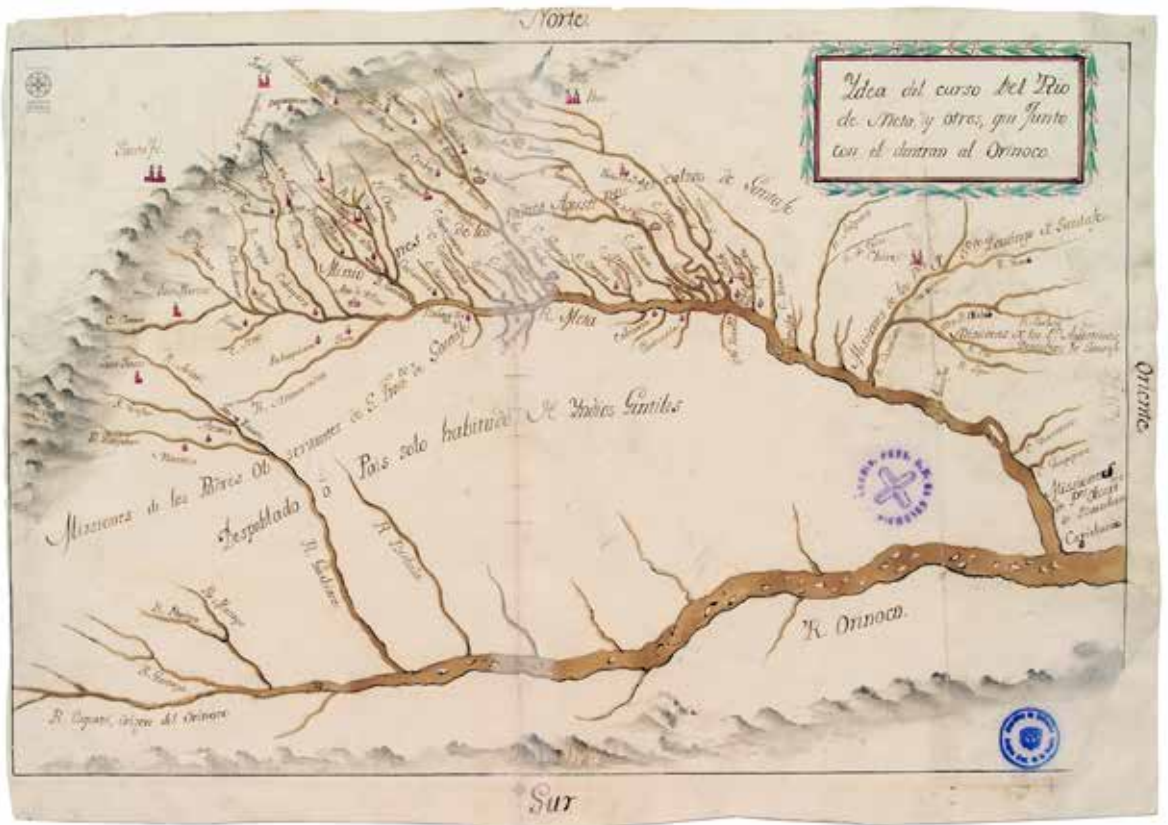
En esta edición, en la que participan historiadores, arquitectos, sociólogos y biólogos, entre otros, el lector encuentra un análisis detallado de los mitos que rodean el proceso de Independencia y han contribuido a la construcción del relato de nación e identidad, que fundamentan la historia de

Colombia, en la mirada de los historiadores Óscar Almario García, Daniel Gutiérrez Ardila e Isidro Vanegas Useche. Más adelante, se profundiza en los dilemas y azares de inventar una república en un escenario caracterizado por momentos de guerra y paz, con los también historiadores Margarita Garrido Otoya y Carlos Camacho Arango.

Con la experiencia y conocimiento del historiador urbano Fabio Zambrano Pantoja y el arquitecto Fernando Montenegro Lizarralde, se ahonda en la consolidación de la vida urbana, desde la Independencia y las consecuencias de este proceso en las ciudades colombianas del siglo XXI. Por otro lado, se analiza la estrecha relación entre ciencia y política a lo largo de doscientos años de vida republicana, con el doctor en Historia de las Ciencias, Mauricio Nieto Olarte y el biólogo Gonzalo Andrade Correa.

Otros temas abordados en esta edición de *Hechos y relatos de nación* fueron, por un lado, la relación del país con el mundo y el manejo de la política exterior, tema que se analizó con la politóloga Sandra Borda Guzmán y, por otro, los diferentes actores que intervinieron en el proceso de Independencia, tales como la población afro, los artesanos, las mujeres y los indígenas, entre otros, destacados por los historiadores Javier Ortiz Cassiani y Francisco Ortega Martínez. Finalmente, en los doscientos años de historia republicana, el Estado nación ha tenido un proceso de formación histórica, política, económica y social de las instituciones del orden político, tema que explica Germán Bula Escobar, abogado y magistrado del Consejo de Estado.

Carlos Alberto Patiño Villa
Profesor Titular Universidad Nacional de Colombia
Instituto de Estudios Urbanos (IEU)



Misiones en el río Meta: Padres de Santo Domingo, Observantes, Agustinos (s. f.).

Fuente: patrimonio documental del Archivo General de la Nación.
Sección Mapas y Planos, Mapoteca 4 Ref. 680 A.

OSCAR ALMARIO GARCÍA

Proceso de construcción del relato de nación

Celebrado el bicentenario de la Independencia en 2010, en relación con los hechos ocurridos el 20 de julio de 1810, cuando se proclamó el grito de Independencia, este 2019 se retoman conmemoraciones por lo sucedido el 7 de agosto de 1819, con la victoria de la batalla de Boyacá. Esta nueva celebración ha revivido la discusión sobre las fechas clave que marcaron la transición del país, desde una forma de vida monárquica hacia la consolidación de la Independencia y el inicio de la vida republicana; al mismo tiempo, abre el debate por otras conmemoraciones en los próximos años, dada la importancia de otros acontecimientos, como la firma de la Constitución de Villa del Rosario de Cúcuta en 1821 o la disolución de la Gran Colombia en 1830-1831.

Para entender este proceso y saber cómo, a partir de allí, se ha construido un relato de nación, hablamos con Óscar Almario García, doctor en Antropología Social y Cultural y profesor titular de la Universidad Nacional de Colombia; donde es director del Centro de Investigación e Innovación Social (CIIS) de la Facultad de Ciencias Humanas y Económicas de la Sede Medellín.

Carlos Alberto Patiño Villa (C.A.P.V.): ¿Por qué celebrar un bicentenario de la Independencia en 2019, en referencia a los acontecimientos de 1819, si en Colombia ya lo conmemoramos en 2010 por lo sucedido en 1810?

Oscar Almario García (O.A.G.): Debe tenerse claro que tanto la Independencia como su interpretación, en cuanto fenómeno histórico y político, son todavía un tema en debate; también que, en buena medida, las celebraciones y conmemoraciones están a travesadas por esas disputas. ¿Qué es más importante: 1810 o 1819? Frente a este tipo de disyuntivas, los historiadores

hemos reivindicado el carácter de ese fenómeno, quiere decir que nos enfrentamos al análisis de un fenómeno histórico que, como tal, ocurrió en un tiempo determinado; que no tuvo una sola causa; es decir, se trata de algo extremadamente complejo, no definido por un solo acontecimiento. En ese sentido, las fechas conmemorativas deberían apuntar a ser indicativas de acontecimientos más relevantes que otros. Pero, en esencia, lo que hay que celebrar, conmemorar y analizar es el proceso de lograr la Independencia. Este proceso tuvo una dinámica que va desde 1808 hasta, por lo menos, 1830 con toda la cantidad de acontecimientos y actores comprendidos en ese periodo.

C.A.P.V.: Usted habla de la falta de un relato de nación que permita explicar este asunto. Pareciera ser que, para muchos, existe la idea de que los Estados y las naciones, tal como las entendemos hoy en América Latina, fueron las que se independizaron, ¿es esto cierto?

O.A.G.: Las naciones no anteceden al proceso de la Independencia. Es decir, en ninguno de estos países existía una nación neogranadina, quiteña o venezolana. Lo que existía eran unos reinos dependientes del Imperio español. Ni siquiera eran colonias, realmente eran Reinos de Indias, sometidos a un proceso de cambio, a raíz del llamado reformismo borbónico. Fundamentalmente, existían unas ciudades patrimoniales que, a su vez, habían erigido unas provincias. Todo el territorio del virreinato del Nuevo Reino de Granada estaba fracturado, no solamente por la compleja geografía desde la Guyana hasta la Audiencia de Quito, pasando por los Andes colombianos, sino fracturada por la presencia de estas provincias. En ese momento, no hay una identidad única preexistente al proceso de la Independencia. Se trataba de muchas identidades que, en el camino, irían transformándose hasta asumir una identidad nueva, a la que llamamos “identidad nacional”.

C.A.P.V.: En la monarquía hispánica, ¿el poder estaba fracturado o cimentado en las áreas urbanas?

O.A.G.: El poder es complejo porque está en transformación. Además, hay que entender a aquella monarquía como el resultado de una lucha con otra dinastía: hablamos de que el proceso de Independencia tiene que ver con la dinastía borbónica, pero esta se impuso, un siglo antes, sobre la dinastía de los Austrias y, entonces, cambiaron las dinámicas de poder. Los Austrias tenían una lógica de poder basada en el respeto a los fueros de los ayuntamientos, municipios y comunas, y a los pactos escritos y no escritos con las

comunidades; aunque eso también fue cambiando en la medida en que el absolutismo se fortalecía. Con el cambio dinástico, se acentuaron las tendencias absolutistas, se suprimieron, en buena medida, los pactos preexistentes y se desató un proceso centralizador que, a su vez, trató de trasladarse a los Reinos de Indias.

C.A.P.V.: Teniendo en cuenta esto, en el caso de Colombia, ¿tendríamos que volver a celebrar el bicentenario en 2031, en aras de que entre 1819 y 1831 tampoco existió la Nueva Granada sino otro Estado llamado la Gran Colombia?

O.A.G.: Justamente el tema de estas conmemoraciones sucesivas, insisto en ello, es resultado de una ausencia de visión de Estado y de visión ciudadana sobre un relato de nación, no necesariamente homogéneo, pero por lo menos con unos marcos referenciales que permitan entender lo ocurrido. En nuestro caso, el problema es que ese relato de Nación se frustró muy rápido, por la lucha entre los independentistas que habían logrado ponerse de acuerdo con la Constitución de Villa del Rosario de Cúcuta en 1821. Esta, entonces, sería la próxima conmemoración por la primera Constitución que reunió, sobre la base de una deliberación previa, a los pueblos de Venezuela y la Nueva Granada. Es decir, en 2021 tendríamos que estar conmemorando otro bicentenario y luego en 2030 y 2031, por la disolución de la Gran Colombia.

Quiero devolverme al tema de lo que pasó hace diez años. La Universidad Nacional de Colombia y otras universidades del país estábamos en este proceso; el ambiente que había en ese momento es muy parecido al actual: el país estaba muy polarizado políticamente y el Gobierno de ese momento pensó que lo importante no eran las conmemoraciones de 1810 sino las de 1819. Tengo la lectura de que el Gobierno de ese momento, en cabeza de Álvaro Uribe Vélez, tenía la idea de que, por un lado, en 2019 el país estaría pacificado y controlado sobre la base de la derrota de los grupos insurgentes, en particular el de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-Ejército del Pueblo (Farc-EP)¹; por otro, que esa derrota haría que

1 Las Farc-EP fueron una guerrilla colombiana que se consolidó oficialmente en 1964 como un grupo insurgente que, siguiendo los protocolos de Ginebra, se organizó formalmente con un padrón militar jerarquizado visible. En 2017, tras la firma del Acuerdo Final, dejaron las armas y se convirtieron en el partido político Fuerza Alternativa Revolucionaria del Común. Para profundizar en el tema véanse los estatutos del partido (Farc, 2017).

la conmemoración de 2019 fuera más llamativa y lustrosa. Estos vaticinios se han cumplido en parte, pero muchos problemas de la institucionalidad política del país persisten.

C.A.P.V.: Ya que usted hace esa aclaración, ¿cómo se ha construido una idea de nación a lo largo de estos doscientos años?

O.A.G.: No se ha construido una idea de nación, y ese es parte de nuestros problemas. Para ponerlo en estos términos del análisis histórico, válidos no solamente por el tipo de acontecimiento que conmemoramos, sino por la fuerza de esos argumentos, básicamente la idea de nación es parte del proyecto que llevó a los independentistas a un proceso revolucionario. En otras palabras, no solamente el proceso independentista ocurrió en el tiempo, sino que ese proceso tenía carácter revolucionario, lo que implica que se cambian o modifican cuestiones fundamentales, entre ellas la idea de depender de una dinastía absoluta, a la de un pueblo soberano, atada a la de una nación.

En el contexto del siglo XIX, la nación es una idea liberal, es decir, solo una nación basada en la Constitución, las leyes y la separación de poderes podría ser una nación moderna y digna de hacer parte de lo que en la época se llamaba “concierto de las naciones”.

Los primeros patriotas evolucionaron hacia la idea de construir una nación en ese sentido liberal. Podemos decir que en este propósito todos fueron liberales. La Constitución de Villa del Rosario de Cúcuta es liberal, basada en ese tipo de principios. No obstante, el proyecto se frustró rápidamente por los enfrentamientos entre los dos bandos republicanos: uno con acento de democracia más o menos popular, representada en Francisco de Paula Santander y otro en una democracia con un principio de autoridad, representada en Simón Bolívar.

Esta lucha, planteada desde el principio, fue sorteada en aras de la Independencia. Pero se recrudeció después de los triunfos republicanos en la Campaña del Sur y la derrota definitiva del Imperio español en Perú. De manera que los republicanos, antes unidos, ahora se dividían en dos bandos irreconciliables, al punto de que Bolívar intentó un magnicidio sobre él y, a su vez, acusó a Santander de ser el inspirador de ese atentado. Estuvimos al borde de una atrocidad y es que los padres fundadores de la Nación moderna estuvieron muy cerca de ser eliminados por las disputas políticas que se plantearon en los bandos.

Es decir, desde los años 1826 y 1827, con mayor fuerza en 1828, y antes de la muerte física de Bolívar en 1830 y de la de Santander en 1840, los padres fundadores habían dividido al país. Desde esa época somos un país dividido en torno al modelo de Estado, institución y democracia. Por tanto, no tenemos un relato común ni referencial, sino un relato disputado sobre el origen de la nación. En términos simbólicos, esto impide la existencia de una historiografía que más o menos reúna las características que permitan que todos nos sintamos incluidos y representados.

C.A.P.V.: ¿Estas divisiones eran solo de los políticos y los padres fundadores, como usted los llama, o también pesaba la configuración de las regiones y sus cabeceras urbanas? Es decir, es evidente que Popayán representaba un proyecto totalmente distinto al de Santafé y estos dos, a su vez, representaban proyectos distintos al de Cartagena.

O.A.G.: Es una pregunta cuya respuesta es compleja. Habría que empezar por plantear que antes de que se reuniera el Congreso de Villa del Rosario de Cúcuta, prevalecían los intereses provinciales, prácticamente, de tres pueblos distintos que, a su vez, tenían fracturas internas: venezolanos, neogranadinos y quiteños. Lo que hizo Villa del Rosario de Cúcuta con su Constitución fue reunir al pueblo de Venezuela y la Nueva Granda; es decir, implica la invención de una nueva nación, pero las fracturas de memorias, tradiciones, anclajes territoriales e identitarios provinciales y localistas persisten. Sin embargo, el momento sublime de la Independencia hace que todos se reúnan en torno al “genio de Bolívar”, a quien unos y otros reconocen como el principal artífice del proceso, aunque las divisiones provinciales se mantenían.

Al momento de la crisis, con la desaparición política y física de Bolívar, se fracturó de nuevo la llamada Gran Colombia, un nombre que, realmente, no tuvo en la época, pero que así conoció la historiografía; ese momento en el que los tres pueblos estuvieron reunidos bajo un solo Estado. Ahí empezó una nueva fractura, Venezuela rompió liderado por José Antonio Páez; la Nueva Granda se relacionó con la figura de Francisco de Paula Santander y, en el sur, Ecuador lo hizo con la figura del general Juan José Flores. De manera que entonces hubo una primera fractura, a la que se agregan las provinciales, puesto que, frente a una idea rota de una Colombia grande, se generó una disputa por cómo las provincias presionarían sobre el centro para imponer sus intereses. Por ejemplo, Popayán y Cartagena seguían siendo territorios esclavistas y tenían la intención de prolongar la esclavización, aunque Bolívar y otros líderes independentistas estuvieron en contra.

Entonces, las provincias sí tuvieron un papel muy activo en el momento del regreso a una Colombia pequeña.

C.A.P.V.: ¿Realmente puede hablarse de una sola economía nacional que permita una integración social, política e incluso cultural, entre otras, porque las condiciones geográficas impedían un intercambio económico?, ¿inventar una nación es más algo de la segunda mitad del siglo XX?

O.A.G.: Las naciones siempre tienen dos dimensiones de lectura, una simbólica, épica e incluso legendaria; pero las naciones modernas son, en esencia, una invención de los Estados modernos. Como han analizado brillantes historiadores colombianos y extranjeros, el siglo XIX es una fragmentación del poder, que pasa por los poderes provinciales y el poder de los caudillos, a lo que hay que agregar la ausencia de un relato referencial de nación y una identidad simbólica, porque nos dividimos muy rápido en torno a las figuras fundadoras y creamos dos partidos que han sido más o menos irreconciliables.

De esa manera, podemos decir que, para que surja la base material de una Colombia moderna, que sustente a una nación que no sea solamente simbólica, se necesita superar las dificultades de la geografía. Nosotros no tuvimos un mercado nacional, ni un solo producto a lo largo del siglo XIX que representara a todas las regiones, por la diversidad geográfica y climática del país, por las dificultades de comunicación y por las rupturas provinciales, de manera que, prácticamente, el mercado nacional colombiano aparece en el siglo XX con la economía cafetera, las primeras industrias y con lo que los historiadores económicos llaman “periodo de la sustitución de importaciones”, que vino después de la crisis mundial del 1929 y 1930.

C.A.P.V.: Parte del debate ha sido preguntar si tenemos una especie de autores, pintores o grandes artistas, reconocidos como artistas nacionales. En 2014 murió Gabriel García Márquez, Premio Nobel de Literatura; un año antes, en 2013, falleció Álvaro Mutis, pero quedaron otros un poco marginales como Manuel Zapata Olivella y una serie de pintores que han ido quedando más o menos en la memoria, ¿ellos representarían a la nación?

O.A.G.: Sobre este tema, investigadores internacionales ya habían advertido la singularidad de la literatura y el arte colombianos, que también reflejan la fragmentación geográfica y del poder, y la falta de unidad simbólica de la nación colombiana.

C.A.P.V.: Agrego algo en lo que usted es experto, María de Jorge Isaacs²...

O.A.G.: Justamente este tipo de investigadores, expertos en novela histórica, han marcado cómo esto también es regional en Colombia. Es decir, no tenemos una novela nacional. Tomás Carrasquilla, Jorge Isaacs y Eugenio Díaz se reparten las regiones del país y la reflejan, pero no hay una novela exactamente nacional. Posiblemente la novela nacional apenas esté surgiendo con la nueva literatura que gira alrededor del tema de la violencia y la urbanización del país, como dos dinámicas que se trenzan. Seguramente esa literatura va a tener unas claves de lectura acerca de lo que somos o de cuál es nuestra condición como colectivo.

C.A.P.V.: ¿Usted se atrevería a recomendar dos o tres lecturas para que los colombianos tengamos una idea general de qué hemos sido como nación y cómo nos podemos construir como una nación integrada?

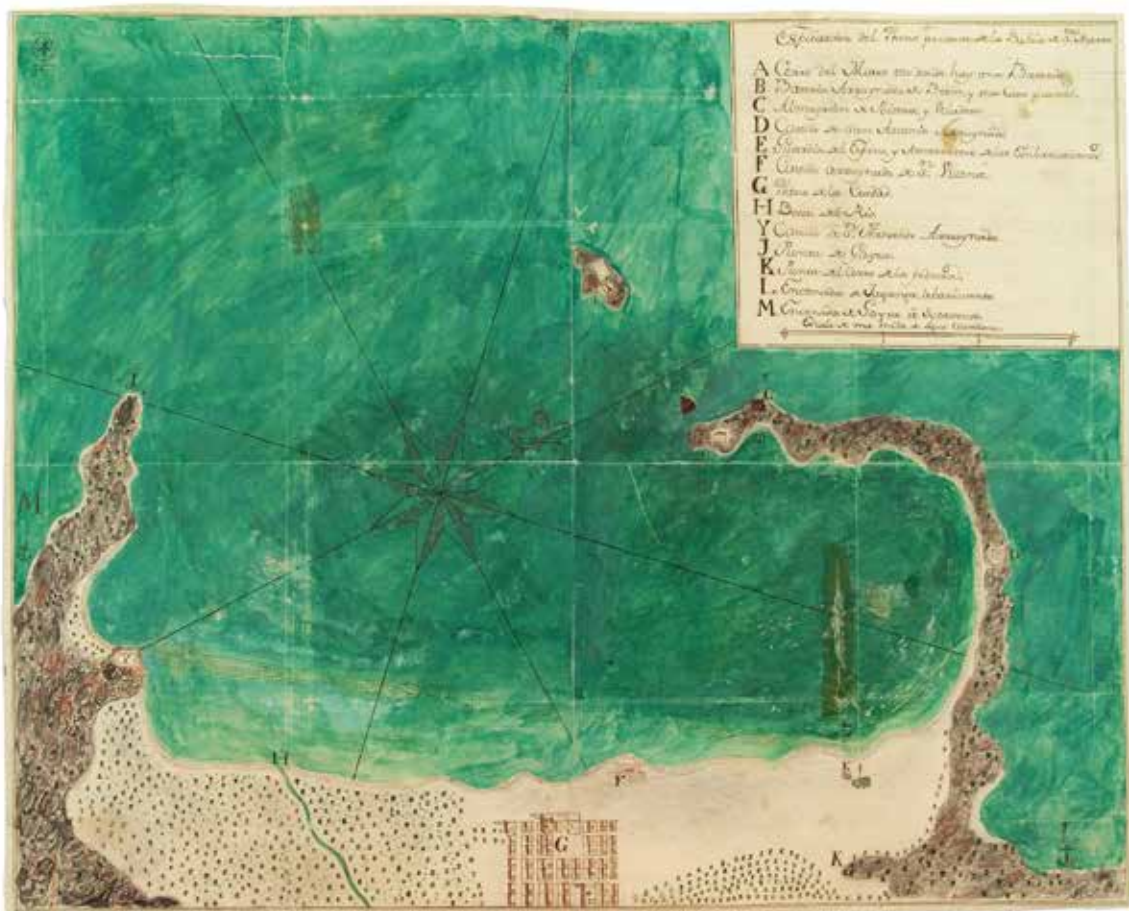
O.A.G.: Como mínimo habría que leer al gran historiador que inicia el análisis de este proceso de nuestra formación como república, el abogado antioqueño José Manuel Restrepo y su gran *Historia de la revolución de la República de Colombia en la América meridional* (1858); este libro fue publicado simultáneamente con los acontecimientos, cuando estaban vivos los grandes protagonistas, en París en 1827 y se reeditó en 1858. Como mínimo los colombianos, aunque se trata de un texto extenso, deberían saber de la existencia de este libro y de un diario de la guerra en el que él consignó toda la cronología. Posiblemente su interpretación sea discutible, pero el libro en sí es muy valioso.

Recomendaría seguir a los historiadores contemporáneos que están produciendo textos extraordinarios sobre por qué éramos un reino y no una colonia, y por qué aquí hubo constitucionalismo revolucionario; tanto así que produjimos casi una veintena de textos constitucionales, imaginando cómo debíamos ser. Además, los textos que reivindican la presencia de los sectores populares, indígenas, afrodescendientes y sectores artesanales, urbanos y populares a lo largo y ancho de la Nueva Granada. No menciono

2 *María*, del escritor y poeta Jorge Isaacs, fue publicada en 1867. El escenario de la novela fue la hacienda El Paraíso en el departamento colombiano del Valle del Cauca. La historia se centra en la relación amorosa de dos adolescentes, Efraín y María. Esta obra dio inicio al romanticismo en Colombia y logró un importante reconocimiento a nivel internacional; esta novela refleja, entre otras cosas, el regionalismo de la literatura colombiana del siglo XIX.

sus autores precisamente para que no se produzcan tensiones, pero hay una nueva historiografía en marcha en el país, que hay que seguir.

También conviene preservar nuestra memoria, los museos y los archivos, tanto el General de la Nación como los archivos provinciales y locales, que van a tener un papel muy importante en la construcción de ese relato de nación que necesitamos que nos incluya a todos y que vaya más allá de los héroes.



Plano de la bahía de Santa Marta (1700).

Fuente: patrimonio documental del Archivo General de la Nación.
Sección Mapas y Planos, Mapoteca 4 Ref. 427 A.

DANIEL GUTIÉRREZ ARDILA

Los mitos y la campaña libertadora

Diversos mitos han rodeado los acontecimientos que desencadenaron el proceso de la Independencia; lo ocurrido en la campaña libertadora promovida por Simón Bolívar, que culminó con la batalla de Boyacá, y la entrada victoriosa de Bolívar a Santafé han sido narrados en la historiografía desde diferentes miradas, unas más acertadas que otras. Estas narraciones han dejado interrogantes importantes en cuanto a cómo y en qué condiciones ocurrió este proceso. ¿Qué pasó en 1818 y en 1819?, ¿cómo fueron los movimientos militares y políticos entre realistas y patriotas?, ¿qué armamento utilizaron?, ¿cuánta infantería tenían unos y otros?, ¿qué consecuencias institucionales y políticas hubo de estos enfrentamientos?, y ¿qué mecanismos de control territorial asumieron?

Para entender este proceso y sus consecuencias para la República de Colombia, consultamos al historiador Daniel Gutiérrez Ardila, doctor en Historia de la Universidad París 1, Panteón-Sorbona; docente investigador del Centro de Estudios en Historia (CEHIS), de la Universidad Externado de Colombia, y autor del libro *1819, campaña de la Nueva Granada*.

Carlos Alberto Patiño Villa (C.A.P.V.): Hay una referencia abstracta de la batalla de Boyacá, muchos piensan que la década de 1810 no fue significativa, incluso la denominan “Patria Boba”, ¿es verdad que la década de 1810 fue una “Patria Boba” y que la batalla de Boyacá solo fue una impostura?

Daniel Gutiérrez Ardila (D.G.A.): La década de 1810 es fundamental, porque entonces se aclimataron las instituciones republicanas en el Nuevo Reino y fue cuando se recompuso la unidad del antiguo virreinato mediante pactos políticos. Un grupo de historiadores en el país lleva años luchando para que esta idea simplista de la “Patria Boba” no siga prosperando; pero

parece que todo esfuerzo es vano. Esto se debe a una visión general de los colombianos sobre la historia del país; es una lectura pesimista y, sobre todo, una transposición de la difícil historia que ha tenido Colombia en los últimos cuarenta años a la generalidad de nuestra existencia.

C.A.P.V.: Le propongo que vayamos por partes para entender esa década, fundamental para la actualidad. Primero hubo una implosión de la Corona, después la toma efectiva de los franceses, entretanto, ¿qué sucedía en América?

D.G.A.: En América, se produjo, en principio, un movimiento fidelista. La generalidad de los vasallos apoyaba a la Corona, al menos en sus manifestaciones exteriores. Para significar su compromiso, todos recurrieron a una frase muy gastada: derramar hasta la última gota de sangre por el monarca. Además, contribuyeron con donativos para ayudar a financiar el esfuerzo bélico en la península ibérica. Sin embargo, cuando las tropas francesas se internaron en Andalucía, parecía ya muy difícil que los españoles pudieran ganar la guerra.

En ese momento, empezó a considerarse con seriedad la posibilidad de crear gobiernos interinos, mientras se aclaraba la situación española. Entonces, surgieron diversas juntas en el Nuevo Reino de Granada: lo interesante es que ello sucedió primero en las provincias antes que en la capital, de manera que esta última perdió la iniciativa política. A partir de ese momento, Santafé tuvo que tratar con gobiernos ya constituidos, sin lograr liderazgo, contrario a lo que ocurrió en otros lugares de América con la formación de un gobierno general.

C.A.P.V.: ¿Puede decirse que en América y, en especial, en la Nueva Granada, los Gobiernos constituidos surgían de las áreas urbanas?

D.G.A.: En efecto, en las ciudades y villas, aunque en ocasiones también hubo juntas creadas en poblaciones que no tenían estos títulos. También hay algo interesante en nuestros territorios: surgieron gobiernos rivales en casi todas las provincias, como en la de Cartagena, que debió oponerse a las veleidades secesionistas de Mompox. Algo semejante sucedió en Pamplona, Tunja y Popayán. En consecuencia, las antiguas capitales provinciales debieron, mediante la razón o la fuerza, unificar la autoridad en sus territorios respectivos. Por tanto, un segundo paso fue tratar de reconstituir la unidad del antiguo territorio virreinal, mediante los mismos expedientes, es decir, la política o la guerra.

C.A.P.V.: Creando una confederación...

D.G.A.: Porque esa era, en cierto sentido, la consecuencia lógica del inicio del proceso. Esto, considerando que ya se había creado una serie de gobiernos, el camino lógico era que estos gobiernos se confederaran. Desde muy temprano también surgió la idea de crear una gran convención, es decir, una reunión constituyente para sentar las bases de un nuevo Estado. Sin embargo, en principio el expediente al que había que recurrir era el de la confederación, unir a los gobiernos ya creados por las urgencias de la guerra y las dificultades mismas del proceso.

C.A.P.V.: Usted es autor de un libro intitulado *1819, campaña de la Nueva Granada*. Este es de los pocos textos que en la Colombia contemporánea narra un hecho clave: la guerra entre 1818 y 1819 que llevó a la batalla del Pantano de Vargas y a la batalla del Puente de Boyacá, ¿Qué ocurrió alrededor de este asunto?

D.G.A.: Lo que nos motivó a Carlos Camacho, editor del libro, Santiago Guevara, el ilustrador y a mí fue el atroz desconocimiento de los colombianos (sin distinción de formación académica o nivel sociocultural) sobre los hechos más relevantes de nuestra historia. Nos motivó también contar una historia muy interesante a nuestro juicio: la de un grupo reducido de soldados y oficiales, mal vestidos y escasamente armados, que emprende una expedición en pleno invierno y asciende por uno de los pasos más difíciles de la cordillera. Por eso, uno de los protagonistas del libro es el agua, porque en el libro llueve todo el tiempo, y a mí me parecía muy importante sentar este tipo de cosas y combatir el empobrecimiento progresivo del relato sobre la campaña a partir del centenario.

En 1910, las circunstancias eran trágicas para la República, se había perdido Panamá, después de la terrible Guerra de los Mil Días. Entonces, la Independencia pareció servir como cemento de un país que se desmoronaba. Ahora bien, seguir repitiendo en nuestros días el discurso diseñado entonces es una mala idea. La pregunta es por qué nadie en este país se había atrevido a escribir una historia sencilla, que confrontara eso que la historiadora venezolana Inés Quintero ha llamado “el relato invariable” (2011).

C.A.P.V.: ¿Hubo una guerra?

D.G.A.: Sobre todo en Venezuela, sí. En el Nuevo Reino hubo guerra, pero fue de menor intensidad. Es curioso que la mayor parte del territorio virreinal optara rápidamente por la revolución, y que esta no fuera inquietada

durante un sexenio en la mayoría de las provincias. Eso tiene mucho que ver con lo sucedido en 1815-1816, cuando las Provincias Unidas se desplomaron ante la llegada del numeroso ejército pacificador, al que resultaba muy difícil vencer. Quiero decir que los revolucionarios neogranadinos habían pasado un sexenio relativamente tranquilo, haciendo la revolución, no la guerra.

C.A.P.V.: En su libro usted incurre en algo que ya venían diciendo Tulio Halperín Donghi, Jaime Rodríguez y Tomás Pérez Vejo, desmontar el mito de que se trató de enfrentamientos de criollos contra españoles. En todos los bandos había todo tipo de personas, de castas, de miembros de sociedades, de grupos, incluso algunos de los que el relato histórico ha mostrado como profundos sometidos, como gran parte de las comunidades indígenas que resultaron profundamente realistas.

D.G.A.: Estas ideas equivocadas y persistentes son difíciles de erradicar; los colombianos siguen pensando que esto fue una guerra entre criollos patriotas y peninsulares realistas. Esto es evidentemente falso: abundante documentación lo demuestra.

30

Pablo Morillo tuvo que dejar a buena parte de su ejército en Venezuela, porque si bien allí habían triunfado los realistas en 1814, venían cometiendo muchas atrocidades. El comandante del ejército pacificador optó, entonces, por dejar allí soldados españoles y traer al Nuevo Reino soldados y oficiales venezolanos. A continuación, entre los europeos se produjo gran mortandad, no solamente por la guerra, también por enfermedades y epidemias, de manera que los reclutas criollos vinieron a llenar las bajas. Para evitar las desertiones, se enviaban venezolanos al Nuevo Reino y neogranadinos a Venezuela.

La idea de independizarse como una pugna de criollos patriotas y españoles realistas es tan difícil de erradicar, que contra ella se baten en vano los académicos, cuanto menos desde comienzos de siglo XX. Laureano Vallenilla Lanz había expuesto, por ejemplo, en *Cesarismo democrático* (1919) que aquella confrontación había sido una guerra civil, recordado que aun cuando José Manuel Restrepo era consciente de esa realidad, decidió emplear los términos de “españoles” y “americanos”, sencillamente porque la suya era una obra políticamente comprometida.

C.A.P.V.: ¿Es decir que el mismo Restrepo falseó la documentación y los hechos para privilegiar un relato en favor de la Independencia?

D.G.A.: Por supuesto. Su propósito era doble: por una parte, promover un proyecto político dentro y fuera del país; por otra, facilitar la reconciliación de esos que ya se llamaban colombianos a sí mismos, difundiendo la ficción de que todos eran patriotas por naturaleza. De ahí surgió esa idea tan hilarante del “americano desnaturalizado”.

C.A.P.V.: Uno de los puntos más interesantes en este conjunto de batallas de 1819 es la huida de Juan Sámano, de Santa Fe de Bogotá *ad portas* de la llegada de Simón Bolívar y sus lanceros venezolanos, dejando el dinero que el mismo José María Barreiro le había pedido para comprar fusiles, cañones, vestimenta y alimentos.

D.G.A.: Sí, efectivamente. Es muy curiosa también la manera en la que Sámano se fugó: presa del terror, no logró reflexionar ni diseñar una estrategia defensiva, a pesar de que contaba con buenas tropas. En lugar de ello, decidió disfrazarse de campesino sabanero para escapar con vida. Esto es muy semejante a lo ocurrido en Francia, cuando Luis XVI trató de escapar del poder de los revolucionarios disfrazado de burgués. Al travestirse de ese modo, uno y otro abjuraban de su dignidad. Eso es, de alguna manera, el fin de la monarquía.

C.A.P.V.: Es fascinante este asunto de pasar el páramo de Pisba; lloviendo; muchos hombres mueren; la mayoría va desnudo o con taparrabos; es decir, no había una dotación militar. Pero del otro lado la situación no era mejor. Entonces, cuéntenos cómo fue esa guerra.

D.G.A.: Ciertamente, se trata de dos ejércitos en muy malas condiciones. La indigencia de los patriotas era alucinante: la travesía por el páramo fue tan difícil que dejaron tiradas armas y munición. Para recuperarlas, los oficiales enviaron a campesinos de la zona. La situación de los realistas era más llevadera, aunque el coronel Barreiro nunca logró uniformar y apertrechar a sus hombres como hubiera deseado. La situación cambió radicalmente por la colaboración de los campesinos del altiplano, que favoreció a los revolucionarios.

Lo que me llama la atención es cómo fue creándose muy rápidamente una tradición para falsear ese estado de precariedad, porque esta situación parecía vergonzosa a los independentistas. Entonces, se optó por vestir mejor a soldados y oficiales en las pinturas y grabados, donde se ve impecables y uniformados.

He estado leyendo la correspondencia del Cauca de 1820-1823 y ocurre lo mismo. El gobernador de la provincia insiste en que sus hombres están desnudos y hambrientos y duermen en las calles sin cobija. Nada raro, entonces, que las deserciones fueran masivas. Para evitarlas, los reclutas eran alojados en edificios, los cuales estaban sometidos a estricta vigilancia. Esa precariedad lleva a preguntarse cómo fue posible ganar una guerra en semejantes circunstancias.

C.A.P.V.: Se esconde algo muy interesante en ese relato, y es que desmonta uno de los mitos del proceso: que todos los que luchaban estaban profundamente comprometidos con la Independencia, es decir, muchos estaban obligados por conscripción a hacer parte de los ejércitos patriotas.

D.G.A.: De hecho, uno de los castigos más comúnmente aplicados por las autoridades colombianas a los realistas reincidentes era capturarlos y enviarlos lejos de sus casas como soldados republicanos. De este modo, los guerrilleros que combatían a nombre de Fernando VII se transformaron, a la fuerza, en libertadores en Quito y Perú. Imagino que la convivencia con otros soldados que llevaban muchos años allí y que habían estado en las campañas de Venezuela desde los años de 1810, que habían vivido en los llanos y sentían un orgullo muy grande de pertenecer a esa exitosa maquinaria de guerra, contribuyó significativamente a cambiar la manera de pensar de muchos de ellos.

C.A.P.V.: Usted habla de armas y de números que no superaban los 2500 o 3000 hombres, contando tanto infantería como caballería. Si uno piensa, por ejemplo, en una guerra que estaba armándose en el mismo momento, la Independencia de Grecia, estamos hablando de ejércitos de hasta 100 mil hombres; es decir, estas guerras son muy pequeñas.

D.G.A.: Desde luego, son guerras pequeñas, pero no poco violentas, puesto que lo esencial de los combates se hacía con arma blanca. En 1819, el grupo que venía de los llanos era muy pequeño. Los realistas también tenían problemas para reclutar. Es verdad, además, que a partir de este año hubo un reclutamiento cada vez mayor, que llevó a altos índices de militarización. Esto se explica por la necesidad de hacer la guerra simultáneamente en Venezuela, el Caribe, Quito, Guayaquil y Perú. Fuera de eso, se crearon milicias en la retaguardia, porque, estando en plena Restauración, se temió durante toda la década que los monarcas europeos coligados invadieran Colombia. De manera que hubo una gran militarización de la sociedad y eso significa la pobreza de muchas familias y el abandono de los campos,

junto a un gran adoctrinamiento por parte del ejército y movimientos excepcionales de población.

C.A.P.V.: Esta mirada en detalle desmonta el mito de que Pablo Morillo era una especie de bestia opresora. Cuando uno lee muchos de los asuntos de Pablo Morillo puede interpretarse que era mucho más sensato de lo que el mito ha construido.

D.G.A.: Morillo es una personalidad compleja. Para empezar, era muy gordo: en los informes de los oficiales de marina francesa que anduvieron por Venezuela en esos años, se habla de un tipo que difícilmente se montaba al caballo. Estaba convencido de que la pacificación de Venezuela y el Nuevo Reino tenía que hacerse a las malas. En eso no estaban de acuerdo todos, pues parte de los agentes del rey pensaba que esto solo podría lograrse mediante el olvido de lo pasado. Por ejemplo, Toribio Montes, presidente de Quito, había hecho una pacificación exitosa, basada en este principio, perdonando a los principales cabecillas de la revolución y ubicándolos en altos puestos gubernamentales.

Son dos pacificaciones alternativas. Por eso insisto en la importancia de estudiar ambas, porque en el momento mismo en que Morillo estaba obligando a ciertas provincias a acogerse a este esquema de pacificación, en otras hubo oficiales del ejército pacificador que impedían las ejecuciones y las persecuciones. Entonces, no es sensato analizar esta película sin las dos caras de la moneda: la mitad de las provincias estuvieron sometidas a un tipo de pacificación violenta, pero la otra mitad no. En estas últimas hubo baja militarización y participación de las élites revolucionarias en el gobierno restaurado. Lo que se desprende de esta idea no es lo que siempre hemos oído decir de criollos ajusticiados en los cadalsos por sanguinarios oficiales del ejército pacificador. En lugar de las trayectorias rectilíneas, en la mayoría de los casos, lo que se ve son cambios de bando: si en 1810 los hombres del Nuevo Reino fueron revolucionarios, en 1816 serían realistas y en 1819 volverían a ser revolucionarios. Esto es muy importante.

C.A.P.V.: ¿Qué importancia tiene conocer estos detalles vistos hoy, doscientos años después de la creación de la República?

D.G.A.: Lo primero es que vale la pena conocer estas historias, porque son interesantes y conmovedoras. Es decir, por las mismas razones por las que usted quiere leer un libro sobre la Segunda Guerra Mundial o sobre las cruzadas. Lo segundo es que conocer la historia de su propio país le permite al ciudadano situarse lúcidamente en lo relativo al ámbito político.

C.A.P.V.: En ese contexto es interesante conocer el Congreso de Angostura³ y el surgimiento de una Colombia que implicaba la Capitanía general de Venezuela, el virreinato de la Nueva Granada y la Capitanía de Quito, ¿tendremos que celebrar un nuevo bicentenario más adelante?

D.G.A.: Estamos condenados a los bicentenarios por lo menos hasta 1831, cuando realmente surgió lo que podríamos llamar nuestra República, por el desmoronamiento de la Gran Colombia y el surgimiento como entidad independiente de la Nueva Granada, con unas fronteras que son más o menos las que conocemos hoy. También será muy interesante que en 2021 salgan nuevos trabajos sobre ese Congreso constituyente de Cúcuta y todas las discusiones tan interesantes que tuvieron lugar allí.

3 El 15 de febrero de 1819 se instaló en Angostura, Venezuela, el Segundo Congreso Nacional de Venezuela (Congreso de Angostura). Esto se realizó en medio de las guerras de Independencia en las que el virreinato de la Nueva Granada, la Capitanía general de Venezuela y la Capitanía de Quito libraban batallas contra la Corona. El Congreso de Angostura fue decisivo para la Independencia y la consolidación de un nuevo Estado libre y soberano que la historiografía llamó “Gran Colombia” (Museo Nacional de Colombia, 2019).



Plano puntual del terreno que corresponde a las ciudades de Cartago y Buga. Valle del Cauca desde Supía, hasta Arma (1779).

Fuente: patrimonio documental del Archivo General de la Nación. Sección Mapas y Planos, Mapoteca 4 Ref. 354 A.

ISIDRO VANEGAS USECHE

Las batallas de Boyacá

Colombia conmemora, todos los 7 de agosto, la batalla de Boyacá, como símbolo de la Independencia del país y el inicio de la República. Sin embargo, hoy cuando se están conmemorando doscientos años se abre el debate sobre los relatos de esa historia y los hechos que persisten vagamente en la memoria nacional. Reaparecen cuestionamientos sobre los detalles que rodearon la campaña libertadora y acontecimientos como la batalla de Boyacá, tales como quiénes y de qué manera participaron, y cuál era la verdadera relación entre venezolanos y neogranadinos; también preguntas por los llamados “héroes de la patria” como Simón Bolívar y Francisco de Paula Santander, y por otros actores que fueron clave en el triunfo de la Independencia, entre otros.

Para acercarnos a esta discusión dialogamos con Isidro Vanegas Useche, sociólogo, doctor en Historia y profesor de Historia en la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia (Tunja); autor de *Las batallas de Boyacá. Hombres, mujeres, experiencias* (2019). En su libro, Vanegas Useche se propone evidenciar nuevos elementos de interpretación de la Independencia, y permite un acercamiento a los actores que hicieron parte fundamental de este proceso.

Carlos Alberto Patiño Villa (C.A.P.V.): Existe una noción consensuada mítica de la Independencia. Lo digo porque observo una subvaloración de la década de 1810 y sigue siendo frecuente utilizar el término de “Patria Boba”. En su libro se confronta con esos mitos, ¿en realidad estuvimos frente a una “Patria Boba” en 1808, 1810, 1819 y 1831?

Isidro Vanegas Useche (I.V.U.): De ninguna manera puede hablarse de “Patria Boba”; esa designación y su pervivencia revelan un desconocimiento

de la riqueza institucional e intelectual que se dio, en estos años de las primeras repúblicas o de la revolución neogranadina, las cuales, sin duda, son términos mucho más adecuados para designarlas, porque muestran la complejidad de los acontecimientos, los personajes y los actos que legaron cosas importantes a los colombianos. En esa medida, hablar de “Patria Boba” es un exabrupto.

C.A.P.V.: Muchas personas suelen suponer que había buena y estrecha relación entre neogranadinos y venezolanos, ¿qué tanta afinidad había?

I.V.U.: Muchas cosas importantes deben esclarecerse en cuanto a la relación de los venezolanos y los neogranadinos en la Independencia. Sin duda, los venezolanos fueron importantes en estas luchas, eran militarmente mucho más capaces, crearon una milicia más competente y hubo líderes intelectuales notables. Pero los neogranadinos fueron capaces de liderar su propia autonomización, de apropiarse del pensamiento moderno de la época, en términos políticos, y forjaron una tradición muy particular, distinta de la de Venezuela.

Nuestra tradición es una en la que los militares no tienen un papel destacado, ni política ni socialmente. Esto hace que se haga mayor énfasis en la lucha política, la creación y el debate político, y que se dé menos espacio a las voces autoritarias. Nunca hemos congeniado con lo militar; ese es un legado fundamental de los primeros neogranadinos, que crearon una tradición en la que, por ejemplo, la guerra a muerte de Bolívar fue muy mal vista. Terminaron articulándose a la lucha que habían organizado los venezolanos en el oriente, a partir de Angostura, pero con suspicacia con respecto a la posibilidad de que los venezolanos pudieran querer hegemonizar todo lo que en la época se llamaba “tierra firme”. Es decir, los venezolanos terminaron tratando de organizar estos dos embriones de naciones como si fueran un territorio para ser manejado militarmente.

De otro lado, hubo varias formas de colaboración entre venezolanos y neogranadinos. Los venezolanos, por ejemplo, aportaron una radicalización a la revolución en 1812, cuando llegaron los emigrados de Venezuela; pero los neogranadinos forjaron una historia particular y se afirmaron en que la Nueva Granada era distinta. El proyecto de la República de Colombia de 1819-1830 nació muy frágil, porque ya había dos culturas políticas distintas. Si bien había un proyecto común, que era, sobre todo, construir una fuerza militar y un Estado capaces de enfrentarse de manera exitosa a la Corona española, había dos procesos políticos con raíces distintas. Esto es impor-

tante para comprender por qué no funcionó el proyecto de la República de Colombia, un proyecto de Bolívar hecho a la medida de los deseos de lo que luego se llamó “Gran Colombia”.

C.A.P.V.: Cuéntenos sobre dos hechos importantes: la conformación de ejércitos neogranadinos y la aparición de guerrillas, sobre todo, en la zona de Boyacá.

I.V.U.: El ejército neogranadino, el que llegó a mediados de 1819 a la Provincia de Tunja, desde donde luego se diseminó por el centro de este antiguo virreinato, estaba conformado en parte por venezolanos e ingleses traídos por Bolívar desde Angostura. Sin embargo, la gran parte de soldados que llegaron a combatir al Pantano de Vargas o a la batalla de Boyacá eran neogranadinos, muchos de ellos, llaneros reclutados por Santander en los meses anteriores. Es, en esa medida, un ejército construido sobre la marcha.

Conviene tener en cuenta que la formación de un soldado en esas condiciones, Santander lo cuenta, duraba tres semanas: se enseñaba a los soldados los movimientos militares básicos; lo mínimo para marchar; saber tomar las órdenes y, desde luego, a manejar el arma. Lo novedoso del análisis es que muchos de esos soldados eran del altiplano, de la Provincia de Tunja, de lo que hoy es Boyacá, los cuales se incorporaron en su mayoría de manera voluntaria. Esto es importante, porque la mitología se ha construido con base en el soldado llanero que, indudablemente, fue importante, pero se ha olvidado este otro componente fundamental. Es importante que la población de la Provincia de Tunja se incorpora al ejército, no solo por ese hecho, sino porque el apoyo de los campesinos, los hacendados y las mujeres es fundamental para entender el triunfo de los ejércitos patriotas. Es decir, este ejército triunfó no solamente por la capacidad organizativa de Santander y por la pericia militar de Bolívar, sino también por el apoyo masivo del altiplano.

C.A.P.V.: Nos han dicho siempre que estos ejércitos patriotas iban con el “corazón en la mano” para luchar por la Independencia, pero la verdad es que al leer en detalle los archivos, se encuentra que no es así: había muchos motivos para enlistarse, como cobrar venganza, obtener un pago y acceder al botín de los derrotados, entre otros. Además, tampoco era tan claro que unos fueran “patriotas” y otros “realistas”.

I.V.U.: Las múltiples motivaciones que había en ese ejército son un punto muy importante. Es normal que, en todos los ejércitos, los soldados vayan por una cantidad de motivos que no son los mismos del alto mando o el

general, que finalmente es convertido en héroe. Hay motivos particulares como la venganza, el botín o la posibilidad de salir de la propia comarca. Tampoco hay que ignorar a la gente que acudió a este llamado por razones políticas, es decir, porque se sentía en medio de una decisión fundamental de apostar por una nueva nación, una república y nuevos derechos. En su momento, era algo que no gozaba de atributos claros, este proyecto era algo indefinido, pero mucha gente le apostó de manera intuitiva y otros de manera más elaborada.

Son motivos muy variados, que se conjugan: el que va con una idea muy clara de qué es una república, probablemente, esté también motivado por razones personales. La guerra crea un círculo vicioso de violencia y rencor, necesario en todas las guerras. No puede haber una guerra sin un enemigo, una pasión que impulse a la gente a hacer cosas que normalmente no haría.

C.A.P.V.: Otra de las cosas que se nos han dicho insistentemente es que había unas grandes fuerzas realistas, muy poderosas, que vinieron a ejecutar una represión brutal y que esto justifica el alzamiento moral de los independentistas, pero cuando uno mira las fuerzas de Pablo Morillo, desde la entrada están pidiendo más hombres, recursos, pólvora, fusiles y caballos; es una fuerza exigua para un inmenso territorio.

40

I.V.U.: Este es un elemento importante para repensar la Independencia. Desde luego, el relato patriota habla de unas tropas enemigas absolutamente poderosas, bien equipadas, con unidad de mando y un ejército ideal; mientras que a sus propias fuerzas las ubican en el otro extremo, desprovistas de armamento, famélicas, etc. Esto se entiende en los relatos de la guerra, que tienen que utilizar tales estrategias discursivas para afianzar su propia posición. En realidad, las tropas de la reconquista eran bastante frágiles; en términos de recursos, por ejemplo, Morillo está diciendo reiterativamente que no tenía dinero para pagar a los soldados, y así muchas carencias, como la misma vestimenta que no era tan abundante como figura en la iconografía.

Por el contrario, en las batallas del altiplano tunjano, los patriotas no fueron tan débiles. Por ejemplo, numéricamente fueron más en la batalla de Boyacá, pero el relato dice que los patriotas heroicos y abnegados, menos en cantidad, derrotaron a esas tropas realistas, mayores en número y calidad. Ahora bien, hay un elemento importante en la superioridad numérica de los patriotas, porque nos remite de nuevo al apoyo popular en el altiplano tunjano, es decir, la explicación del triunfo de las tropas patriotas se desplaza de los

altos mandos al respaldo de la gente que se sumaba de manera entusiasta y apoyaba a esos soldados patriotas, provenientes de los llanos en condiciones miserables: carentes de vestido, hambrientos y sin caballos. Pero insisto en que lo importante es la gente, su vinculación a las tropas, no solo en calidad de soldados sino con el apoyo de vestuario y alimentos, entre otros.

C.A.P.V.: ¿El apoyo estaba encarnado porque era un apoyo a Santander y los neogranadinos o porque era un apoyo a Simón Bolívar y los venezolanos?

I.V.U.: Hubo apoyo, en parte, debido a esos liderazgos. En los meses anteriores a la batalla de Boyacá, se conoce ya que la expedición hacia el centro del reino era inminente, se sabía que Bolívar vendría, que había patriotas organizando un ejército en los llanos y, sin duda, los liderazgos políticos y militares son fundamentales en la movilización de la gente. Pero hay algo centrado en esa movilización: las ilusiones creadas en esas primeras repúblicas, es decir, la historia de estas juntas, de las elecciones, de constituciones y nuevos gobiernos. Esto marca la vida de la gente y crea muchas ilusiones.

Las primeras repúblicas fueron caóticas, terminaron desgastando el ánimo de la gente, que se volvía pesimista con la posibilidad de un nuevo orden político, pero la represión de Pablo Morillo y José María Barreiro, que obligaron a la población a entregar todo lo que tenía para mantener el ejército realista, reavivó esas ilusiones de las primeras repúblicas.

Aparte de esos liderazgos militares tuvo lugar una especie de renovación de la ilusión que hizo a la gente vincularse y apoyar al ejército patriota. No se trató solo la represión de los realistas ni del liderazgo de Bolívar y Santander, sino también la mucha gente comprometida con un proyecto de nuevo orden político. Insisto, jamás fueron solo los líderes políticos, los notables de Tunja, sino toda gente comprometida con este proyecto político que vio, en 1819, la posibilidad de resurgir y, quizá, de hacerlo de forma más ordenada y firme que antes.

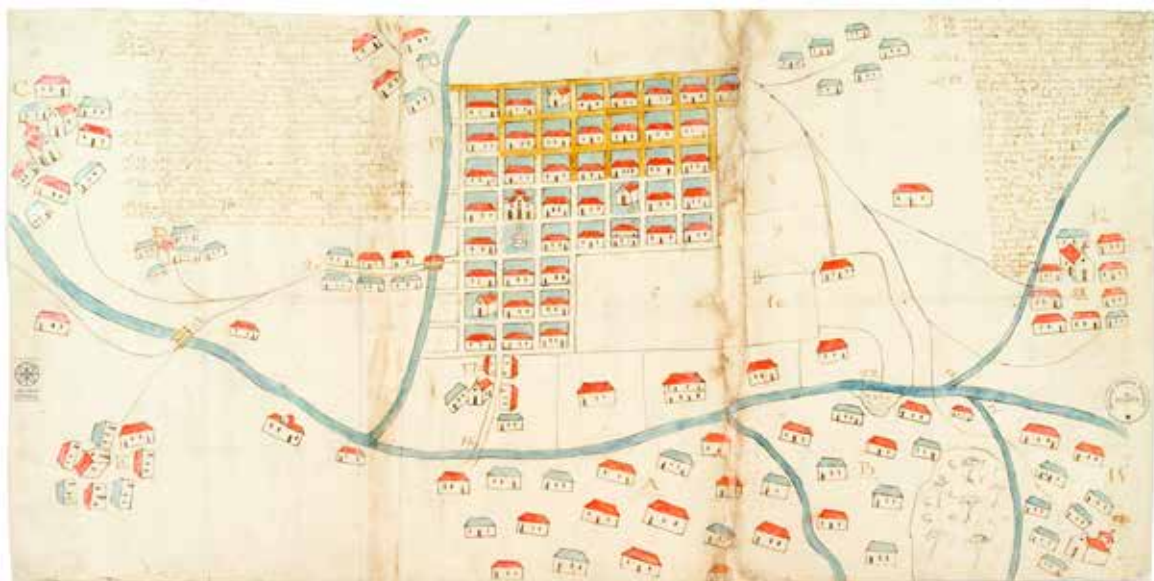
C.A.P.V.: Sus respuestas suscitan una cuestión interesante y es que, en Venezuela, los militares han jugado un rol importante en la conformación política, mientras que en Colombia su función se ha supeditado a las decisiones políticas, con sus explicaciones, esto tiene una clara interpretación sobre el proceso de la Independencia.

I.V.U.: Sin ninguna duda. Tanto en el caso venezolano como en el colombiano, el origen de la República marca toda nuestra historia. No es extraño

si se piensa en la historia de Estados Unidos, donde la revolución marcó profundamente lo que el país fue después. En nuestro caso, una de las cosas más positivas y que más gratitud podría provocarnos con respecto a quienes intervinieron es habernos legado cierta suspicacia con los militares, en el sentido de que los militares son un instrumento de la República, en el mejor de los casos, un instrumento de la libertad. De manera que es necesario ponerles un límite y, por eso, tienen que ser una organización pequeña manejada por civiles.

La existencia de unas grandes fuerzas armadas es extraña en la historia colombiana; es de los últimos veinte o treinta años. En toda nuestra historia anterior las fuerzas militares fueron pequeñas, a veces excesivamente; tenemos momentos en los que el ejército de todo el país fue de trescientos o quinientos soldados, para tratar de dar un poco de orden a este territorio inmenso con una población considerable. Otro elemento ligado a esto es la riqueza de nuestra historia constitucional, que también nace en esas primeras repúblicas y que a veces no valoramos suficientemente.

Con la celebración del bicentenario de 1819, se ha tendido a creer que todo comenzó en esa fecha, pero lo importante de este año es que se consolidó una independencia que ya venía dándose. No deben olvidarse las declaraciones de Independencia de 1813 y 1814, ni toda la movilización que tuvo lugar para independizarnos. Por un lado, es el afianzamiento de la vida independiente; por otro, la profundización del proyecto de la República. El año de 1819 fue una oportunidad para que tanto la Independencia como la República se materializaran y comenzaran a desarrollarse.



Nuestra Señora de la Candelaria de Medellín (1791).

Fuente: patrimonio documental del Archivo General de la Nación.
Sección Mapas y Planos, Mapoteca 4 Ref. 256 A.

MARGARITA GARRIDO OTOYA

Inventar una república. Dilemas y azares en el siglo XIX

En el marco del reciente Acuerdo Final, firmado con la antigua guerrilla de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-Ejército del Pueblo (Farc-EP)⁴, vale la pena analizar la tensa relación en la historia colombiana entre guerra y paz, y su influencia en la construcción de nación en el proceso de la Independencia. Para profundizar en este tema, consultamos a Margarita Garrido Otoyá, doctora en Historia de la Universidad de Oxford, Inglaterra; licenciada en Historia en la Universidad del Valle.

Carlos Alberto Patiño Villa (C.A.P.V.): Los historiadores extranjeros David Bushnell y Malcolm Deas, en distintos momentos, han afirmado que en Colombia no siempre hemos vivido en guerra, que en el siglo XIX hubo muchos periodos de paz. También afirman que, para hacer la guerra y la paz tenían formas dinámicas y distintas que pasaban, entre otras, por mecanismos y rituales de reconciliación en la sociedad. ¿Cómo entender estas afirmaciones?

Margarita Garrido Otoyá (M.G.O.): Tienen razón. Ellos señalan algo que iba en contravía de la idea de que en Colombia hemos vivido en guerra.

4 El *Acuerdo final para la terminación del conflicto y la construcción de una paz estable y duradera* se firmó el 24 de noviembre de 2016, entre el Gobierno nacional, representado por Juan Manuel Santos Calderón, entonces presidente de la República, y Timoleón Jiménez, entonces comandante del Estado Mayor de las Farc-EP. Este documento está compuesto por seis puntos fundamentales: (1) reforma rural integral; (2) participación política: apertura democrática para construir la paz; (3) cese al fuego y de hostilidades bilateral y definitivo y dejación de las armas; (4) solución al problema de las drogas ilícitas; (5) reparación a las víctimas y (6) mecanismos de implementación y verificación (Gobierno de Colombia y Farc-EP, 2016).

Esta noción surgió en los últimos treinta o cuarenta años, porque, cuando Álvaro Tirado Mejía escribió su artículo sobre las guerras civiles del siglo XIX, llamaba precisamente a que no nos olvidáramos de que nuestra democracia ha estado atravesada por guerras civiles, que habían sido olvidadas. Teníamos el mito de “la democracia más antigua de América” y de la “Ate- nas suramericana”. Después, con los últimos años de conflicto, se proyecta hacia atrás esa idea de que vivimos en guerra y, lo que es peor, se naturaliza y afirma que los colombianos somos naturalmente violentos. Revisitar esos periodos de paz o preguntarse por la paz, no solo en el siglo XX sino también en el siglo XIX, es una necesidad.

C.A.P.V.: Hay términos sorprendentes, vistos desde hoy, como los indultos y las clemencias que otorgaban los gobiernos a los alzados en armas; un proceso que además era repetitivo debido a la variación de quienes estaban en el poder.

M.G.O.: Cómo terminar las guerras es una pregunta de respuesta compleja. Fuera de la Guerra de los Mil Días⁵, en las guerras del siglo XIX no hay tratados o acuerdos. Lo que había era una paz definida por el vencedor, en la que, generalmente, se indultaba a las tropas, magnánimamente, sin restricciones: se les pedía devolver las armas y se castigaba a los jefes, especialmente con destierro, aunque también hubo fusilamientos. Los indultos eran de muchas clases, los primeros fueron disuasorios, para probar si con el indulto se lograba que la gente desistiera; después los indultos eran para terminar la guerra. Esto fue lo normal, aunque no en la primera guerra: en la guerra de 1839 a 1840 el gobierno de Márquez pensaba que debía acabarse con la facción enemiga. En otros momentos, en la guerra de 1860, en la primera parte, tenemos el caso de Mariano Ospina Rodríguez, que tampoco quiso aceptar la esponsión de Manizales firmada en 1860, para detener la guerra y manejar la situación con una especie de derecho de gentes; por el contrario, Ospina Rodríguez quiso grandes castigos.

Hay dos casos de fuertes castigos a las tropas: algunos esclavos de la guerra de 1840 que fueron ejecutados por haber participado en la guerra; y los artesanos de la guerra de 1854 que fueron enviados al Chagres. Carlos Camacho muestra que son mucho menos los enviados de lo que se creyó, pero la idea era enviarlos a una región a realizar trabajo forzado.

5 La Guerra de los Mil Días en Colombia, que inició en 1899, culminó oficialmente con la firma del Tratado de Wisconsin, un acuerdo de paz que puso fin a este conflicto entre liberales y conservadores.

C.A.P.V.: En la dinámica política, entre 1841 y 1854 se juntaron, entre otras cosas, las disputas entre federalismo y centralismo, los procesos de liberación de esclavos, la conformación de las ideas liberales más radicales y la creación o no de una república nueva, ¿qué pasa en ese contexto?

M.G.O.: Ese fue un momento maravilloso. Siguiendo a historiadores como Marco Palacios, sostenemos que los partidos políticos fueron constituyéndose desde la guerra de 1840, la primera después de que la República de Colombia se disolviera en 1830, aunque realmente se formalizaron en 1848. La disputa ideológica es muy fuerte, de modo que fueron definiéndose las líneas conservadoras y liberales. Pero las cuestiones como federalismo, relaciones con la Iglesia católica y la ampliación de la ciudadanía son los procesos más relevantes de este periodo. Allí se anclan los debates sobre educación laica o confesional y la abolición de la esclavitud, que implicaba la igualdad republicana.

Este es un tema central porque en una República y en un pensamiento liberales, o lo que yo llamo la “razón liberal”, era imposible la idea de esclavos. Los liberales querían abolir la esclavitud, el partido de José Hilario López y José María Obando pretendió hacerlo; mientras los conservadores se oponían y armaban una guerra. Cuando, en mayo de 1851, se declaró que a partir del 1 de enero de 1852 no habría esclavos, empezó la guerra, una confrontación que no duró mucho, pues antes de terminar el año estaba prácticamente decidida a favor del Gobierno, pero estos grupos, ubicados especialmente en Cauca, donde la esclavitud era más fuerte, no querían la abolición.

C.A.P.V.: Hay un personaje muy importante del que usted habla, Joaquín Mosquera, quien registró un cambio en su percepción frente a los esclavos, respecto a lo que debería ser la República y a la concepción de la ciudadanía, ¿quién es Joaquín Mosquera?

M.G.O.: Es extraordinario porque nos muestra la diferencia entre individuos, y cómo gente de una misma clase social no opera de la misma manera y puede tener opciones distintas. Joaquín Mosquera es miembro de la familia Mosquera de Popayán, compuesta por grandes terratenientes, hacendados y esclavistas con minas y haciendas muy ricas. La Constitución de 1821 decía que eran libres los hijos de los esclavos, lo que se llamó la libertad de vientres, pero no tendrían libertad hasta los 18 años. Como congresista, Mosquera fue de los que habían propuesto ampliar el plazo, argumentando que abolir la esclavitud era un golpe económico enorme y que con los dine-

ros de los hacendados se sostenía las iglesias y las obras de caridad. Es decir, tenía la idea de que unos tenían que acumular para repartir.

Cuando se dio la abolición de la esclavitud, Mosquera no se metió en la guerra en contra, sino que hizo algo extraordinario que cuenta en una carta a uno de los Cuervo, quien era su amigo: invitó a la mesa a los que habían sido sus esclavos y les dijo que de ahora en adelante obraran como si no se conocieran, que charlaran como personas libres y como si él fuera un extranjero. Les otorgó tierras y herramientas para que empezaran a realizar actividades agropecuarias y algunas minas para que fueran a trabajar. Esto fue algo extraordinario, porque incluso afirma que perdió dinero allí, pero que era algo que su conciencia le venía reclamando.

C.A.P.V.: Esto también es interesante si uno lo compara con otro Mosquera, Tomás Cipriano...

M.G.O.: Sí, en parte. Lo comparo más con el caso de Sergio Arboleda, quien en las mismas circunstancias y en la finca vecina, es decir en la misma región, dijo a sus esclavos que ya eran libres, pero estableció un régimen en el que tenían que reportar cada salida y en el que sus señoras tenían que trabajar ciertos días; ya no eran esclavos, pero en un régimen en el que no se asumía un cambio en el vínculo o el estatus de estas personas.

C.A.P.V.: Continuando con la historia de Joaquín Mosquera y eliminación de la esclavitud, ¿esto cómo transformó a la Nación en el siglo XIX y qué impacto tuvo en el siglo XX?

M.G.O.: La abolición de la esclavitud fue muy importante, aunque quedaran pocos esclavos, ya que no hablamos de la esclavitud del siglo XVIII, por lo menos en número. Es un punto de viraje para decir que ya no es la misma sociedad. La Constitución de 1853 proclamó la ciudadanía masculina universal que después volvió a ser restringida. Esta constitución, que no fue resultado de la guerra sino construida entre los dos partidos, asumió una cantidad de reformas liberales que tienen que ver con la posibilidad de participación de la ciudadanía y de elegir párrocos, algo muy importante.

En la costa atlántica, los párrocos reconocían a hijos ilegítimos; era una región donde el clero era escaso por tradición. Entonces tuvo lugar cierta primavera liberal, es algo que tenemos que rescatar. Los años 1853-1876, incluso unos años más, antes de 1886, a pesar de que hubo una paz con guerras, la famosa paz plagada de guerras de 1860 de la que habla Daniel Gutiérrez (2019), es un periodo de muchas libertades. Es ese periodo Can-

delario Obeso (1877) escribió “Expresión de mi amistad”, un poema que habla de la igualdad entre blancos, negros e indios:

*A cambio de mi amistad
Solo una cosa le pido
Conviene a saber: que apenas
Se halle en su domicilio
Le cuente a todito el mundo
Lo que aquí en Colombia ha visto;
Diga cómo ciudadanos
Son el negro, el blanco, el indio,
Cómo el señor presidente
Usa de humildes vestidos;
Como en raras ocasiones,
Siendo tan libres todíticos,
Ocurre un caso que espante
De un robo o de un homicidio.
No olvide en su relación
Que para ser señor ministro
No se necesita de más
Que de ciencia y de servicio.*

En ese periodo, hubo un momento de fiesta liberal, pero no podemos mitificarlo. Por su puesto, los artesanos no lograron el proteccionismo que querían, las tierras no fueron repartidas, la desamortización de bienes de manos muertas no llegó a los pobres y campesinos. Pero hubo libertades, capaces de cambiar las expectativas, de pensar que podría existir un mundo en el que las diferencias del color de la piel no fueran consideradas jerarquías naturales.

c.a.p.v.: Dentro de estas libertades está lo que mencionó acerca de la ciudadanía masculina universal. Es algo muy interesante porque, en el contexto del hemisferio americano, parece ser muy pronta esta manifestación.

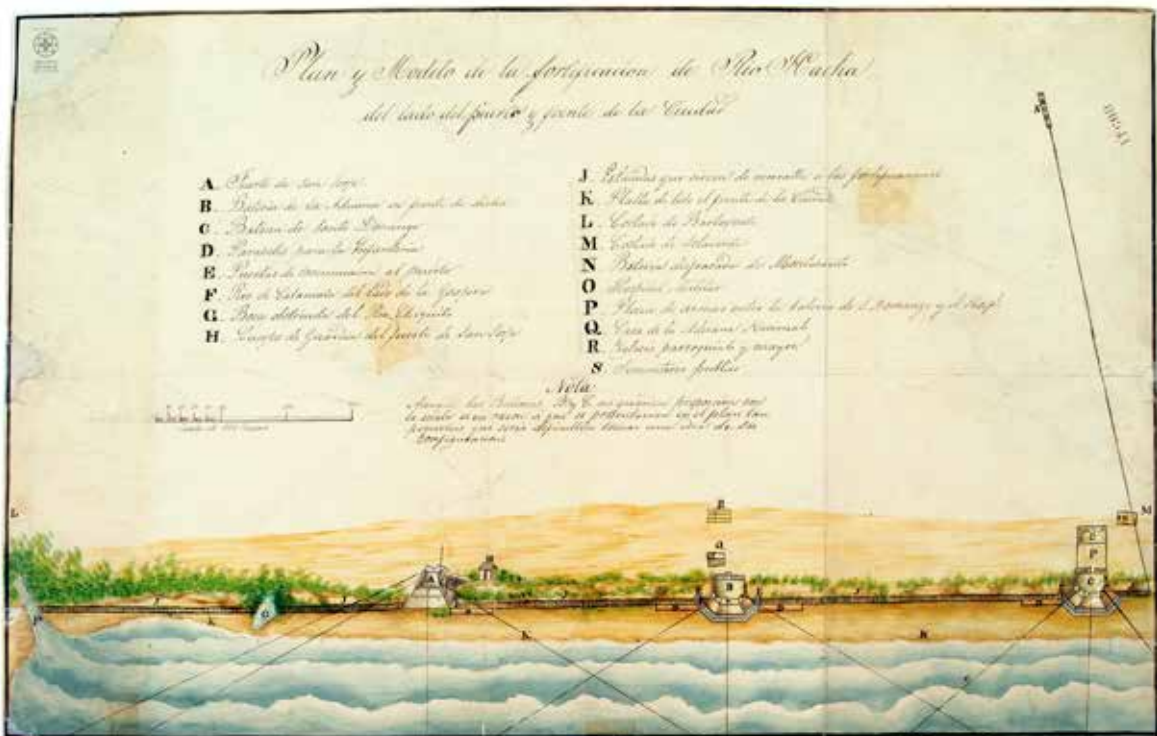
m.g.o.: Y hay otra más. En Santander incluso hubo un momento de voto femenino. Como los estados eran federados, definieron en su constitución el voto femenino; no duró mucho, pero existió. Es decir, el cambio en el

horizonte de expectativa, en las posibilidades de cómo se puede llegar a vivir distinto, fue extraordinario.

C.A.P.V.: Habría que preguntarse también qué papel tenía la prensa ilustrada de finales del siglo XIX y los proyectos científicos y culturales que aparecieron entonces.

M.G.O.: Está la Comisión Corográfica⁶, el gran proyecto científico, en el que se encuentra de todo. Es un acto de reconocimiento del país diverso; es visibilizar, dibujar el paisaje y la gente, es un reconocimiento extraordinario del país y sus habitantes y, en ese sentido, es incomparable. Inició mucho antes y pasó por varios gobiernos. Se encuentran otros rasgos que dicen, por ejemplo, que la clasificación social ya no fue por castas, negro, blanco o amarillo, sino por lo que he llamado la “jerarquización de los territorios”. Se trató de una mirada que venía desde Francisco José de Caldas y su idea de los climas y el carácter de las personas, idea que ahora tenía otra versión y, al final del siglo XIX y a principios del XX, fue reforzada con las ideas racistas de ese tiempo. Aquella era una nación que estaba inventándose, de modo que se observaba a sí misma para entenderse.

6 La Comisión Corográfica fue un proyecto cartográfico en la década de 1850 que permitió hacer el mapa del país, documentando costumbres, paisajes, itinerarios y descripciones gráficas de las personas y de los recursos naturales. Fue una iniciativa de Tomás Cipriano de Mosquera, quien logró convencer al coronel italiano Agustín Codazzi para que la ejecutara, visitando las diferentes provincias del país. La totalidad del Fondo Gráfico de la Comisión Corográfica se encuentra en línea a través del Catálogo de la Biblioteca Nacional de Colombia, en <https://bit.ly/30fBWiM>.



Plan y modelo de la fortificación de Rioacha (1800).

Fuente: patrimonio documental del Archivo General de la Nación.
 Sección Mapas y Planos, Mapoteca 4 Ref. 385 A.

CARLOS CAMACHO ARANGO

La paz y la guerra en la República

Popularmente, se habla de Colombia como un país violento, un territorio de permanentes conflictos y guerras. Sin embargo, cada etapa del país como república es diferente, con periodos de conflicto, guerras civiles y con momentos de paz. ¿Ha sido Colombia un país siempre violento?, ¿ha sido un país marcado por permanentes conflictos y fracasos constantes en sus procesos de paz?, y ¿qué papel han desempeñado los conflictos internacionales como el de Perú o la pérdida de Panamá? Para dar respuesta a estos interrogantes, consultamos a Carlos Camacho Arango, doctor en Historia y docente e investigador del Centro de Estudios en Historia de la Universidad Externado de Colombia.

Carlos Alberto Patiño Villa (C.A.P.V.): En la segunda mitad del siglo XX y a comienzos del siglo XXI, se ha asentado en los colombianos la creencia de que siempre hemos vivido en una sociedad violenta. El historiador inglés Malcolm Deas (1995) afirma que esta es una idea deforme con respecto a la historia del país, dado que en el siglo XIX los periodos de tranquilidad eran prolongados.

Carlos Camacho Arango (C.C.A.): Estoy de acuerdo con esa afirmación. El origen de esta idea es de los últimos cuarenta o cincuenta años. Para la mayoría de los colombianos que hemos vivido en estos años, la violencia se volvió parte del paisaje y asumimos que siempre ha sido así y que siempre será igual. A esa ilusión debe agregarse el problema de los colegios, donde ya no se enseña historia, sino ciencias sociales. Ese mismo presente de las últimas cinco décadas también toma dimensiones gigantescas y reduce la parte histórica. Existe un desconocimiento del pasado y faltan miradas críticas sobre los años anteriores, por ejemplo, sobre los primeros 150 años de

la República. Juntos, esos factores han creado esta ilusión de que siempre hemos vivido en guerra.

C.A.P.V.: En uno de los proyectos en los que usted ha participado, intitulado *Paz en la República. Colombia siglo XIX* (Camacho, Garrido y Gutiérrez, 2018), da a conocer un análisis profundo sobre distintos momentos de negociación de la paz y terminación de la guerra. Hacia finales de su gobierno, Mariano Ospina Rodríguez entregó un informe sobre la guerra en la década de 1850.

C.C.A.: Ospina Rodríguez ya había hecho un ejercicio parecido en 1842, como secretario del Interior. En ese momento, cuando terminaba la Guerra de los Supremos, hizo una especie de balance y empezó a nombrar las causas de esta guerra en una enumeración larga y desordenada. Cuando repitió el ejercicio, casi veinte años después, como presidente de la República, tuvo en cuenta las guerras de 1851, 1854 y 1860-1862. Con esos puntos de comparación, que le permitieron abstraer y no quedarse en la simple descripción de un caso específico, buscaba factores en común y diferencias para hacer una especie de teoría de las primeras guerras civiles de lo que se llamó Nueva Granada y luego Confederación Granadina. Esto le permitió también buscar una fórmula para la paz.

54

C.A.P.V.: Una de las alusiones importantes del informe de Ospina Rodríguez era la manera como se entendían los indultos al final de las guerras.

C.C.A.: Resumiendo un poco, podríamos decir que Ospina enumera tres causas principales: impunidad, la más importante; demasiadas libertades y falta de medios del Estado. Lo primero que debe tenerse en cuenta cuando se piensa en las guerras del siglo XIX y, sobre todo, cuando tenemos en la cabeza los finales de los conflictos de los últimos cuarenta años, es que aquellos no se resolvieron conversando, no hubo diálogos de paz. Esto sí ocurrió al final de la Guerra de los Supremos (únicamente en el Caribe) y la Guerra de los Mil Días. No obstante, entre una y otra hubo una serie de guerras civiles que terminaron por las malas.

Por eso estaba la tentación del vencedor de pensar en aplastar al enemigo. La otra opción era ser clemente y benévolo, perdonando y pensando que las personas pueden cambiar y que esto garantiza que no se repita la guerra. En el extremo en el que se ubica Ospina Rodríguez, también el objetivo es la no repetición de la guerra civil, pero su concepción de la naturaleza

humana era diferente: la gente no puede cambiar, por tanto, debe ser castigada y, si es posible, hacerla desaparecer.

C.A.P.V.: ¿Las características de la guerra y de la paz son diferentes entre los siglos XIX y XX?

C.C.A.: Desde luego. No me atrevería a hacer una generalización del siglo XIX contra el XX, pero sí podría dar algunas características de la guerra que estudié para el proyecto *Paz en la República* en el cual me encargué de la paz que siguió a la guerra civil de 1854 y que duró unos cuatro años.

Este es otro punto que vale la pena recalcar: si uno quiere entender la paz tiene que entender la guerra. Aquí funciona la metáfora de las dos caras de la misma moneda. Ahora y en el pasado, si se quiere pensar en la paz, tiene que pensarse obligatoriamente en esa otra cara oscura que es la guerra.

La guerra civil de 1854 fue particular por varias razones. Tuvo mucho de guerra de clases: los artesanos organizados políticamente en clubes llamados “Sociedades democráticas” se aliaron con una parte del Ejército, sobre todo con el cuartel de caballería ubicado en Bogotá, y dieron un golpe de Estado, lo que es bastante raro en la historia de Colombia, a José María Obando. Los partidos políticos se unieron en contra de los gopistas.

La explicación tradicional es que los artesanos dieron el golpe por el libre cambio, porque no querían esa primera apertura económica. Pero creo que se ha reducido mucho el papel de los militares en esta guerra, porque, aparte del libre cambio, estaba en juego la supervivencia misma del Ejército. En ese momento, muchas personas querían acabarlos.

Para tratar de responder a la pregunta central, hay interrogantes importantes con respecto a la forma que debían tener las fuerzas del orden y la participación de los prohombres de los partidos, que irían a luchar y a morir en esas guerras del siglo XIX, que no encontramos en el siglo XX.

C.A.P.V.: Ese golpe de Estado tiene que ver, como usted dice, con los artesanos y la sensible reducción del tamaño del Ejército, que pasó a estar por debajo de quinientos efectivos, para un país que tenía un territorio superior a 1 600 000 km². Lo digo porque algunos tienen la idea de que el Estado en el siglo XIX era tan grande como el actual, pero era demasiado pequeño y fragmentado.

C.C.A.: Si pensamos que el Estado actual es pequeño, podemos imaginar cómo era hace 150 años, sobre todo, porque en esta coyuntura de medio siglo hubo una crisis económica importante, mientras que, en Perú, por ejemplo, hubo una bonanza por el guano, que se vendía en amplias cantidades, lo que llevó riqueza y prosperidad a ese país.

En este medio siglo, la Nueva Granada y después la Confederación Granadina tenían medios muy limitados. Este era uno de los argumentos para acabar con el Ejército en términos de ahorro de recursos, lo cual tenía sentido, pero no era el único argumento. La razón principal era que tener una especie de casta militar, separada de la sociedad, no era una buena idea porque existía la posibilidad de que se repitiera el golpe de Estado de 1854. La opción, entonces, era formar una milicia, otro tipo de organización militar, en la cual la frontera entre lo civil y lo militar no fuera tan marcada.

C.A.P.V.: Con esto, ¿podría pensarse que persiste una especie de antimilitarismo en la clase política colombiana?

C.C.A.: Creo que sí, y volvemos a estos últimos cuarenta o cincuenta años. Colombia es un país profundamente antimilitarista, si se comparan estos últimos años con los doscientos años de vida republicana. Las clases políticas que se han sucedido a lo largo de los años no han sido militaristas. En lo que nosotros consideramos los militares del siglo XIX falta mucha más investigación. No me refiero solamente a los que sobreviven a la Independencia, como Tomás Cipriano de Mosquera, Pedro Alcántara Herrán o José Hilario López. Hay otros que no podemos llamar de escuela porque, en el siglo XIX, las escuelas militares fueron muy efímeras. Más bien, se trata de militares de carrera, sin las conexiones, los amigos ni la familia, tema que hemos estudiado muy poco y merece más atención.

C.A.P.V.: ¿Esto tiene relación con que Colombia ha tenido prácticamente un único conflicto internacional?

C.C.A.: En efecto. En la investigación que hice para el proyecto de *Paz en la República* (2018), una de las hipótesis es que debe tenerse en cuenta esa paz casi permanente en las fronteras, para entender nuestros conflictos del siglo XX. Se ha hablado de la paz en el gobierno de Manuel María Mallarino, vicepresidente encargado del poder ejecutivo después de la caída de la dictadura. En su gobierno hubo verdadera paz, tranquilidad y concordia entre los ciudadanos, situación que perduró hasta los primeros años de gobierno de Mariano Ospina Rodríguez. En esos cuatro años (1855-1859) hubo ame-

nazas externas difíciles de encontrar en otro momento de la historia republicana de Colombia: amenazas de guerra con Venezuela, de desembarco de marines de Estados Unidos y la tensión que representaba la flota británica en el Caribe. Por tanto, deben tenerse en cuenta estas presiones externas para entender la concordia y paz interna, por lo menos en ese momento.

C.A.P.V.: ¿Cómo encaja el conflicto con Perú, a propósito de Leticia, Amazonas?

C.C.A.: Este conflicto encaja de muchas maneras, a pesar de que ha sido muy poco estudiado, en el sentido de ser un factor de paz interna. Hablamos mucho de la violencia de la década de los 1940 y 1950, pero se nos olvida que hubo una primera violencia que empezó en Boyacá y Santander, en la transición de los gobiernos conservadores de los años 1920 a los liberales de los 1930. Esta fue una violencia localizada, pero virulenta, extendida desde 1930 hasta 1932. Tengo la impresión de que el conflicto de Leticia, es decir, la noticia de una guerra con un país vecino, hizo que estos enemigos liberales y conservadores en Boyacá y Santander pusieran las armas por un momento y pensarán en la defensa del bien común. En este rompecabezas incluiría el conflicto de Leticia.

C.A.P.V.: ¿Cómo fue ese conflicto?

57

C.C.A.: Se dio por hechos muy pequeños y se ha presentado como consecuencia de las tensiones por el caucho, de cuestiones económicas, geográficas y políticas muy grandes. Pero, al analizar la cronología de cerca, se observa que esto no es muy cierto, porque el caucho empezó a decaer en la Amazonia, sobre todo peruana y brasilera, más o menos desde 1911-1912. Es decir, en el momento en que estalló el conflicto (1932), ya tenemos veinte años de crisis y el caucho no es ni mucho menos lo que había sido a finales del siglo XIX y principios del XX. Cuando se observa el conflicto con lupa, sin ignorar la economía y la geografía, que son muy importantes, y se agregan elementos que para algunos historiadores son anecdóticos, pero que tienen que entrar en la explicación general, puede establecerse, y lo muestro en mi libro *Paz en la República*, que la cuestión es un poco más sencilla y se pudo evitar más fácil.

C.A.P.V.: El Gobierno colombiano fue a ese conflicto, básicamente, sin preparación militar, cuando ya había sucedido la toma de Caquetá por las fuerzas de Perú en 1911. ¿Qué hizo Colombia para responder a semejante desafío?

c.c.a.: Volvemos al tema del antimilitarismo. Lo que evidencia el conflicto de Leticia es la precariedad y el olvido en que el Estado colombiano tenía a sus fuerzas militares. De un momento a otro, en Bogotá, notaron que estaban frente a un conflicto internacional y que no tenían con qué enfrentarlo, no había medios para asegurar la victoria. Es bastante meritorio, tanto del gobierno de Enrique Olaya Herrera, como de los militares de la época y de la sociedad civil, que se unieran alrededor de esta causa y empezaran a apoyarla de diferentes maneras, entre ellas económicamente, y en cuestión de nueve meses, Colombia se encontrara en una posición mucho mejor que la de Perú, cuando al principio del conflicto era todo lo contrario. Esto es significativo, a pesar de que Colombia no ganó el conflicto, que terminó por los canales diplomáticos.

Este último hecho puede explicarse por la situación interna de cada país: no es únicamente la unión colombiana alrededor de la bandera y el territorio usurpado lo que determinó el resultado, sino que la situación política interna caótica de Perú se reflejó en la manera en que nuestro país defendió su territorio. Es una especie de simetría: la situación interna de Perú influyó en la defensa del territorio colombiano contra un enemigo exterior.

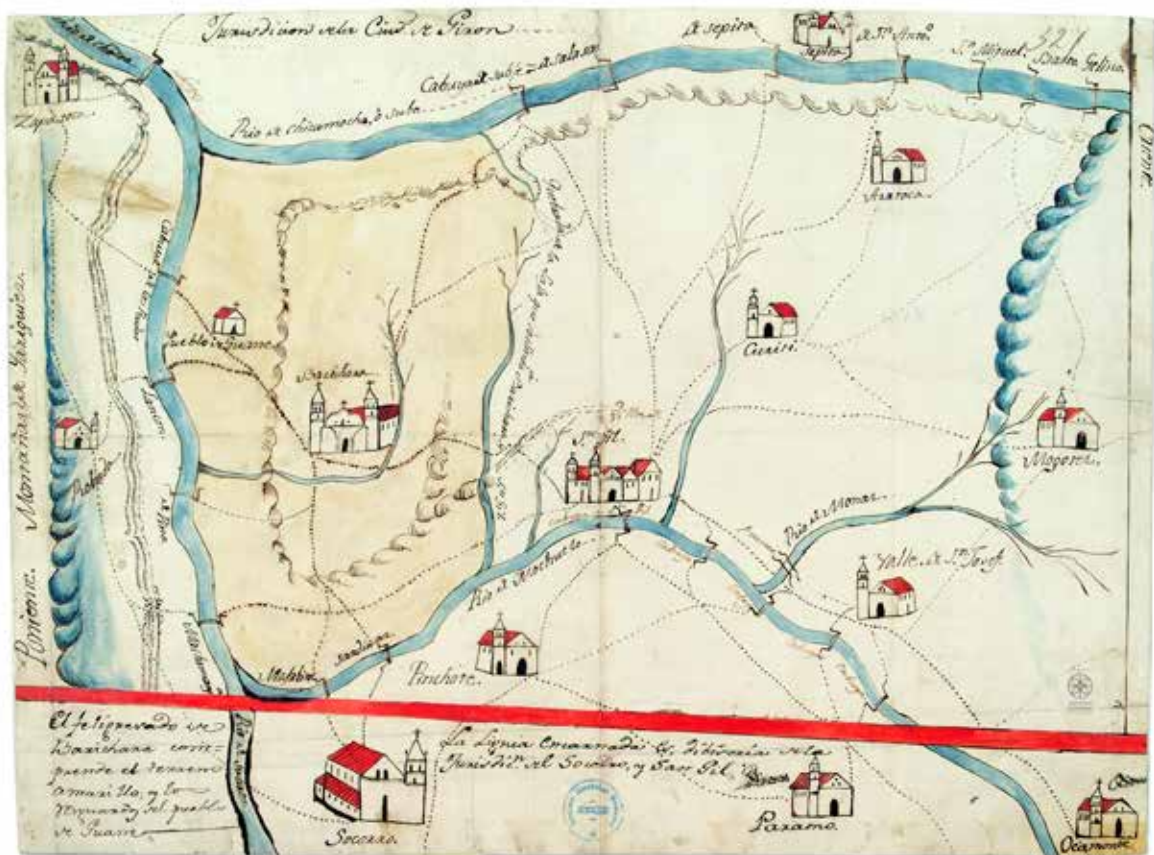
58

Pero hay que decirlo: Colombia ni perdió esa guerra ni perdió territorio. El Trapecio Amazónico fue producto de un tratado diplomático entre Colombia y Perú firmado en 1922, tras el cual hasta podría decirse que Colombia ganó territorio, porque la aspiración peruana era llegar hasta el Caquetá. Colombia logró, por la habilidad de sus diplomáticos, proyectar ese trapecio y obtener unos doscientos kilómetros de costa sobre el Amazonas. Entonces, en lugar de ser una pérdida bélica, es una ganancia diplomática anterior, y esa es la que se defiende en Leticia en 1932.

c.a.p.v.: Finalmente, ¿qué significan Panamá y su pérdida?

c.c.a.: La pérdida de Panamá fue muy importante. La primera mitad del siglo xx es otro periodo de la historia de Colombia también muy mal entendido. Desde 1902, cuando terminó la Guerra de los Mil Días, y 1903, cuando ocurrió la separación de Panamá, hasta la década de 1940, cuando empezó La Violencia, tenemos un periodo bastante pacífico; sin negar la masacre de las bananeras o las masacres de estudiantes y artesanos. Pero esta es una situación completamente diferente, si se le compara con las guerras civiles del siglo xix. Lo de Panamá significó una crisis de identidad nacional, porque eso no había pasado en las guerras civiles anteriores: una de las consecuencias claras de la Guerra de los Mil Días es esta separación.

Es decir, el país redujo su territorio y una parte integrante de la nación y del territorio se perdió para siempre. Esto puso a los partidos y a los colombianos en general a reflexionar sobre las consecuencias que deben pagarse por enfrentarnos internamente. Esta es una razón importante para entender esa concordia de los primeros cuarenta años del siglo xx.



Barichara: ríos Chicamoche-Suárez, Ocamonte, Mogotes (1804).

Fuente: patrimonio documental del Archivo General de la Nación.
Sección Mapas y Planos, Mapoteca 4 Ref. 28 A.

FERNANDO MONTENEGRO LIZARRALDE

Consolidación de la vida urbana

Una de las características más importantes de Colombia a lo largo de estos doscientos años de Independencia es el carácter urbano de la sociedad. Esta sociedad urbana se configuró desde la Colonia española, basada en una serie de fundaciones de ciudades importantes que, en el siglo XIX, se diferenciaron entre ciudades de la Colonia y ciudades de la República.

En este proceso, Colombia se ha concentrado, cada vez más, en un conjunto de territorios urbanos, lo cual ha dado lugar a la creación de áreas metropolitanas y, en medio de una geografía abigarrada, ha creado una población urbana que, en general, es demográficamente de las más grandes de América Latina, solo menor a la de Brasil y México⁷.

En este contexto, es importante entender el significado de lo urbano en el país. Con este fin consultamos al profesor Fernando Montenegro Lizarralde, arquitecto y consultor urbanístico en distintas entidades; docente *ad honorem* del Instituto de Estudios Urbanos de la Universidad Nacional de Colombia y de la maestría en Planificación Urbana y Regional de la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá.

Carlos Alberto Patiño Villa (C.A.P.V.): ¿Cuál fue el papel de lo urbano en la consolidación de la Independencia?

7 Según el Instituto Brasileño de Geografía y Estadística (2019), Brasil tiene una población de 210 746 502 habitantes, por lo que es el país más poblado de América Latina; seguido de México con 119 938 473 habitantes, de acuerdo con su Instituto Nacional de Estadística y Geografía (2015). En el tercer lugar se ubica Colombia con 48 258 494, según el Departamento Administrativo Nacional de Estadística (Dane, 2018).

Fernando Montenegro Lizarralde (F.M.L.): En general todos los países hispanoamericanos son países urbanos. Lo que hicieron los españoles cuando llegaron a este continente fue encontrarse con un inmenso escenario geográfico y se inventaron un instrumento para poder conquistarlo: la fundación de ciudades. Es un continente que se construyó fundando ciudades. Colombia no escapa de esta lógica; en 1500, cuando los españoles llegaron a las costas colombianas fundaron continuamente ciudades desde la costa hasta el interior, creando, a su paso, la noción de posesión del territorio. Los españoles inventaron el país. La delimitación corresponde a cierta mirada de gobierno de lo que alcanzaba en la época a dominarse, desde el punto de vista de posibilidades de Estado. El invento de Colombia, hecho por los españoles, creó en 1810 una noción espacial de lo que alcanzaba a dominar. Si hubieran tenido más capacidad, como Bolívar, hubiéramos llegado con un Estado hasta Perú o Chile, pero evidentemente no existía esa noción. Colombia es, en efecto, un país urbano.

C.A.P.V.: ¿Recuerda cuáles fueron las ciudades más importantes entre un momento y otro, es decir, ciudades del Nuevo Reino de Granada y ciudades de la Independencia?

64

F.M.L.: La noción de fundación de ciudades para conquistar el territorio no se hace pensando en una distribución nacional racional de un Estado; sino pensando en cómo se domina el territorio. Por tanto, se fundan ciudades cada cierta distancia de forma que se puede ir dominando el territorio. Las ciudades más viejas están en la costa atlántica y las nuevas en los bordes de la cordillera Oriental, hacia el sur. No se funda con la intención de crear un sistema de ciudades, sino como una especie de fuertes donde los españoles se asientan para dominar el territorio.

En el caso de Mompox y Magangué, la primera es una ciudad muy exitosa porque está sobre el río Magdalena; cuando el caudal del brazo de Mompox disminuye, Magangué se vuelve importante. Es decir, las ciudades responden más a su localización en el proceso histórico que a la intención de crear un Estado. Santafé se fundó en el sitio donde más población existía en el país y, por tanto, rápidamente adquirió preponderancia.

C.A.P.V.: Por ejemplo, hay unas ciudades del reino como Popayán, Santafé o Cartagena y, luego, a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX surgieron ciudades como Barranquilla, Cali, Buenaventura o Medellín...

F.M.L.: Eso responde a un fenómeno sustancialmente distinto. Después del proceso de conquista, con la llegada al poder de los Borbones en España, este país se dio cuenta de que tenía que explotar un territorio inmenso y lo reorganizó desde el punto de vista urbano, con la creación de un sistema de ciudades. En este momento aparecieron las que podrían llamarse “ciudades exitosas” del siglo XX: Cúcuta, Bucaramanga, Cali, Medellín y Barranquilla. Ciudades que reemplazan a ciertas preponderancias que ya habían establecido los españoles: Medellín reemplaza a Santafé; Barranquilla, a Cartagena; Bucaramanga, a El Socorro; y Cúcuta, a Pamplona. Esta sustitución de poderes ocurre porque las ciudades están ahora pensadas como un sistema y orientadas para que funcionen. De alguna manera, esta sí es la construcción de un país que heredamos a partir de 1810, y seguimos en esa línea de trabajo hasta la actualidad.

C.A.P.V.: ¿Las ciudades estaban pensadas como sistemas o fueron convirtiéndose en sistemas?

F.M.L.: Se pensaban ya como un sistema. Los Borbones empezaron a pensar cómo este país puede explotarse económicamente, con agricultura, con minería, etc.; de modo que organizaron un conjunto inmenso de poblaciones en un sistema de ciudades, lo que les permitió dominar el territorio, ya no desde el punto de vista de la defensa sino desde el punto de vista económico del desarrollo. Así, construyeron un sistema de ciudades a partir del siglo XVIII, que es lo que nosotros heredamos.

C.A.P.V.: El cambio de siglo del XIX al XX es muy importante porque, por ejemplo, Barranquilla creó lugares de comercio, con la presencia de dieciséis consulados de distintos países de Europa, ganándole terreno comercial a Cartagena, que quedó sumida en una especie de olvido, lo que, a su vez, provocó una crisis permanente durante todo el siglo XX; lo mismo sucede con la disputa entre Cali y Popayán, Cali gana fortaleza económica y política. En esa medida, ¿cómo ver eso en un ámbito urbano nacional?

F.M.L.: Es muy fácil. Cartagena es una ciudad fuerte, pensada en función de dominar el territorio desde el punto de vista de la defensa. Barranquilla, a orillas del río Magdalena, está pensada en función de relacionarse con el resto de los sistemas de ciudades. Entonces, Barranquilla adquiere preponderancia económica, porque está pensada como cabeza del sistema y relacionada, a través del Magdalena, con todas las zonas de exportación que el país tenía en ese momento. En cambio, Cartagena era una caja fuerte, allí llegaba el oro del interior, para ser llevado a Europa. A Barranquilla llegan

mercancías que se producen en el país y se exporta en Europa o se redistribuyen en el continente. Esta es la diferencia fundamental entre ambas ciudades, lo mismo puede pensarse de Medellín con Santafé o de Cali con Popayán. Es decir, el país, a partir del siglo XVIII se convirtió en un sistema de ciudades.

C.A.P.V.: Si se piensa a Bogotá hace un siglo y se compara con lo que en ese momento eran Buenos Aires, Ciudad de México o São Paulo y Río de Janeiro, era una ciudad muy modesta, ni siquiera había ganado la primacía urbana en sentido estricto con respecto a Medellín o Barranquilla. ¿Cómo entender este hecho?

F.M.L.: Las ciudades colombianas han sido muy modestas a lo largo de la historia, porque si bien es un país de ciudades, está fundamentalmente pensado en el desarrollo rural. Es decir, en la explotación de la tierra y la minería. Este es el horizonte de Colombia. Es un país rural y gran parte de su desarrollo en el siglo XIX y comienzos del siglo XX ocurrió en los espacios rurales, dominados por un sistema de cabeceras municipales. A partir de 1950, Colombia cambió sustancialmente: se potenciaron las ciudades y la población empezó a acentuarse; actualmente tenemos un país de ciudades fundamentadas en una economía urbana y no rural, un cambio importante del siglo XX. Todos nuestros abuelos fueron campesinos arraigados a una noción de municipio; en la actualidad nosotros somos urbanos, arraigados a una noción de municipio principalmente urbano. Es decir, el país ha cambiado culturalmente su concepción.

C.A.P.V.: ¿Urbano con una arquitectura modesta en general en las ciudades?

F.M.L.: Muy modesta. La arquitectura colombiana es baja y sin muchas pretensiones, básicamente para servir de referente a un espacio rural.

C.A.P.V.: En esa pretensión, Bogotá solo empieza a pasar de una población de trescientos mil habitantes a quinientos mil entre 1930 y 1950, ¿qué implicaciones tiene esto?

F.M.L.: Cuando Colombia era un país eminentemente rural, la población más importante eran los muiscas; cuando empezó a convertirse en población urbana en 1930-1950, el potencial económico que existía en el entorno de Bogotá impulsó a una población que empezaba a crecer vertiginosamente y concentró gran parte de la población que migró de los espacios rurales a los urbanos. En ese momento, Bogotá empezó a comportarse como una típica capital latinoamericana, a pesar de sus condiciones de alejamiento y

desconexión con el resto del país, centrada en un medio geográfico que le da una impresionante productividad agrícola.

C.A.P.V.: Colombia actualmente es un país altamente urbano, cerca del 75% de la población (DNP, 2014). Esta característica está asociada al papel preponderante que han empezado a jugar las áreas metropolitanas, con diferencias concretas: en el Valle de Aburrá hay un área metropolitana formada jurídica, institucional y políticamente, mientras en Bogotá el área es de facto, ¿qué papel juega lo metropolitano en Colombia hoy?

F.M.L.: Hay una tercera revolución desde el punto de vista del sistema de ciudades en este país, y se está produciendo desde 1950. El Distrito Especial es la primera área metropolitana creada en Colombia, no con esta pretensión, sino con el objetivo de ser la capital del país. Rojas Pinilla, en 1954, se propuso construir una ciudad que representara al país, en la típica imagen de América Latina; lo que se produjo fue la conformación de un área metropolitana: se unieron siete municipios en una sola administración⁸. Aquel fue un proceso, a mi parecer, exitoso: hoy Bogotá es una de las ciudades que más crece en el continente y una de las áreas metropolitanas más importantes de la región. Detrás de este hecho, en el país empieza a suceder algo similar. La metropolización es un fenómeno que ha venido sucediendo no solamente en la sabana de Bogotá, sino también en el Valle de Aburrá, en el Valle del Cauca, en el eje Caribe, en Bucaramanga y en la zona fronteriza de Cúcuta. Es decir, estamos cambiando de un país de ciudades a un país de aglomeraciones metropolitanas.

C.A.P.V.: Desde una mirada de largo plazo histórico y también hacia el futuro, ¿qué resaltaría en este bicentenario de la Independencia?

F.M.L.: Debemos celebrar una modernización del país, algo que no sucedió con la revolución. La revolución de 1810 produjo autonomía a nivel de Gobierno, porque el país seguía siendo presa de los poderes internacionales. Lo que sucede doscientos años después es que el país empieza a comportarse como un país, es decir, con relaciones internacionales, con una estructura urbana importante y con conflictos por la administración, que además devienen de la situación histórica, pero que, a futuro, va a ser importante para el desarrollo económico que pretende Colombia. Lo importante de los

8 Mediante el Decreto 3640 de 1954, Bogotá se organizó como un Distrito Especial, anexando a la capital del país los municipios de Usaquén, Suba, Engativá, Fontibón, Bosa, Usme y Sumapaz (Presidencia de la República, 1954).

doscientos años es que estamos empezando a ver realmente un país distinto y nuevo, con todas las consideraciones que eso conlleva.

C.A.P.V.: Una de las características clave de las urbes más importantes en el mundo son las dinámicas del arte y la literatura, ¿eso pasa en Colombia?

F.M.L.: Las aglomeraciones metropolitanas no solamente son más grandes y reúnen más ciudades, sino que producen nuevas dimensiones de relaciones. Un área metropolitana como la del Valle de Aburrá o Medellín, en términos propios, o la de Bogotá o Barranquilla, adquiere una serie de dimensiones funcionales distintas a las que tenían previamente; en la actualidad estas aglomeraciones se relacionan unas con otras.

Aparece una condición que empieza a ser importante: la relación internacional. Bogotá, Medellín, Barranquilla, Cali y Bucaramanga tienen relaciones internacionales que antes no tenían, es decir, la ciudad se vuelve mucho más compleja, relacionada en muchas escalas. Hoy el país tiene relaciones múltiples con distintos ámbitos espaciales cuando esto antes estaba manejado exclusivamente por el Estado nacional.

C.A.P.V.: Pero ¿esto ha sido correspondido con el aumento de la producción artística, plástica y las distintas formas de arte que aparecen en el país?

F.M.L.: Hay cosas elementales, por ejemplo, los conciertos de música popular. Hoy los grandes artistas no vienen solamente a Bogotá, sino que planean sus presentaciones en Medellín o Barranquilla, en una dimensión que antes no se tenía. A nivel mucho más alto en la cultura, pasan cosas similares, se produjo una exposición del Museo Nacional del Prado en Pasto, gracias a este tipo de relaciones internacionales que las ciudades adquieren desde el punto de vista cultural.

C.A.P.V.: ¿En este panorama puede esperarse que el país se vuelva todavía más urbano?

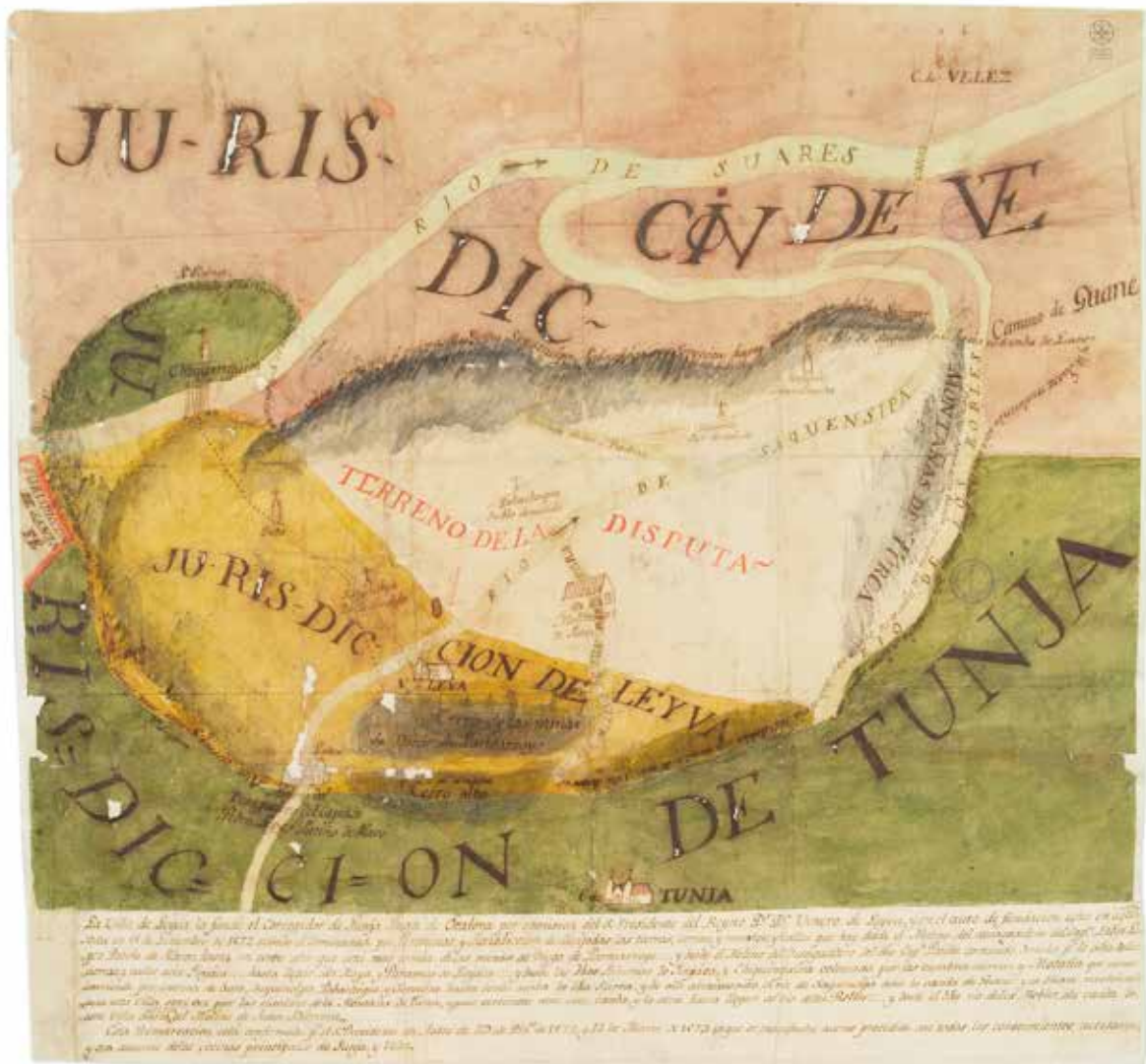
F.M.L.: Según el censo más reciente del Dane (2018), más del 80% de la población del país es urbana. Esto es muy importante porque es una de las relaciones urbanas más grandes del continente, es decir, somos más urbanos que Argentina, por ejemplo. Colombia va a ser un país mucho más urbano en un tiempo relativamente corto; el desarrollo rural empieza a pasar por una fase de producción muy pequeña a una producción industrializada más fuerte y esto va expulsando campesinos, dicho de otra manera, va haciendo que migren hacia mejores horizontes económicos.

C.A.P.V.: Ciudades como Bogotá, Medellín, Barranquilla o Cali vienen experimentando una fuerte internacionalización, algo muy novedoso para Colombia. A lo largo de la última década han llegado habitantes de muchas partes del mundo, y ha empezado a darse una dinámica de mercados y de productos que los colombianos no conocían, ¿eso aumenta la riqueza urbana del país?

F.M.L.: Totalmente. Las relaciones internacionales entre las ciudades potencian las capacidades culturales y económicas de la ciudad. La ciudad desde siempre fue el motor de desarrollo más importante que inventó la humanidad.

C.A.P.V.: ¿Cuál es la mayor crisis que tienen las áreas urbanas, empezando por Bogotá?

F.M.L.: Algo que se llama “la crisis del éxito”: la construcción de un ámbito urbano tan grande en tan corto tiempo ha creado problemas muy serios, de riesgo, de convivencia, de segregación, entre otros. El crecimiento rápido conlleva una serie de problemas que tienen que ver con eso. La ciudad es una solución importante en el fondo, pero trae consigo problemas muy grandes que deben solucionarse de forma práctica y rápida.



Partido de Villa de Leyva (1808).

Fuente: patrimonio documental del Archivo General de la Nación.
Sección Mapas y Planos, Mapoteca 4 Ref. 211 A.

FABIO ZAMBRANO PANTOJA

Consecuencias de la vida urbana

Para una mejor comprensión del proceso que condujo a la Independencia de Colombia, conviene introducir el debate sobre si fue resultado de movimientos agraristas o de poderes urbanos; se habla de guerras entre centros urbanos y entre ciudades, así como de repoblamientos relacionados con el surgimiento de nuevos centros de poder que tenían la categoría de villas. A esto, se suma el debate sobre las dinámicas militares, la conquista del territorio y sus cambios a lo largo del siglo XIX.

Entender el impacto de las guerras de la década de 1880, el de la Guerra de los Mil Días y sus consecuencias sobre la construcción de un Estado nacional moderno es una tarea que todavía no hemos realizado. Por esto, consultamos a Fabio Zambrano Pantoja, magíster en Historia de América Latina de la Universidad de la Sorbona, París, Francia, y coordinador de la Maestría en Gobierno Urbano del Instituto de Estudios Urbanos de la Universidad Nacional de Colombia.

Carlos Alberto Patiño Villa (C.A.P.V.): En la celebración del bicentenario en 2019, reapareció una serie de relatos históricos, con mayor producción historiográfica e historiadores jóvenes, pero permanece en el imaginario que las independencias fueron una rebelión agrarista, ¿esto es verdad?

Fabio Zambrano Pantoja (F.Z.P.): Una de las grandes influencias que tenemos en la historiografía colombiana es la mexicana, y eso nos ha marcado profundamente, tanto para las lecturas del siglo XIX como para las del siglo XX. Es claro que en México hubo fuerte influencia del agrarismo y de la presencia de lo agrario durante el siglo XIX, desde la Independencia de ese país. Pero en la Nueva Granada no. Aquí, el agrarismo no se ve en ninguno de los dos siglos, ni siquiera en la actualidad, en parte por la ausencia de

las plantaciones y de grandes haciendas y por la fuerza de los procesos de colonización.

Lo que nos interesa es que las guerras fueron entre ciudades, como de ciudades contra villas y hasta parroquias contra villas y ciudades. Se trata de guerras urbanas que atraviesan desde el primer momento en 1808 hasta el último en 1824; siempre va a estar presente este tema toda vez que, en el fondo, el Estado está organizado desde las ciudades.

C.A.P.V.: Hay una vieja hipótesis de Tulio Halperín Donghi, Jaime Rodríguez y Tomás Pérez Vejo que plantea que más que unos procesos de Independencia lo que se presentó fue una implosión de la monarquía, producto de la invasión napoleónica a España. Esto llevó a guerras urbanas más propiamente dichas que a procesos independentistas, a diferencia de lo que ocurrió, por ejemplo, en Estados Unidos.

F.Z.P.: Exactamente. Esa es la mirada por la cual debemos entrar a analizar, porque hay que ver cómo estaba organizado el Estado español: el Imperio español era urbano desde la conquista. Es decir, España conquistó fundando ciudades, situación distinta a la de Portugal o la de los anglosajones. El Estado español se afincó en lo urbano y distribuyó el poder desde las ciudades. Cuando desapareció el rey, porque fue apresado, tuvo lugar un proceso de transferencia de la legitimidad y soberanía a la ciudad. Por eso, a partir de ahí se generaron guerras entre ciudades, guerras civiles por los controles territoriales y de los recursos. Pero las primeras etapas de la crisis de la Independencia no son una guerra; lo que encontramos después de 1810 es la mal llamada “Patria Boba”, un término nefasto que ocultó lo ocurrido entre 1808 y la reconquista de Pablo Morillo en 1815. Esto es lamentable porque esta fue la primera República, cuando la definición de las legitimidades pasó por las guerras civiles urbanas.

C.A.P.V.: Quisiera detenerme en el concepto de *guerra civil*. Algunos han dicho que no podrían llamarse de esta manera, no solo en Colombia sino en la América hispana, porque no había Estados nacionales, sino que cada ciudad se creía constructora de un Estado propio, ¿podríamos hablar estrictamente de guerras civiles?

F.Z.P.: En principio sí. Vale la pena recordar que la primera Constitución en el mundo hispanoamericano es la de Cundinamarca de 1811, seguida por la de Cartagena. Lo que se encuentra es que todas las constituciones hablan de ciudadanía, aunque no había Estado nacional. Lo que hubo en 1811

es una apuesta de las provincias a organizarse en estructuras modernas, a partir de la aprobación de las constituciones.

C.A.P.V.: En las guerras de mediados del siglo XIX, muchas ciudades se declararon Estados: el Estado de Cibeles o el Estado de Manzanares y así iban a las guerras, incluso, pedían reconocimiento a las embajadas de otros Estados en Europa o Estados Unidos, ¿cómo entender esto?

F.Z.P.: Es bastante complejo, porque no había un modelo de Estado nacional al cual podamos referirnos en 1808. El único referente de organización política es el Estado español, organizado bajo la forma de monarquía absolutista, por esto, la única apuesta que podría haber en 1811 era la del Estado moderno. No podíamos ser colonia de Inglaterra ni podíamos constituir una monarquía, porque, para eso, necesitábamos un rey, cosa que sí intentaron México, de manera trágica; y Brasil, de forma exitosa.

En nuestro caso, la única opción era la de Estado moderno, el problema era qué tipo de Estado y si era posible organizarlo. Esto fue posible solo a finales del siglo XIX y principios del XX, cuando se tuvo un Estado nacional unificado. Por esto, las guerras en el siglo XIX para algunos no son civiles sino entre regiones que se consideraban Estados nacionales. La situación es más compleja que entender el conflicto como una disputa entre centralismo y federalismo.

C.A.P.V.: Una característica del siglo XIX es que cada ciudad tenía sus propios bancos y cobraba sus propios impuestos; la idea de impuestos nacionales era entonces una idea precaria.

F.Z.P.: Es interesante que sí había instituciones nacionales y funcionaban muy bien. Es más, mucho mejor de lo que funcionaron en el siglo XX e incluso en la actualidad. Una de ellas eran los correos. Esta herencia que recibimos de los Borbones unificaba el país y, por esto, fue un elemento claro de una institución nacional, a la cual todos los estados federales apostaban, por más independientes que se consideraran. La correspondencia de Manuel Ancizar habla de cómo el periódico *El Neogranadino*, que él dirigía, editaba y escribía, tenía suscriptores en todo el territorio nacional.

C.A.P.V.: Considerando lo anterior, ¿podríamos decir que la Universidad Nacional es una institución nacional?

F.Z.P.: La Universidad Nacional de Colombia fue pensada como una institución nacional. Su primer rector, Manuel Ancizar, intentó hacerla nacional.

Sin embargo, renunció a su cargo al poco tiempo, porque descubrió que el Gobierno la quería como una fábrica de liberales, lo cual iba en contra de su proyecto.

La Iglesia católica, que no hacía parte del Estado sino hasta 1886, es otra estructura que está como un pegamento debajo de la fragmentación de los estados federales y de los poderes de las ciudades. Todas las parroquias y los obispos obediendo al arzobispo de Bogotá.

Entre 1853 y 1886 el Estado se organizó en estos estados federales, en consecuencia, sus impuestos también lo eran. Se produjo una discusión sobre qué se consideraba público en ese momento, pero por encima de esas fracturas hay denominadores comunes como las instituciones.

C.A.P.V.: Otro déficit del que mucho se habla es el militar. El Estado no contaba con un ejército militar unificador; pero al mismo tiempo hay una especie de relato que señala que siempre ha habido una continuidad militar.

F.Z.P.: Este tema es interesante, porque es un anacronismo profundo en la historia militar. El primer ejército moderno fue el español que se desbarató con la guerra de Independencia. De ahí pasamos al segundo ejército moderno que es, según los que hacen historia militar, el que aparece después de la guerra de Corea, en la segunda mitad del siglo XX.

Hay un tema importante, que es muy claro en la guerra de Independencia: los caballos de los llanos no podían subir a combatir en la montaña; los llaneros llegaron a pie y buscaron caballos en Boyacá. No solamente eso, un cañón en Popayán o Cali no podía transportarse a Bogotá pasando la cordillera Central; nunca un ejército de la costa Caribe invadió el interior y viceversa. Son espacios completamente aislados entre sí.

En conclusión, la geografía de las guerras muestra una limitación muy profunda en la constitución de ejércitos grandes. De ahí se deriva una consecuencia importante para entender el fracaso de Bolívar en la década de 1820: no hubo caudillos, porque nadie pudo constituir un ejército que lo pudiera movilizar de un lado a otro. Las guerras civiles en Argentina, por ejemplo, fueron de 50 000 jinetes contra 70 000; y, en México, Morelos movió 70 000 partisanos para combatir. Entretanto, en la Nueva Granada las guerras civiles fueron entre 1500 contra 1800, máximo 3000 contra 4000. No hubo grandes ejércitos, y no porque tuviéramos vocación democrática, sino porque no podían movilizarse grandes grupos de soldados. La geografía lo impedía.

C.A.P.V.: ¿Esa cifra solo se supera en la Guerra de los Mil Días?

F.Z.P.: Se superó por la emergencia de otros elementos como ferrocarriles, caminos y navegación por el río Magdalena. Eso permitió a Rafael Uribe Uribe llegar hasta Ciénaga, donde hizo el tratado de paz en 1903. Pero a punta de caballo, como en el siglo XIX, no era posible organizar grandes ejércitos, y esa es la razón por la cual no hubo un caudillo. Por el contrario, lo que hubo fueron presidentes y, por tanto, campañas electorales y elecciones todo el tiempo.

C.A.P.V.: ¿Cómo cambiaron el país las guerras de la década de 1880 y la de los Mil Días?

F.Z.P.: La Guerra de los Mil Días (1899-1903) generó una movilización muy grande en el país. Un elemento importante que Charles W. Bergquist (1981) define es que hubo dos guerras: la de caballeros y la de las guerrillas. Justamente, en el marco de la Guerra de los Mil Días, la primera tuvo lugar en 1899 y la segunda en 1901, anunciando lo que traía el siglo XX.

Otro aspecto importante es la geografía: esta guerra ocurrió fundamentalmente en los lugares donde se cultivaba café, cosa que ya muestra una situación que reaparece en la época de La Violencia⁹. Esto es algo a lo que no hemos puesto atención suficiente: ¿por qué la relación de la guerra de guerrillas con la economía cafetera y luego La Violencia con la economía cafetera? Aquí hay algo que se nos escapa para comprender este país.

C.A.P.V.: Si se hiciera una comparación diacrónica entre finales del XIX y finales del XX, ¿cómo es el país de hoy?

F.Z.P.: Sorprende que a Tokio la reconstruyeran dos veces en el siglo XX, ese territorio, que tiene 38 millones de habitantes, es una ciudad nueva; al igual que las ciudades alemanas de la posguerra. Este país, Colombia, también es nuevo. Nos causa dificultad entender esto, pero varias de las ciudades importantes a finales del siglo XIX, no existían en 1800, como

9 Se denomina La Violencia al periodo de la historia colombiana comprendido entre 1946 y 1958, cuando se registraron confrontaciones violentas entre simpatizantes del Partido Liberal y el Partido Conservador. Esta serie de asesinatos, persecuciones, enfrentamientos y destrucciones dejó cerca de 300000 personas muertas y causó el desplazamiento forzado de millones de personas de las zonas rurales a las grandes ciudades del país. Para poner fin a La Violencia, liberales y conservadores formaron una coalición denominada Frente Nacional, mediante la cual se alternaron el poder.

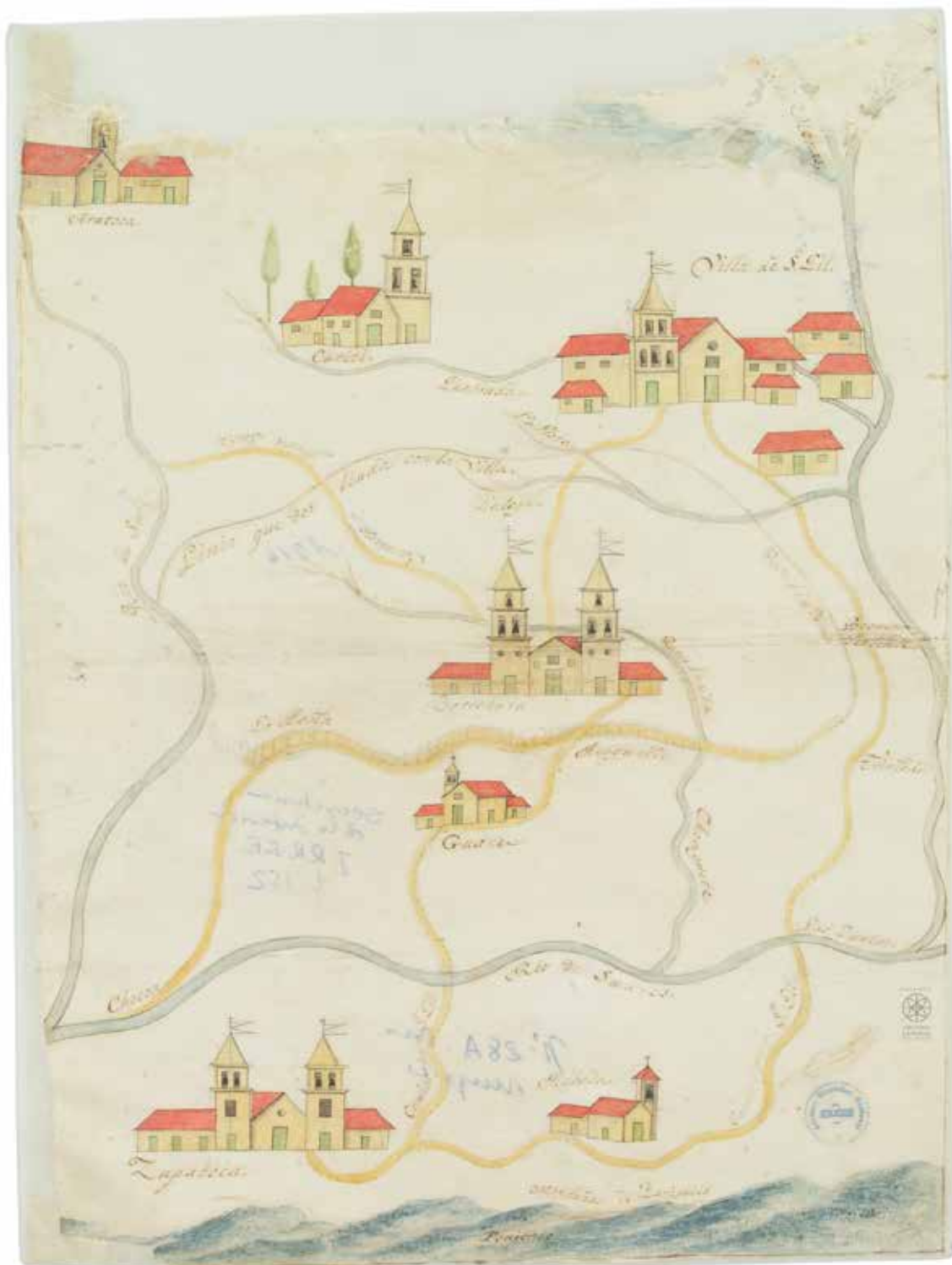
Manizales o Barranquilla o eran pequeñas villas, como Medellín, o bien pequeñas ciudades marginales como Cali. Nosotros tenemos una mirada muy estática del país cuando tenemos una geografía de un dinamismo importante. El país de finales del siglo XX generó nuevas primacías urbanas y una transformación a metrópolis fuertes, también ciudades intermedias con una vida urbana impresionante, no solamente porque eran supremamente dinámicas, como Ibagué, Armenia o Pereira, sino porque comparativamente en América Latina son ciudades con una vida urbana intensa.

El lugar persistente de los conflictos de la nación colombiana es la permanencia de las fronteras agrarias abiertas; esto es algo que no comprendemos y que en los últimos años se ha terminado de enredar: la confusión entre campesino y colono. Nosotros tenemos colonos desde finales del siglo XVIII; en los siglos XIX, XX y XXI hay procesos de condensación por todos lados, pero un colono no es un campesino. Cuando en este país se habla del problema agrario y de la lucha por la tierra, sorprende que se meta todo en un mismo saco: Boyacá, donde hay un mundo campesino que vienen de una ruralidad muy fuerte desde la época prehispánica y se trata como si fuera lo mismo que San Vicente del Caguán, Puerto Asís o Guaviare. Entonces, un país que entra al siglo XXI sin cerrar su frontera agraria, un país que sigue teniendo proceso de colonización y sigue teniendo población campesina absolutamente consolidada, tiene un conflicto que pesa mucho en su funcionamiento.

78

C.A.P.V.: ¿Cree que en el próximo siglo este Estado se consolidará como una nación urbana?

F.Z.P.: Ciertamente. La vida urbana es muy intensa, rica y sorprendente. Llama la atención encontrar municipios de cincuenta mil habitantes con una vida urbana intensa. Leticia, por ejemplo, es la ciudad en Colombia que tiene más libros en bibliotecas públicas per cápita; esto es una acción del Estado, y así hay muchos casos donde se vive una vida urbana intensa. También se encuentran ciudades que van desapareciendo como Barranca-bermeja o las ciudades del río Magdalena desde Honda hacia abajo. Hay ciudades que emergen y otras que se sumergen, y eso genera una recomposición muy fuerte en el país urbano.



Barichara (Varaflorida) y sus vecinos (1820).

Fuente: patrimonio documental del Archivo General de la Nación.
Sección Mapas y Planos, Mapoteca 4 Ref. 28 A-2 bis.

MAURICIO NIETO OLARTE

Ciencia, política e Independencia

Prácticas científicas como la botánica, la cartografía y la historia natural, que se produjeron en medio del proceso de la Independencia, plantean cuestionamientos importantes sobre la relación entre ciencia y política en la historia de Colombia. Para ello, es fundamental entender el papel de personajes como José Celestino Mutis y Francisco José de Caldas y su labor en este periodo.

Uno de los productos más destacados fue el *Semanario del Nuevo Reyno de Granada*, editado por Francisco José de Caldas entre 1808 y 1810¹⁰, publicación de carácter científico, producida por criollos desde la Nueva Granada. Las distintas memorias que aparecen en este periódico constituyen un valioso material histórico. Su aparición tuvo lugar en un periodo decisivo para la historia política de España y sus colonias; y resulta significativo que, en plena crisis del Imperio español, existiera una publicación periódica cuyo propósito era divulgar, entre un grupo de criollos, los conocimientos considerados útiles para el buen gobierno y la prosperidad.

El anterior es el argumento del libro *Orden natural y orden social. Ciencia y política en el Semanario del Nuevo Reyno de Granada*, de Mauricio Nieto Olarte (2007), doctor en Historia de las Ciencias de la Universidad de Londres, profesor titular y director de posgrados del Departamento de Historia de la Universidad de los Andes.

Carlos Alberto Patiño Villa (C.A.P.V.): Cuando se produjo este conjunto de transformaciones políticas, sociales y económicas, se dio también una serie

10 Disponible en la Biblioteca Nacional de Colombia (<http://bibliotecanacional.gov.co/content/conservacion?idFichero=132637>).

de acontecimientos, entre ellos, la Ilustración, ¿realmente qué puede entenderse por *Ilustración* en el contexto del Reino de la Nueva Granada?

Mauricio Nieto Olarte (M.N.O.): Hay un periodo clave para entender la relación entre ciencia y política en la Ilustración. Este es un fenómeno europeo, que caracteriza su expansión; es el momento en que Europa proclama poseer una ciencia universal y, paralelamente, ocurre este fenómeno de conquista de buena parte del mundo. No es un periodo ajeno a nuestra historia, porque la Ilustración tuvo un influjo enorme sobre América. Por ejemplo, las expediciones botánicas, particularmente, la de José Celestino Mutis, son expresión clara de la Ilustración europea, en este caso española, en su deseo de conquistar, conocer y catalogar la naturaleza del territorio americano.

Mi trabajo sobre ciencia e imperio trata de explicar de qué manera todas estas prácticas científicas como la botánica, la cartografía y la historia natural fueron una manera de expandir el control y el dominio europeo sobre el mundo. Esto tuvo un momento crucial en la historia política de Colombia, ya que en ese proyecto se involucraron criollos, no peninsulares y hombres de ciencia nacidos en América, por lo que la relación entre ese proyecto europeo y la historia de la nación resulta muy interesante de revisar.

82

C.A.P.V.: Claro que esto de criollos y no españoles es relativo; al consultar estudios como los de Tulio Halperín Donghi o Tomás Pérez Vejo, se descubre que en cada bando había unos y otros.

M.N.O.: Desde luego la idea de *criollo* es muy compleja. En particular he presionado la idea de que son europeos, hombres católicos que proclaman su pureza de sangre europea y quieren sentirse identificados con ese continente. Comprender esto es importante, porque si bien son próceres de la Independencia, son también agentes fuertes de la construcción de un orden político europeo; su idea de un nosotros, que tiene una autoridad para gobernar, para conocer del mundo, depende de su cultura y educación europeas. El criollo es complejo, tiene una identidad muy fuerte con Europa, pero es cierto que tiene también intereses locales. No son viajeros, son personas con sus negocios en este territorio. Los criollos son una compleja identidad cultural y, por eso, es tan interesante como el proceso de la ciencia y la política en ese periodo.

C.A.P.V.: Hay un personaje importante en todo este relato, Francisco José de Caldas, también el papel que le ha dado la historiografía tradicional como un héroe nacional, pero esto resulta ser bastante relativo.

M.N.O.: Caldas es toda una figura. Existe un departamento, una universidad, no sé cuántos colegios y plazas, equipos de fútbol y lo que se quiera, con su nombre. Francisco José de Caldas es ícono de la historiografía y un mártir de la Independencia. Esto expresa lo complejo de convertir a estos personajes en colombianos, aquí hay un problema de una historiografía nacionalista que busca ver a Colombia antes de que existiera. Caldas expresa los ideales de la Ilustración europea y los intereses de las élites criollas; pero pensar que ellos tuvieron la idea de una nación independiente es apresurado. Por eso, toda esta compleja discusión de la Independencia difícilmente puede entenderse como un plan de los intelectuales que buscaron la constitución de una nación.

Caldas es un personaje fascinante que aprende solo, sin muchos instrumentos, sin libros; proclamando una frase que dice: “¡Qué triste destino es ser americano! Después de años de investigación, si encontramos algo nuevo, solo podemos decir: no está en mis libros” (de Caldas, 1966, p. 155). Es un personaje que está solo, aislado de la Ilustración europea y, por eso, la importancia de su encuentro con Humboldt, que sí es el emblema del ilustrado; son dos personajes de la misma edad con trabajos científicos similares, pero uno en el centro del conocimiento y el otro en la periferia. Estos personajes se ven como la posibilidad de construir algo nuevo, y lo interesante es el papel de la ciencia, conocer la cartografía, la población, la naturaleza y la medicina; no son prácticas que podamos aislar de la política.

C.A.P.V.: Quiero puntualizar un poco más sobre José Celestino Mutis, Francisco José de Caldas y Antonio Nariño. Aquí hay un entramado que suele perderse o difuminarse, ¿había un entramado intelectual pequeño, pero lo había?

M.N.O.: Sí, lo hubo, aunque es un panorama complejo. Mutis era explorador europeo, nunca pudo haber concebido la idea de la Independencia como un ideal propio. Encarna todo ese proyecto de Europa, queriendo poseer, dominar y controlar el mundo; usa las herramientas de la clasificación linneana y hace la maravillosa obra de clasificar y nombrar las plantas. Esta práctica es una forma muy poderosa de controlar la naturaleza: son nombres en latín, en un sistema europeo; eso choca con los saberes locales, tremendamente complejos que existían y existen; los nativos conocen las plantas americanas mejor que los europeos, pero el poder de este sistema clasificatorio transforma la naturaleza en europea. Mutis encarnaba la mirada de una ciencia europea al servicio de los imperios de este continente.

Ahora bien, es falso decir que Mutis fuera maestro de Caldas; al contrario, Caldas fue el que guio a Mutis sobre todo en temas cartográficos y astronómicos. La historia ha hecho esta idea de que Caldas es un discípulo de Mutis, cosa que no tiene sentido. El hecho es que, además de Caldas, Jorge Tadeo Lozano y José Manuel Restrepo fueron parte de la élite que se educó de una manera solitaria en esa ciencia europea, que pretendía catalogar y clasificar el mundo. Esto se vuelve políticamente interesante con el simple hecho de que hacían mapas del territorio.

C.A.P.V.: Además, porque los mapas estaban prohibidos desde el comienzo del siglo XVI, fuera del uso militar o de los usos de la Corona...

M.N.O.: Fíjese esta historia: una de las primeras órdenes de Pablo Morillo cuando llegara a reinstaurar el orden europeo era decomisar el trabajo de la Real Expedición Botánica, una inversión considerable de España. Este material se encontraba en el Observatorio Astronómico de Bogotá, con algo maravilloso: centenares de mapas con una calidad cartográfica sorprendente. Por eso, Caldas se volvió un personaje peligroso: estaba haciendo mapas, y estos son un instrumento poderoso de dominio y control para el Gobierno. Esta cartografía fue llevada a España; los mapas, al ejército; las ilustraciones botánicas, al jardín botánico; y la información de animales, al Museo de Historia Natural. En conclusión, Morillo encontró una actividad científica hecha por americanos.

Lo triste del asunto es que una obra científica gigante no se publicó nunca en ese periodo. Vinimos a publicar los mapas de Caldas hace apenas veinte años. Queda notable la historia de la periferia en el triste relato del eurocentrismo.

C.A.P.V.: Íbamos en que Caldas nunca fue discípulo de Mutis y que Mutis tuvo un papel importante en este proceso. Lo quiero conectar con el papel de Alexander von Humboldt, ya que hay una especie de lectura desproporcionada sobre este último.

M.N.O.: En efecto, es otra figura importante, notable y de enorme influencia en la historia de la Ilustración. Humboldt es un símbolo perfecto de la Ilustración europea, pasa un tiempo en América aprendiendo de los nativos y los criollos. Aquí hay un episodio interesante: Humboldt se consideraba fundador del pensamiento ecológico, y había empezado a realizar mapas que relacionaban la altura con las especies y la geografía de las plantas. Estas actividades son emblemáticas en la renovación científica humboldtiana.

Pero Caldas ya lo venía haciendo; ya estaba haciendo estudios de cómo se comporta la vegetación con respecto a la altura.

Este encuentro es increíble. Es una historia llena de pasión y de amores entre estos personajes. Caldas estaba fascinado de conocer a Humboldt, quien le prometió llevarlo a Europa; la emoción fue inevitable al saber que, por fin, iba a ser parte del mundo del conocimiento europeo. Pero Humboldt se aburrió con Caldas, le dio la espalda y no lo llevó. De modo que este último se quedó solo. Así, aislado otra vez, tomó la decisión de trabajar en América para América.

No digo que una historia de despecho amoroso haya generado la ciencia de Caldas, pero sí creó, por ejemplo, el *Semanario del Nuevo Reyno de Granada*, un periódico científico creado desde y para este territorio. Allí Lozano, Restrepo y muchos otros empezaron a publicar ensayos sobre geografía, con lo cual generaron memorias sobre el Nuevo Reino de Granada. Este es un manifiesto político y científico muy importante porque demuestra que conocían el territorio. Entre 1808 y 1811, existió una publicación periódica que consolidó un grupo social muy importante en la historia del país, es decir, las élites blancas, masculinas, científicas, que se convirtieron en próceres de la patria.

C.A.P.V.: ¿Carecen de valoración elementos como el *Semanario*, las publicaciones de las memorias o los otros periódicos de ese momento?

M.N.O.: Hay un tema que ha hecho daño: pensar que la ciencia no tiene que ver con la política. Nuestra noción de ciencia supone la idea de objetividad y neutralidad, la Ilustración que aprendemos en el colegio es una causa de la Independencia; pero, para entender la historia política, lo que pasó y cómo se creó la autoridad para gobernar, es necesario mirar esas prácticas en su dimensión política. Insisto en el tema de nombrar las plantas: los criollos empiezan a nombrar especies con nombres locales como *Restrepia* o *Lozania* apartándose de la tradición de Mutis de poner nombres europeos; este es un acto de apropiación local.

El ejemplo más contundente tal vez sean los mapas. Cuando Caldas hizo un mapa reordenó el territorio, nombró los lugares, quitó los nombres franceses y puso los que él consideraba correctos. La ciencia, como lo será siempre, es muy poderosa.

C.A.P.V.: Hacia finales de la década de 1810 y llegando a 1819-1820, ¿cómo era el panorama?

M.N.O.: Era un escenario con múltiples dimensiones. La crisis española no tuvo que ver con la actividad de estos revolucionarios. Pero cuando Napoleón Bonaparte invadió España y el reino se destruyó, hubo un vacío de control. Pensar que aquí hubo una identidad de un proyecto común de Antonio Nariño o Simón Bolívar y demás letrados es falso, en realidad hubo una tremenda confusión. Sin embargo, gradualmente fue construyéndose una poderosa identidad local. En ese momento, los americanos debimos empezar a gobernar los negocios de este territorio, y eso tiene que ver con el conocimiento y el conocer el nombre de las cosas, qué población hay y qué enfermedades tiene, entre otros.

Son personajes clave en la construcción de un proyecto de nación, pero de una nación excluyente. Las declaraciones de estos personajes sobre la población americana no son necesariamente positivas. Por ejemplo, en cuanto a plantas medicinales no se reconoce el conocimiento de los nativos, sino que todo es de la ciencia ilustrada. Es una élite que hace parte de la historia de un país con jerarquías gigantes, con exclusión y con un centralismo notable. Por tanto, sí hay mucho que celebrar, pero hay que entender con más cuidado que nuestra historia tiene que ver con el triunfo de unas élites masculinas, blancas, católicas, etc., que silenciaron buena parte de las distintas voces de la población restante. Así, la pregunta es: cuando se habla de Independencia, ¿a la Independencia de quién nos referimos? Aquel no fue un proceso en el que todos los habitantes del territorio hicieran parte de un proyecto de liberación.

La Ilustración, en este caso, es una forma de dominio, ahora en manos de una élite americana; así como era una agencia de dominio europeo, se convierte en un dominio, esta vez, desde América.

C.A.P.V.: ¿Cuál es el relato científico que tiene el proyecto de dominio de la Independencia?

M.N.O.: Estos personajes suelen proclamar su autoridad, en la medida en que son seguidores de grandes científicos franceses ilustrados. Por ejemplo, el linneano fue un sistema global, todas las plantas podrían catalogarse con esta herramienta. Así que asumieron esa voz de una sabiduría universal, lo cual es precioso, pero tiene un lado oscuro: todos los otros conocimientos se silencian. La Ilustración es la expresión de la hegemonía de Occidente y eso

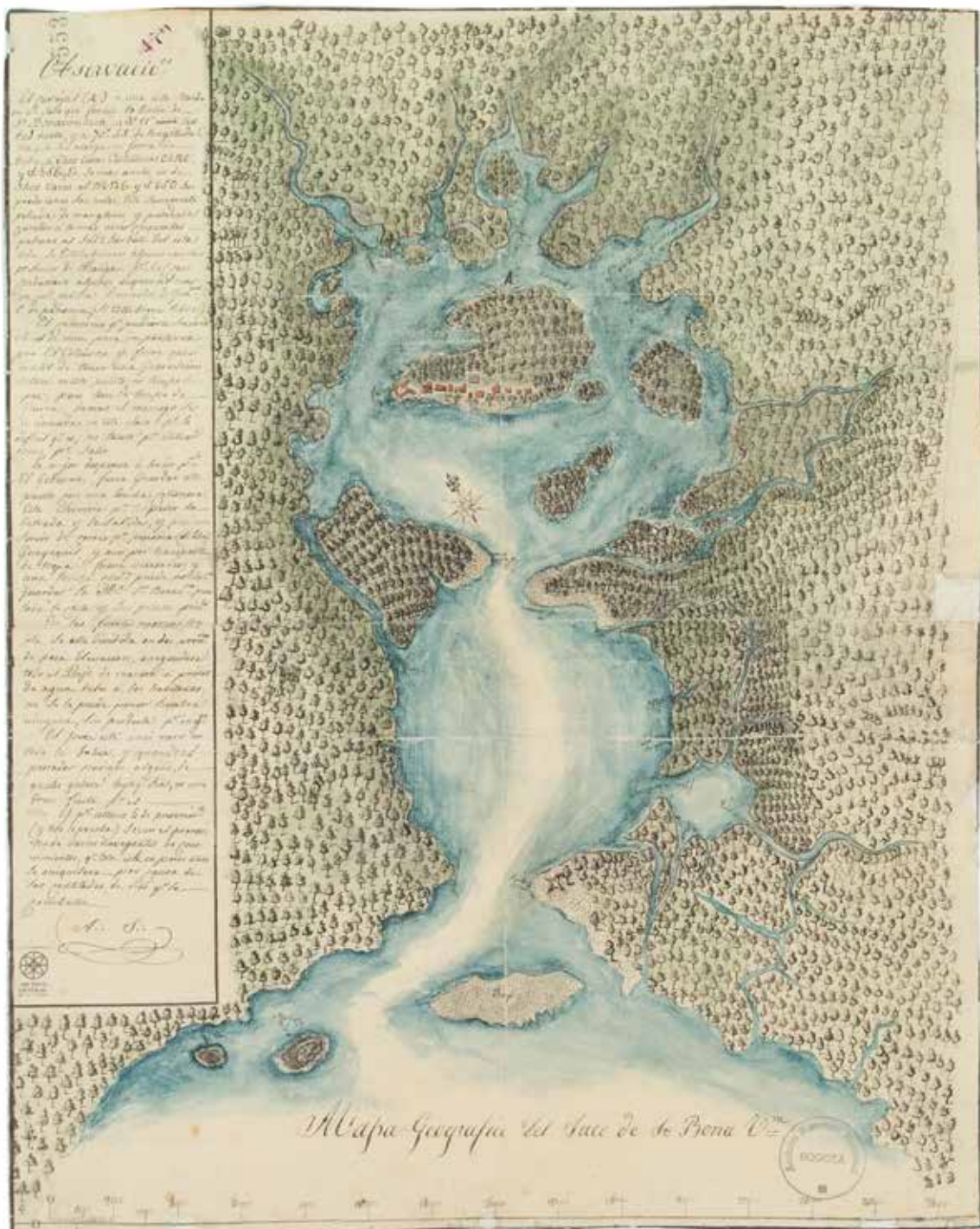
ocurre en América, este territorio hace parte de una historia europea; nos sentimos identificados con la Ilustración; inevitablemente somos ilustrados y europeos. No quiero criticar esta idea, pero hay otras formas de entender la realidad que esta idea ha silenciado.

C.A.P.V.: Si tuviera que sacar una conclusión del periodo de la Independencia sobre ese ambiente científico, ¿cuál sería?

M.N.O.: La ciencia es política. Puede ser una frase pomposa o controversial, pero la historia política no podría entenderse sin el papel de la ciencia: en el periodo de la Independencia, como en cualquier otro momento como el Imperio romano o en la Edad Media, el conocimiento ha sido parte fundamental del orden social.

C.A.P.V.: Por último, ¿qué publicaciones destaca de ese periodo?

M.N.O.: El *Semanario* es un periódico fascinante, porque es la decisión de Caldas y su grupo de amigos de hacer un periódico científico para América desde América. Ese es un punto crucial. Sería anacrónico decir que es una revista científica, pero ciertamente es una publicación clave, con una influencia importante sobre el futuro de la nación. Después, los grandes proyectos nacionales siguieron estos ideales. Desde los inicios de vida como nación independiente, el proyecto político nuestro fue usar la ciencia, la razón y el conocimiento. De alguna manera, el *Semanario* expresaba esos ideales, que incluso persisten: necesitamos ciencia para estar en el orden global.



Puerto de Buenaventura (1821).

Fuente: patrimonio documental del Archivo General de la Nación.
Sección Mapas y Planos, Mapoteca 4 Ref. 49 A.

GONZALO ANDRADE CORREA

La biodiversidad desde antes de la Independencia

Dentro de los diez países con mayor biodiversidad en el mundo, cinco están en América Latina: Brasil, Colombia, Ecuador, México y Perú. El estudio de las especies en Colombia es de vieja data, uno de los hechos más importantes en esa dirección es la Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada, liderada por José Celestino Mutis¹¹, la cual inició en 1783 y concluyó en 1816. Para conocer el estado de la fauna y la flora del país, tras doscientos años de independencia, consultamos a Gonzalo Andrade Correa, biólogo, magíster Scientiae en Biología, con énfasis en Taxonomía Zoológica; director del Instituto de Ciencias Naturales de la Facultad de Ciencias de la Universidad Nacional de Colombia - Sede Bogotá.

Carlos Alberto Patiño Villa (C.A.P.V.): ¿Cómo ha cambiado el medio ambiente en el país en doscientos años de vida independiente?

Gonzalo Andrade Correa (G.A.C.): Ha habido una degradación significativa de los ecosistemas, por lo que, desde 2002, hemos publicado una serie de libros rojos de las especies amenazadas en Colombia; llevamos diecisiete volúmenes en los que hay 1700 especies catalogadas con algún grado de amenaza. Actualmente, tenemos el primer libro rojo de ecosistemas amenazados en Colombia, en el que se muestra el grado de amenaza y se identifican los ecosistemas que están perdiéndose como resultado de la extracción minera, de hidrocarburos y la deforestación, lo que ha llevado a una pérdida importante de ecosistemas.

11 Los resultados de esta expedición se encuentran disponibles en línea, gracias a una colaboración del Gobierno de España y el de Colombia para publicarlos en la Biblioteca Digital AECID (2010).

C.A.P.V.: Si hoy, después de doscientos años de la Independencia, podemos decir que hay una biodegradación de los sistemas, es porque en aquella época se contaba con datos científicos que nos permiten saber cómo era el medio ambiente.

G.A.C.: En efecto, aquel era un momento bastante hermoso. A veces, los que trabajamos con biodiversidad quisiéramos haber nacido hace doscientos años, porque casi todo lo que se recolectaba en cuanto a flora y fauna eran especies nuevas, por lo que las personas de ese tiempo se dedicaron a escribir todo lo que iban encontrando como algo novedoso para la ciencia, incluso muchos de estos descubrimientos fueron depositados en el Real Jardín Botánico de Madrid y en el Museo Nacional de Ciencias Naturales y el Museo de Londres. Durante la expedición botánica, Mutis se dedicó a recolectar especímenes, mientras que la gente que lo acompañaba se dedicaba a dibujarlos, pero nunca se sentaron a hacer las publicaciones de lo que encontraron; recogieron mucha información, inclusive actualmente aún se están procesando los datos de la Expedición Botánica.

Estaban José Celestino Mutis, Alexander von Humboldt y Francisco José de Caldas, quien intentó hacer parte de las expediciones, pero nunca se entendió con Humboldt, por lo que le dieron la administración del Observatorio Astronómico Nacional, que actualmente tiene la Universidad Nacional de Colombia. En su trabajo, Caldas intentó identificar qué tan venenosos eran los insectos, inclusive llegó a recolectar algunos en la provincia ecuatoriana de Imbabura, pero nunca pudo involucrarse en las expediciones de Mutis y Humboldt.

C.A.P.V.: ¿Quién más tuvo un papel importante en la primera mitad del siglo XIX frente a lo que pasaba en el medio ambiente?

G.A.C.: Francisco Javier Matiz, uno de los dibujantes; Francisco José de Caldas y Humboldt. La permanencia de Humboldt en el trabajo de Mutis no fue de mucho tiempo. Caldas, por su parte, intentó muchas veces trabajar con Mutis, pero su poca afinidad con Humboldt se lo impidió. Mutis recolectó especímenes, pero nunca se dedicó a identificarlos ni a escribir ni describir qué era la flora del Nuevo Reino de Granada, por lo que actualmente nos encontramos en asocio con el Real Jardín Botánico de Madrid, el Instituto Colombiano de Antropología e Historia y el Instituto de Ciencias Naturales de la Universidad Nacional de Colombia, publicando los libros de la flora de Mutis, una serie de cincuenta volúmenes, de los cuales llevamos 36. Esto con el fin, por un lado, de identificar las láminas que dibujaba

Francisco Javier Matiz, depositadas en su mayoría en el Real Jardín Botánico de Madrid; por otro, hacer una descripción de las características de esos especímenes.

La Universidad Javeriana editó una obra muy importante sobre Humboldt, intitulada *Humboldtiana neogranadina*, autoría de Alberto Gómez, publicada en 2018. En los cinco volúmenes que contiene esa publicación, se reportan los especímenes de Humboldt en cuanto a flora y fauna, que había recolectado en Suramérica. También se está iniciando la publicación de otra obra para mostrar con más detalle los especímenes depositados en las colecciones biológicas colombianas y mostrarlos en la realidad, es decir, saber qué tan amenazados están y si aún existen.

C.A.P.V.: En la segunda mitad del siglo XIX vivió un personaje importante para el país, Agustín Codazzi, quien ejecutó, entre otras labores, la Comisión Corográfica, ¿qué tan importante fue esta expedición para tener una idea del medioambiente?

G.A.C.: Aquella fue una tarea importantísima. Actualmente hay datos de esto sin procesar, han publicado mucha información, pero todo lo que sale de la Expedición Corográfica son las bases para el trabajo que adelanta el Instituto de Ciencias Naturales de la Universidad Nacional de Colombia, junto con los datos de la Expedición Botánica de Mutis. Esto es lo que conforma el herbario nacional colombiano, la base del nacimiento de toda la información que tenemos en la Universidad Nacional de Colombia.

C.A.P.V.: Con base en esta información, ¿podría decir cuáles son los cambios más perceptibles en el medio ambiente y los recursos naturales entre los siglos XIX, XX y lo que va corrido del XXI?

G.A.C.: Es algo de lo que hemos estado conversando. Colombia tiene 230 colecciones biológicas, lo cual es mucho, comparado con otros países. Sin embargo, el país carece de una colección nacional que nos permita tener un Museo Nacional, como los de Berlín, Madrid o Londres. Tenemos 230 colecciones que tienen depositados 27 millones de ejemplares, muchos de ellos sin procesar. En el momento en que procesemos y liberemos esos 27 millones de datos, podríamos documentar exactamente qué flora y qué fauna es la que está perdiéndose y en qué condiciones estaban en los años anteriores. Por ejemplo, podríamos determinar si puede haber deterioro y pérdida de biodiversidad por el tema de extracción de hidrocarburos de yacimientos convencionales o no convencionales.

Mientras tanto, seguimos adivinando, porque no hemos procesado toda esta información antigua, guardada en las colecciones biológicas. Decimos que hay 1700 especies amenazadas, pero son interpretaciones de las imágenes satelitales, que carecen de información biológica para saber el estado de conservación de los ecosistemas.

C.A.P.V.: En este panorama, ¿qué papel ha jugado el Instituto de Ciencias Naturales de la Universidad Nacional de Colombia?

G.A.C.: Un papel sumamente importante. Nos hemos dedicado a documentar la información y, producto de ello, tenemos varias publicaciones como *Flora de Colombia*, las series *Colombia Diversidad Biótica*, *Biblioteca José Jerónimo Triana*, *Guías de Campo del Instituto de Ciencias Naturales* y *Ciencia al Viento*¹². También hemos ayudado a cambiar la normatividad ambiental para temas de biodiversidad e investigación, y hemos hablado sobre la documentación de las colecciones guardadas: solicitamos al Gobierno nacional que preste atención a esta información y que permita procesarla para que el mismo Gobierno pueda tomar decisiones en temas de medioambiente.

Nuestro papel es documentar y llamar la atención del Gobierno nacional, como consultores que somos en la Universidad Nacional de Colombia, para el Ministerio de Ambiente. A ello se suma también nuestra función de liberar la información guardada en las colecciones biológicas a nuestro resguardo.

C.A.P.V.: Dicho más puntualmente, ¿las colecciones biológicas tienen un valor de información de uso científico y de aplicación en políticas públicas y no son solamente una acumulación de objetos y de especies?

G.A.C.: Exactamente, es como tener una biblioteca de la biodiversidad. En el momento en el que procesemos la información guardada, podremos saber en qué estado se encontraban y se encuentran los ecosistemas de nuestro país. De ese modo se facilita su cuidado y la toma de decisiones en esta materia.

C.A.P.V.: ¿No es un poco contradictorio que doscientos años después de iniciada nuestra vida como nación independiente no tengamos todavía una

12 Disponibles en la Biblioteca Digital de la Facultad de Ciencias de la Universidad Nacional de Colombia (<http://ciencias.bogota.unal.edu.co/index.php?id=403>).

referencia unificada de nuestra biodiversidad, mucho más cuando en los últimos treinta años ha aumentado la información biológica?

G.A.C.: Es contradictorio y muy triste al mismo tiempo el que el país más rico en biodiversidad del mundo, incluso el que más información puede tener guardada en colecciones biológicas, no la tenga procesada y desconozca lo que hay guardado. También es desestimulante que no tengamos una institución designada por el Gobierno nacional para ser el custodio de esa información, no tanto centralizando los especímenes, sino que ayude a centralizar la información guardada.

C.A.P.V.: En los últimos treinta años en el mundo, la alerta sobre el cambio climático ha sido muy importante y en el último quinquenio lo ha sido mucho más. En el país, en particular, ha habido deterioro acelerado de los páramos, las selvas y los ecosistemas, ¿qué pasa?

G.A.C.: Es el desorden institucional y de país que hemos tenido. El escaso apoyo gubernamental al tema ambiental en Colombia, es decir, tenemos un Ministerio de Ambiente, pero antes de 1993 teníamos una dirección dentro del Ministerio de Agricultura denominada Instituto Nacional de los Recursos Naturales Renovables y del Ambiente (Inderena). Pensamos que con el Ministerio de Ambiente podríamos estar al nivel del resto de los temas del país, pero no es así.

Lo anterior, considerando que la inversión que ha hecho el Gobierno colombiano históricamente en presupuesto para el Ministerio de Ambiente ha sido muy baja; al ministro le toca pelear con el mismo Gobierno para que asignen los recursos necesarios para poder cumplir con todos los parámetros como rector del sistema ambiental colombiano. Inclusive pensábamos que con el acuerdo de paz con las Farc-EP podrían dedicarse más recursos para la preservación de los sistemas, pero no ha resultado así, por el contrario, el presupuesto sigue bajando.

C.A.P.V.: Pese a esos problemas hay descubrimientos maravillosos como Chiribiquete, ¿qué significa esto para el país?

G.A.C.: Esto significa que es el área natural protegida más grande en el mundo: tiene 4,6 millones de hectáreas, mucho más grande que Dinamarca, pero es el área protegida que con el menor control, vigilancia y gobernabilidad; por ser un área tan extensa, no hay guardaparques que puedan caminar esta zona, porque tampoco lo permite su geografía. Su control y vigilancia se han convertido en un reto para el Sistema Nacional de Áreas

Protegidas. Llevamos veinte años investigando sobre Chiribiquete, tenemos más o menos la mitad del lugar analizado, pero aún no entendemos qué es lo que está pasando allí, parece ser el centro de diversificación de especies más grande de Colombia. Encontramos una mezcla de especies andinas con amazónicas que desconocíamos. Tenemos la mitad de la serranía de Chiribiquete muestreada, pero nos hace falta hacer muestreo de investigación en la parte nueva que se amplió, que es cerca de 1,6 millones de hectáreas. Es decir, Chiribiquete sigue siendo un misterio para la investigación.

C.A.P.V.: Con esta dinámica del descubrimiento de Chiribiquete, ¿podría pensarse que en Colombia el medio ambiente aún es recuperable y explotable a la vez?

G.A.C.: Por supuesto. No podemos seguir pensando que el desarrollo es el que tiene que ser sostenible y que tenemos que seguir explotando los sistemas; tenemos que pensar que en Colombia puedan tenerse territorios sostenibles, donde confluyan distintas disciplinas para que el país siga creciendo. No podemos tener un país con todo el territorio convertido en un área protegida.

C.A.P.V.: ¿Qué espera que pase en el país en los próximos años, teniendo en cuenta estos doscientos años de vida independiente?

G.A.C.: Espero que logremos dar grandes pasos para desarrollar verdaderos programas que nos permitan hacer un monitoreo de la biodiversidad, a fin de determinar las especies que estamos perdiendo, y que podamos tener estrategias de conservación y recuperación efectiva de estas especies. Los análisis de los libros de las listas rojas de las especies amenazadas en 2002, cuyo estudio se repitió en 2012, señalan que el número de especies amenazadas aumentó, lo que quiere decir que no estamos realizando estrategias que nos permitan conservar los ecosistemas; un trabajo que empezó José Celestino Mutis y que vamos más de doscientos años documentando, pero sigue sin terminarse.

Parte del problema que teníamos era el conflicto armado, pero actualmente hemos podido hacer expediciones a zonas adonde no se nos permitía llegar. Desde 2015, hemos podido hacer expediciones, sobre todo, a la Orinoquía y la Amazonia colombianas, que nos están permitiendo documentar esta biodiversidad: han aparecido nuevas especies, hemos visto la ampliación de rangos de distribución y nuevos registros de biodiversidad; también se ha encontrado un deterioro considerable. Hemos llegado a zonas donde se está

devastando todo el ecosistema, como ocurre en los alrededores de Chiribiquete y en San José del Guaviare, zonas donde la deforestación aumenta a pasos acelerados. Tenemos que proponer estrategias que nos permitan conservar estos ecosistemas.



Provincia de Tunja (1824).

Fuente: patrimonio documental del Archivo General de la Nación.
Sección Mapas y Planos, Mapoteca 4 Ref. 546 A.

SANDRA BORDA GUZMÁN

La política exterior desde la Independencia

El libro *¿Por qué somos tan parroquiales?* (2019) es una historia internacional de Colombia, que busca contar cuál ha sido la relación del país con el mundo a partir de 1819, año en que se estableció la Independencia definitiva y el primer proyecto efectivo de constituir una república. A través de ejemplos y de fuentes documentales, Sandra Borda Guzmán, su autora, va tejiendo la tesis a partir de la cual explica la política exterior de Colombia en los últimos doscientos años, describiendo sus aciertos y fracasos.

Durante el siglo XIX, el país estuvo mucho más abierto a influencias europeas, pero, a partir de comienzos del siglo XX, con la separación de Panamá, fue convirtiéndose en un apéndice y en el principal aliado de los Estados Unidos, en América Latina. El libro presenta un recorrido por las diversas presidencias de ese siglo y sus decisiones con respecto a la política internacional. De ello, resulta claro que el país ha oscilado siempre, en el concurso internacional, entre lo excepcional para lo mejor y lo peor, y se ha resistido a abrirse al mundo y a su propio vecindario.

Sandra Borda Guzmán es politóloga de la Universidad de los Andes, magíster en Relaciones Internacionales de la Universidad de Chicago y en Ciencia Política de la Universidad de Wisconsin; además, es doctora en Ciencia Política de la Universidad de Minnesota, con postdoctorado en Política Exterior de la Universidad de Groningen.

Carlos Alberto Patiño Villa (C.A.P.V.): Desde la perspectiva de la política exterior, ¿cómo se tendría que caracterizar a Colombia, haciendo un balance de los doscientos años de independencia?

Sandra Borda Guzmán (S.B.G.): Pensaría en Colombia como un país en el siglo XIX, y otro completamente distinto en el XX. Lo que han dejado estos doscientos años es un intento claro durante el XIX de insertarse en el sistema internacional, de ser reconocido como un Estado nuevo, con todas las prerrogativas que eso trae; también de ser reconocido como un país que intentaba manejar estratégicamente la relación con Europa y la naciente potencia de Estados Unidos; mientras que el siglo XX es de timidez, de tratar de mantener, en lo internacional, el perfil del país mucho menos activista.

C.A.P.V.: ¿Este cambio de actitud entre el siglo XIX y el XX está marcado por algún hecho contundente?

S.B.G.: Ciertamente. El canal de Panamá es la explicación más clara. La pérdida de Panamá generó al país un gran trauma, no solamente en materia de su inserción internacional sino también en su relación con Estados Unidos. La lección que tal vez aprendieron las élites nacionales es que tratar de gestar una política exterior tan activa, tan independiente y autónoma puede tener costos enormes, sobre todo si se es vecino de un país con tanto poder y que está tan poco dispuesto a lidiar por las buenas con la resistencia.

C.A.P.V.: No tener con qué defender sus posiciones internacionalmente, me refiero a una posición militar contundente y a un desarrollo económico sustancial, ¿modificó la creencia de las primeras décadas frente a la nación?

S.B.G.: Sí. Antes del canal de Panamá, sobre todo en el siglo XIX, el escenario internacional que enfrentaba Colombia era completamente distinto. Todavía no se sabía si Europa y, particularmente, el Reino Unido iban a dejar de ser una potencia; tampoco se sabía qué tanto iban a ser reemplazados por Estados Unidos. Aquel era, si se quiere, un momento de transición de hegemonía.

Lo que hizo Colombia en ese momento fue jugar a dos bandas y eso le permitió moverse con mucha más tranquilidad y espacio en el sistema internacional. El comienzo del siglo XX, que coincide con la pérdida de Panamá, es un escenario en el que el poder de Estados Unidos empezó a ser cada vez más claro alrededor del mundo, mientras empieza el declive de Europa en materia de poder internacional. Este juego a dos bandas ya no era una alternativa disponible para la política exterior colombiana, y todo lo que quedaba era definir una relación con Estados Unidos, que fuera lo menos perjudicial posible después de haberse resistido a la construcción del Canal.

C.A.P.V.: ¿Cómo es ese cambio de un mundo filobritánico, por decirlo de alguna manera, a un mundo orientado hacia los Estados Unidos?

S.B.G.: Otra vez el microcosmos del canal de Panamá es una muestra clarísima de cómo funcionaba la relación con esos dos poderes; los colombianos empezaron a pensar que Reino Unido era un país involucrado en la construcción del canal, un país importante para lograr reconocimiento internacional; además fue el primer país al que la diplomacia colombiana empezó a apuntar para tener reconocimiento formal en la existencia de los nuevos Estados en América Latina. Es decir, Reino Unido fue actor clave en el proceso de inserción internacional. En ese momento, había muchos colombianos viajando, hijos de las élites, no solamente haciendo negocios, sino entablando relaciones de carácter diplomático con personajes ingleses.

Lo que sucedió con Estados Unidos es posterior: empieza a consolidarse la relación que se presentó en el momento de la Independencia. Ya en este periodo nos gustaba acercarnos a Estados Unidos; era una especie de modelo a seguir por ser un Estado nuevo que intentaba implementar una democracia y establecer instituciones de forma parecida a lo que quería hacerse en Colombia. Pero ese momento de imitación, después del proceso de colonización, coincidió con el fortalecimiento militar y su consolidación como un Estado hegemónico. Entonces, Colombia tuvo que empezar a repensar su tratamiento dado que conocíamos mucho a los europeos, pero de los estadounidenses sabíamos muy poco, cultural y diplomáticamente. Por esto comenzamos a aprender y a enviar personas a Estados Unidos, pero ese proceso fue lento. Parte de lo que sucedió con el canal de Panamá es que no supimos entender a tiempo las claves que estaban enviándonos.

C.A.P.V.: En este proceso hay un cambio importante que hizo el presidente Marco Fidel Suárez, ¿cómo entender a Suárez en este ámbito de la política exterior?

S.B.G.: Lo de Marco Fidel Suárez es un acto de pragmatismo. En ese momento la lectura que hacía Colombia del poder de Estados Unidos era pasar la página del canal de Panamá y la pérdida de ese territorio y establecer las reglas de juego. México, por ejemplo, hizo una cosa muy distinta al gestar una política exterior que buscara todo el tiempo mantener los espacios de autonomía frente a Estados Unidos y resistirse a su poder; lo pensaban en términos de ser lo suficientemente fuertes para mantener su subsistencia. En el caso de Colombia, por el contrario, la reacción fue poner la relación en los mejores términos posibles, no solamente para

usufructuarla económica y comercialmente, sino también para evitar una agresión como la del canal de Panamá.

C.A.P.V.: En Colombia se ha hablado mucho del *respice polum* (mirar hacia el Norte), ¿el siglo XX queda marcado por eso?

S.B.G.: Con algunas excepciones notables, en general se nota un intento por acercarse a Estados Unidos. Un intento que, en primera instancia, en la primera parte del siglo XX, era pragmático, buscábamos hacer negocios con Estados Unidos y tratar de reducir al mínimo las fricciones políticas, pero luego se convirtió en dogma. En esta primera parte, todavía hacíamos cálculos de costo-beneficio. En la segunda parte del siglo, ya no vemos otra alternativa a la política exterior que la de estar alineados con los intereses de Estados Unidos, hasta el punto de que hoy construimos política exterior pensando que este es un principio general que debe seguirse, sin pensar en los costos y beneficios que obtenemos de este lineamiento.

C.A.P.V.: Pareciera que en el siglo XIX el Estado colombiano tuvo iniciativa, propuso instituciones y normas, pero en el siglo XX nos volvimos la versión concomitante de lo que proponían otros.

104

S.B.G.: De nuevo, con algunas excepciones. El papel de los abogados colombianos en la gestación del régimen internacional de derechos humanos, por ejemplo, es notorio. Liliana Obregón, profesora de Derecho de la Universidad de los Andes, ha hecho seguimiento a este tema. No solo los abogados colombianos sino los abogados latinoamericanos fueron militantes del régimen internacional de derechos humanos en la forma en la que lo conocemos, que terminó de consolidarse después de la Segunda Guerra Mundial. Participamos en varias cosas, por ejemplo, en la definición del régimen internacional antidrogas, el Gobierno colombiano participó activamente. Pero estas son excepciones, porque la regla general tiene que ver con una concepción del comportamiento colombiano que pase por lo multilateral, que respete el derecho internacional y, sobre todo, que no llame demasiado la atención. Bruce Bagley lo denominaba el “enanismo autoimpuesto” (1982), esta idea de que hay que caminar despacio, sin hacer mucho ruido y tratando, en la medida de lo posible, de no llamar la atención del escenario internacional para no meterse en problemas.

C.A.P.V.: Eso nos deja con una política exterior muy limitada tanto en el siglo XIX como en el XX, que no corresponde ni con el tamaño ni con la importancia del país.

S.B.G.: El caso más interesante de esas limitaciones es Venezuela. Hubiéramos imaginado que, siendo Venezuela y Colombia tan parecidos, optarían por estrategias de política exterior similares. Pero nos damos cuenta de que el activismo político de Venezuela en el Caribe, cuyos réditos está usufructuando en la actualidad, es absolutamente claro y extensivo. Desde el comienzo armaron coaliciones con todos los países del Caribe, que son fundamentales en el escenario de la Organización de Estados Americanos. Nosotros decidimos no explorar ni nuestra dimensión Caribe ni la Pacífica; fuimos un país absolutamente encerrado en Bogotá y eso nos impidió tener relaciones, con la región y con el mundo, más diversificadas y creativas que nos permitieran mayores márgenes de maniobra. Fueron muchas limitaciones y hoy estamos sufriendo las consecuencias de ello.

C.A.P.V.: Pero en el siglo XX hubo un papel importante de los diplomáticos colombianos, como Alberto Lleras, en las décadas de 1940 y 1950, ¿cuál fue su posición frente a esto?

S.B.G.: Lo de Alberto Lleras es interesante; recomiendo leer a Carlos Caballero sobre este tema, porque tiene casi que una etnografía detallada sobre el papel de Colombia. Allí, tristemente, cuentan mucho los liderazgos individuales y la capacidad de hacer diplomacia a título personal, pero el aparato diplomático colombiano no daba para hacer cosas más interesantes. Nuestro papel en la gestación de la Organización de Estados Americanos es interesante, porque la gente se imagina que ayudamos en esto solamente por estar del lado de Estados Unidos, pero la estrategia era mucho más compleja. En el marco de la Guerra Fría, se trataba de contrabalancear los intentos de intervención unilateral de Estados Unidos para hacer contrapeso a la Unión Soviética y crear una especie de cerco multilateral que obligara a Estados Unidos a lidiar con el hemisferio en formas institucionalizadas y no por medio de intervenciones bilaterales. Para eso era todo el aparataje institucional hemisférico que se creó en ese momento y en el que Colombia fue fundamental.

C.A.P.V.: Entonces, ¿es posible suponer que Colombia se quedó amarrada a las formas institucionales y perdió la posibilidad de generar una creatividad en la política exterior, es decir, ser más creativo y agresivo?

S.B.G.: El problema es que nos amarramos, otra vez en forma de dogma, a las instituciones y al derecho internacional. Cada persona que escribe sobre este tema afirma que el pilar fundamental de la política exterior colombiana es el respeto al derecho internacional y nunca entendimos qué

era lo que motivaba eso, ni tuvimos una posición reflexiva, ni se han hecho estudios suficientes sobre esto; tampoco era que cumpliéramos tanto y tan fidedignamente con el derecho internacional. Estas formas nos permitían presentarnos ante el sistema internacional como un actor que, no teniendo mucho poder material, tenía una suerte de cuota de poder normativo, si se quiere. ¿Qué tanto le permitía eso maniobrar en el sistema internacional? Muy poco, pero era nuestra forma de presentarnos ante el mundo, permeados por esta cultura santanderista, normativa, que habla mucho de las normas y que dice respetarlas.

C.A.P.V.: En ese contexto, ¿cómo cambió la Guerra Fría la política exterior colombiana?

S.B.G.: Muchísimo. Entre más leo sobre el papel de Colombia en la Guerra Fría más matices y lugares grises empiezo a establecer. La literatura dice que Colombia se alineó con Estados Unidos irreflexivamente durante la Guerra Fría y, de ahí en adelante, sigue los dictámenes de este país. Pero yo creo que el papel de Colombia en este periodo es mucho más complejo. Hay escenarios, como el de la administración de Julio César Turbay Ayala, que sí son un alineamiento irrestricto y muy poco reflexivo; pero el caso de Alberto Lleras Camargo es un alineamiento mucho más estratégico que buscaba no solamente acercarse a Estados Unidos, sino tratar de transformar el comportamiento de este país a nivel hemisférico a través de la creación de una institucionalidad. Esto es una aproximación muy sofisticada y ambiciosa de entender el relacionamiento interamericano en un momento tan difícil.

C.A.P.V.: ¿Cuáles serían los principales grises dentro de la Guerra Fría?

S.B.G.: Un gris notable es la administración de Belisario Betancur Cuartas. Nos imaginábamos que un presidente, miembro del Partido Conservador, iba a estar más alineado que nunca con Estados Unidos e iba a caminar la línea de la Guerra Fría con más disciplina, pero lo que hizo es totalmente distinto: trató de ajustar la política exterior a las necesidades que planteaba el proceso de paz en el nivel interno. Su lógica era que tenía que dejar de entender a las guerrillas colombianas como apenas un brazo del comunismo internacional y profundizar en las causas internas del conflicto armado.

Para ello tuvo que separar completamente lo que estaba sucediendo en la Guerra Fría de lo que ocurría con el proceso de negociación en Colombia. Usó la política exterior para vender la idea de la paz y afirmaba que, si la paz funcionaba en Colombia, podía funcionar en Centroamérica. Pero era

función de la región, no de las potencias, tratar de buscar una salida a un problema absolutamente regional. Esta es la lógica que permitió la creación de Contadora (1984) en la que Colombia fue absolutamente protagonista.

C.A.P.V.: Si Belisario Betancur es una especie de excepción en este contexto, ¿por qué después de la caída del Muro de Berlín, el fin de la Guerra Fría y el mundo que arranca hacia el siglo XXI, quedamos a la deriva?

S.B.G.: Hay varias cosas que coinciden con el final de la Guerra Fría y que tienen lugar en Colombia. Los años 1989-1990 son años convulsionados para la historia de este país. Acabó la Guerra Fría, lo que implicaba más espacio de maniobra y más autonomía en el sistema internacional para un país como Colombia; simultáneamente se recrudeció la guerra contra el narcotráfico. Esto básicamente obligó al Gobierno colombiano a acercarse todavía más a Estados Unidos en búsqueda de recursos y apoyo para librar la guerra contra el narcotráfico.

Es decir, en una coyuntura en la que podríamos haber ganado un poco de autonomía, terminamos perdiendo más por cuenta del desafío en materia de seguridad, que nos estaban imponiendo los carteles del narcotráfico y, simultáneamente, estábamos en etapa de apertura económica. Entonces puede que, en lo político, estuviéramos reduciendo nuestros niveles de autonomía; sin embargo, en lo económico estábamos tratando de diversificar nuestras relaciones e insertándonos comercialmente en un mundo de forma muy distinta y siendo uno de los primeros países latinoamericanos que intentó ir en esa dirección. Como ocurre con todo en Colombia, es una combinación de varias cosas, lo que genera tensiones en materia del comportamiento internacional, pero permite moverse de forma más expedita en ese escenario.

C.A.P.V.: En ese contexto pasaron cosas importantes: la llegada Andrés Pastrana al Gobierno y su relación con el gobierno de Bill Clinton; con esto, el Plan Colombia y luego la llegada de Álvaro Uribe al Gobierno de Colombia.

S.B.G.: Y antes de todo esto ocurrió la debacle máxima en materia de la relación con Estados Unidos, en la administración de Ernesto Samper. Ese es el momento más bajo de nuestra relación bilateral. Pastrana llegó al poder prometiendo una normalización de las relaciones con Estados Unidos; su primer viaje fue a Washington y empezó ese proceso de normalización, que terminó en una profundización de la alianza con Estados Unidos a través del Plan Colombia.

Además, Pastrana inició un proceso de paz que fracasó. Este fracaso, junto con el once de septiembre de 2001 sirvieron para convencer al país del Norte de que su involucramiento en la guerra contra las guerrillas en Colombia tenía que ser más profundo, más comprometido y mucho más denso.

Pastrana permitió a Álvaro Uribe conceptualizar y consolidar la “seguridad democrática”, porque es este último quien gestionó ante Estados Unidos el levantamiento de las restricciones de la ayuda estadounidense a la lucha contra las drogas, para que también fuera usada en la lucha contra la guerrilla. Eso cambió totalmente el panorama del equilibrio de fuerzas entre el Estado y la guerrilla, y permitió los éxitos militares que conocemos de los ocho años de la administración Uribe.

C.A.P.V.: Y luego hay un cambio final que es el del gobierno Santos...

S.B.G.: Los gobiernos de Uribe y Santos tienen una característica común: ambos construyen política exterior para satisfacer la agenda principal que intentaban adelantar internamente. En el caso de Uribe, su agenda fundamental era fortalecer el aparato militar estatal y ganar la guerra contra las guerrillas; de modo que utilizó la política exterior para ayudar con ese objetivo. Por eso profundizó la relación y la alianza militar con Estados Unidos.

108

Por su parte, lo que hizo Juan Manuel Santos fue usar la misma lógica, pero en una dirección distinta. Para llevar a cabo un proceso de paz, necesitaba utilizar la política exterior para lograr la mayor cantidad de apoyo y legitimidad e impulsar el acuerdo. Para ambos había un norte claro en materia de política exterior, cosa que, lamentablemente, no puede decirse del gobierno de Iván Duque.

C.A.P.V.: Finalmente, ¿qué pasa con la política de fronteras?

S.B.G.: La política de fronteras es el gran fracaso de la política exterior colombiana, por una razón estructural y por varias coyunturales: el Estado colombiano, siendo supremamente débil, no ha tenido la capacidad de tener presencia en las zonas de frontera, ni en la de Venezuela ni en ninguna otra. En ese sentido, la política ha sido improvisada y no ha sido consensuada con los países vecinos. Lo que sucede en el Catatumbo actualmente es resultado de la falta de presencia del Estado en la frontera.

El caso más dramático es lo sucedido con Nicaragua, que es otra de las cicatrices del país después de lo que pasó con Panamá en el marco de las relaciones con los vecinos. No solamente no hemos tenido presencia en el Ca-

ribe, sino que nunca nos había interesado San Andrés y Providencia; más aún, abandonamos el proceso de negociación con Nicaragua y lo dejamos a la deriva de la Corte Internacional de Justicia, lo que implicó los resultados que conocemos. Así como dedicamos gran cantidad de recursos y atención a Estados Unidos, inversamente proporcional es la cantidad de recursos y atención que le prestamos a nuestra relación fronteriza.

C.A.P.V.: En una frase ¿cómo caracterizaría estos doscientos años de política exterior colombiana?

S.B.G.: Como un ejercicio con grandes altibajos y diferencias. Soy una completa nostálgica del siglo XIX en materia de política exterior.

JAVIER ORTIZ CASSIANI

La población negra en la invención de la nación

Reconocer a todos los actores de la empresa independentista y su importancia para las ciudades y la construcción de la República es parte fundamental de la labor historiográfica colombiana. Uno de los actores determinantes en ese proceso es la población afrocolombiana. Las personas africanas esclavizadas, así como sus descendientes, fueron relevantes en la construcción social y cultural de varias regiones del país, como Cartagena. Por esto consultamos a Javier Ortiz Cassiani, historiador de la Universidad de Cartagena, magíster en Historia de la Universidad de los Andes y candidato a doctor en Historia por el Colegio de México, con quien indagaremos sobre la participación de estas comunidades en la gesta libertadora y el porqué de su frecuente desconocimiento en el relato nacional. ¿Cuál es su valor cultural, económico, político y social en la construcción de la sociedad?

Carlos Alberto Patiño Villa (C.A.P.V.): ¿Qué representa el bicentenario de la Independencia para la población afrocolombiana?

Javier Ortiz Cassiani (J.O.C.): Para la población negra o afrodescendiente, esta celebración significa un espacio para conmemorar algunas de sus luchas, muchas de las cuales venían dándose, incluso, desde antes del proceso emancipatorio de América. La lucha por la libertad es una constante en los movimientos afro en la Nueva Granada. Cuando apareció la coyuntura de la Independencia, los afros trataron de vincularse a este proceso, con su propia agenda. De modo que el bicentenario significa un momento para destacar la lucha histórica por la consecución de la libertad y de mejores condiciones de vida para los pueblos negros de la Nueva Granada.

C.A.P.V.: ¿Qué papel desempeñaron los personajes afros de la época colonial, como Benkos Biohó, o del tiempo de la Independencia para la población negra?

J.O.C.: Son referentes fundamentales. Benkos Biohó, que fue fundador de palenques en el siglo XVII, en la zona de los Montes de María, en el Caribe colombiano, se convirtió en símbolo histórico para esta población. Además de Biohó, habría que hablar de Nicolás de Santa Rosa, quien es un referente poco nombrado por la historiografía, pero clave por ser el negociador en representación de los palenques y lo que sería después el Palenque de San Basilio, en el acuerdo que firmó la Corona con las autoridades cimarronas en 1713, la famosa *Entente cordiale*. Se habla de Biohó, pero este es un personaje del siglo XVII, mientras Santa Rosa es del siglo XVIII y es clave porque lo que es actualmente el Palenque de San Basilio se debe a esa negociación con las autoridades virreinales.

Podría hablarse de otros personajes, como Pedro Romero, alrededor del cual hay un debate sobre si es cartagenero o de Matanzas (Cuba). Lo cierto es que fue fundamental para la Independencia de Cartagena; los lanceros de Getsemaní, y toda la radicalidad de la primera ciudad independiente de las ciudades del virreinato, no hubieran podido darse sin la participación de Pedro Romero y los negros y mulatos de este barrio, sobre el que tenía influencia notable.

C.A.P.V.: En el relato que podríamos llamar convencional de la historia, la población negra está desaparecida, es decir, no hay un reconocimiento explícito. Está muy por debajo la valoración que algunos héroes de la Independencia tenían frente a la población negra y su papel en las guerras emancipatorias.

J.O.C.: Para poner un ejemplo práctico. Los textos de Jesús María Henao, como el *Compendio de la historia de Colombia* para la enseñanza de las escuelas primarias de la República (1929) y los dos tomos de la *Historia de Colombia* para la enseñanza secundaria (1952), que se hicieron para el centenario (1910) y se convirtieron en los libros de enseñanza en los colegios del país, se menciona un par de veces a la población negra, primero, para hablar del carácter benigno de San Pedro Claver, como misionero misericordioso con la población esclavizada; segundo, para hablar de los negros como transmisores de enfermedades: se menciona el caso de México en el que se suponía que un negro era el que llevó la viruela. A partir de allí, lo que vemos no es

una invisibilización en sentido estricto, porque están presentes, el problema es la manera como son representados en esa historia.

Lo otro que hay que decir es que, normalmente, la historia de los pueblos afros se observa como una suerte de “notas de color”. Estamos hablando de una sociedad que, en el siglo XVIII, era completamente mestiza y mucha de la población tenía raíces negras. Pero a los negros se los trata de forma excluyente, cuando en realidad hacían parte de toda esta sociedad y su participación es decisiva para los logros históricos, si es que así vamos a considerar a la Independencia. En los últimos años, esta situación ha venido rectificándose, cada vez hay más estudios sobre la importancia de la población afrodescendiente y su agenda en aquella coyuntura.

Otro aspecto es que se han nombrado como simples subsidiarios, adheridos a un proyecto, pero cada vez más nos damos cuenta de que articularon sus propios proyectos políticos y sociales dentro de la historia nacional. Estamos en el camino de reconocer efectivamente más la participación innegable de esta población en la historia del país.

G.A.P.V.: Quiero que nos hable de un personaje clave en el proceso independentista, José Padilla, ¿quién era?, ¿cuál fue su papel?, y ¿por qué terminó fusilado?

115

J.O.C.: José Padilla es un personaje extraordinario. Es producto del mestizaje del siglo XVIII, es un pardo nacido en Guajira. Se convirtió en militar de la armada española y participó en batallas defendiendo a la Corona, pero, una vez vino la Independencia, se incorporó a los ejércitos patriotas y se estableció en Cartagena. Padilla es una figura fundamental en el sitio de Pablo Morillo en 1815; lideró la salida de un grupo de personas que, ante la inminente toma de la ciudad, salieron y se refugiaron en las islas del Caribe.

La campaña admirable de Simón Bolívar que llegó después, dentro de las que está la batalla de Boyacá, entre otras batallas, tiene al Caribe como un escenario fundamental. Al conocer perfectamente el mar Caribe, porque lo había navegado, Padilla se convirtió en una figura clave. Simón Bolívar había tenido dificultades por la importancia de la llamada “pardocracia venezolana”, un sector mulato que tenía mucha influencia política. Bolívar siempre le tuvo temor. El fusilamiento de Padilla obedeció a esos antecedentes, antes habían fusilado a Manuel Piar en Venezuela. Es paradójico, a pesar de que se comprueba que el líder máximo de la conspiración septembrina contra Simón Bolívar fue Francisco de Paula Santander, terminaron

mandándolo al exilio, mientras que Padilla, cuya participación en ello es dudosa, terminó fusilado. Y esto solo se explica por el componente racial.

C.A.P.V.: ¿Qué ocurrió durante el siglo XIX?

J.O.C.: Hay que partir de la promulgación en 1821 de la Ley de libertad de vientres, fundamental para la evolución y la historia de los pueblos negros en la Nueva Granada. Esta ley decía que una vez cumplieran los dieciocho años, los nacidos después de la promulgación de la ley era libres. Es decir, en 1839 debían ser libres. Esto es fundamental, es un logro de la participación de los pueblos afros en la Independencia, pero es una medida que se dilató porque en 1839, cuando debía hacerse efectiva la ley, tuvo lugar la Guerra de los Supremos, donde participó mucha población negra. Por lo que terminaron castigándolos por insurrección. El cumplimiento de ley se aplazó y la libertad no se otorgó. La Constitución de 1843, que es muy conservadora, terminó poniendo una talanquera a los logros históricos que ya habían alcanzado. Solo hasta 1851, se firmó el decreto de la abolición definitiva de la esclavitud.

Hablamos de que en el siglo XIX la lucha política seguía: los negros participaban y muchos de ellos lo hacían en las Guardias Nacionales, lo que les daba la condición de ciudadanos. Pero vemos una legislación que no era clara y terminaba cerrando la participación política. Por otro lado, observamos las luchas de estas personas afros para tratar de incorporarse a la ciudadanía plena.

Habría que hacer un estudio mucho más detallado de los oficios que practicaron los afros durante ese tiempo, por ejemplo. Ello arrojaría resultados sorprendentes. Como paso previo, se debe revisar la lista de estudiantes que ingresaron a la Universidad de Cartagena a mediados del siglo XIX, para demostrar que muchos eran hijos de artesanos, negros y mulatos que lograron cierto reconocimiento y, a partir de eso, pudieron matricular a sus hijos en la universidad. Luego, a finales del siglo XIX, los hijos de estos negros y mulatos, que eran parte de las sociedades de artesanos, ocupaban cargos importantes, ejerciendo como médicos y abogados. En este siglo hablamos de dificultades, pero también de los logros que pudieron alcanzarse.

C.A.P.V.: ¿El libro *Cómo se hace ingeniero un negro en Colombia* (Baena, 1929) representa un poco esta trayectoria, aparte de los abogados y los médicos de la costa Caribe?

J.O.C.: Este personaje está ubicado más en el siglo XX que en el XIX. Es un personaje que, a través de sus memorias, narra el proceso de *Cómo se hace ingeniero un negro en Colombia*, título que ya es una declaración de principios. Lo que relata allí son, por un lado, las dificultades que tuvo que enfrentar por ser afrodescendiente en Antioquia; por otro, cómo logró ganarse el título de ingeniero. El siglo XX está lleno de eso. Para resumir la participación de estas personas y sus logros, debe decirse que la población afrodescendiente en el país alcanzó reconocimiento a pesar de las condiciones, no es que el camino fuera expedito para estos los logros, sino que, a pesar de los obstáculos, pudieron convertirse en ciudadanos y sujetos importantes desde la literatura hasta la ciencia y en muchos campos de conocimiento. Aquellos logros son resultado de las luchas de estos personajes.

C.A.P.V.: ¿Qué rol tienen los palenques?

J.O.C.: Los palenques son los pueblos formados por los esclavos cimarrones que escapaban y lograban fundar territorios libres de esclavitud. Son, en esa medida, el referente de lucha más importante para los afros. La palabra *cimarrón*, asociada a los palenques, se usaba para denominar al ganado que se escapa; es decir, el que deja de ser doméstico, se va a los montes y se convierte en cimarrón. Por lo que cimarrón tenía connotación negativa. Lo interesante sobre esa designación es que si hoy le dicen cimarrón a alguien dentro del movimiento afro es el elogio más grande que puede hacerse, es el reconocimiento a las ansias de libertad, dignidad, a la resistencia y los valores afro. En efecto, las palabras pueden resignificarse.

Ahora bien, hay que analizar a los palenques no solamente por su capacidad de resistencia, sino en su capacidad de negociación y construcción política. Por ejemplo, si uno analiza la formación del Palenque de San Basilio, además de la tradición histórica de resistencia, observa una interesante capacidad de negociación con la Corona, que muchas veces pasa desapercibida en los estudios.

C.A.P.V.: ¿El proceso de construcción de nación para esta población negra es igual o similar en las regiones Caribe y Pacífica?

J.O.C.: Hay diferencias sustanciales entre el Caribe y el Pacífico, que están dadas por las mismas dinámicas de la esclavización. Estas diferencias son fundamentales a la hora de vincularse en el proyecto de construcción de nación, dentro de las dificultades que eso implica. Por ejemplo, en Cartagena había una esclavitud a jornal, doméstica, de servicios; mientras que en el

Pacífico la esclavitud estaba más relacionada con la minería y la hacienda, de manera que tenían menos relación con la población blanca. En el Caribe, el proceso de mestizaje fue más fuerte y, por eso, la construcción política de los movimientos afros en el Pacífico y en el Caribe es distinta, precisamente por los antecedentes históricos.

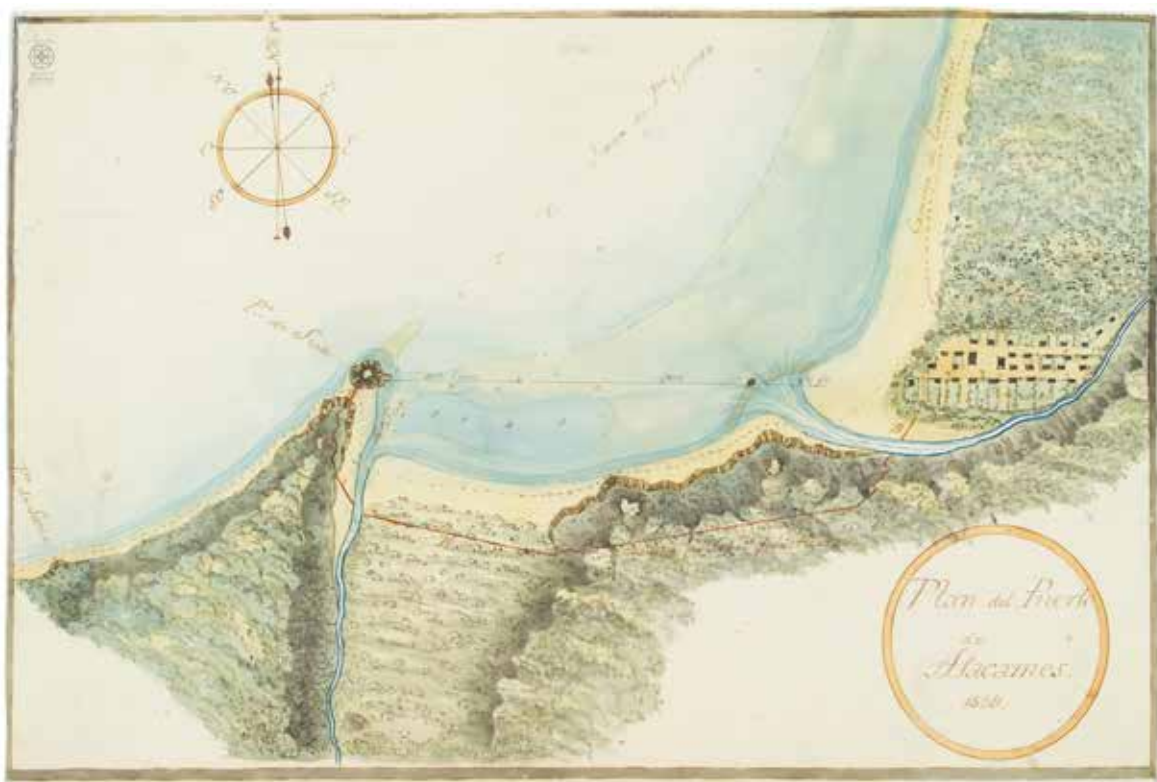
C.A.P.V.: Tengo que preguntar por un personaje negro fundamental en la literatura colombiana: Manuel Zapata Olivella.

J.O.C.: Zapata Olivella llegó a ser, en la década de 1960 y entrada la de 1970, el intelectual más importante del país, no solo por su lucha alrededor de la población afrodescendiente, sino por su visión universal. Era de los pocos que dialogaba con los intelectuales del Caribe, Estados Unidos y del mundo, de modo que era uno de los intelectuales más cosmopolitas. Somos una sociedad que se construyó “mirándose al ombligo” y Zapata Olivella le dio una dimensión universal al conocimiento nacional, no solamente en los estudios afros, sino a través de su literatura. Fundó la revista *Letras Nacionales* y por allí pasaron los que luego fueron los grandes escritores del país.

C.A.P.V.: ¿Cuál es la consideración que haría sobre la población negra en Colombia, doscientos años después de la invención de esta República?

118

J.O.C.: Se han conseguido cosas por la resistencia y no porque el camino esté completamente abierto; sigue siendo difícil, sigue existiendo una relación muy fuerte entre clase y raza en el país: las zonas de población negra son las más pobres del territorio nacional. Esta es una brecha que hay que cerrar y la historia es fundamental para conseguirlo. Los movimientos afros, los consejos comunitarios y distintas organizaciones han hecho una labor importante, pero es necesario depurar algunos vicios que ha generado la misma política. Por ejemplo, se supone que las consultas previas son un elemento de cogobierno, pero se han convertido en una forma de proveer indemnización frente a daños que puedan sobrevenir, en vez de ser prueba de la capacidad de administrar el territorio de forma conjunta. Esto se ha prestado para hechos problemáticos, sin desconocer los logros alcanzados a partir de estas políticas de reconocimiento a la población afrodescendiente.



Punta de Same hasta Puerto Atacames (1826).

Fuente: patrimonio documental del Archivo General de la Nación.
Sección Mapas y Planos, Mapoteca 4 Ref. 17 A.

FRANCISCO ORTEGA MARTÍNEZ

Cultura política de la Independencia

El proceso de la Independencia trajo una consecuencia cultural importante, relacionada con la modificación de conceptos como *colonia* y *república*, alrededor de los cuales se creó un consenso político clave en la transformación que significó el pasar de una monarquía a la creación de una nueva república. ¿Qué significaban colonia y república?, y ¿qué significaba construir una comunidad o acuerdos políticos básicos? Para entender estas transformaciones culturales de fondo, que permitieron la creación de la República, conversamos con Francisco Ortega Martínez, doctor en Historia de la Universidad de Chicago; investigador posdoctoral en el proyecto “The Research Project Europe 1815-1914”; profesor del Departamento de Historia de la Universidad Nacional de Colombia - Sede Bogotá, y comisario de la Universidad para las actividades del bicentenario.

Carlos Alberto Patiño Villa (C.A.P.V.): ¿Cómo se llega a la Independencia desde una perspectiva cultural?, y ¿cómo se produce esa transformación entre vivir en un reino, en el marco de una monarquía, a tratar de formar una república?

Fernando Ortega Martínez (F.O.M.): Es un proceso lento. De hecho, tendemos a conmemorar estos eventos como si hubieran ocurrido en un momento fijo, pero en realidad son parte de un proceso largo y complejo. Podríamos hablar de dos niveles de datación, uno amplio que nos remite hasta finales del siglo XVIII, cuando empezó a haber grandes transformaciones en las monarquías europeas y el euroatlántico; esas transformaciones generaron conflictividades que erosionaron certezas previas. No obstante, adquirieron una velocidad vertiginosa a partir de 1808 y, particularmente, a partir del momento en que llegaron a la Nueva Granada, en septiembre de 1809, las noticias de la invasión napoleónica a la península ibérica.

Desde este momento toda serie de premisas de lo que se suponía era vivir en una monarquía, con una serie de preceptos e ideas, generaron desplazamientos y necesidades de reacomodación de la cultura política. Lo que era una crisis política se convirtió rápidamente en una crisis de legitimidad, es decir, una crisis mucho más amplia que implicaba una revisión de los fundamentos de esa monarquía y de la sociedad.

El otro nivel de datación, uno más concreto, empieza con las crisis de 1810, que terminaron con lo que vamos a llamar un enfrentamiento entre ejércitos, hacia la década de 1820 y, particularmente, con los grandes ejércitos de América del Sur.

Lo que empezó como una crisis de legitimidad en el contexto americano dio vida a una resignificación de un vocablo que, previamente, no tenía protagonismo: independencia. Un vocablo cuyo alcance actualmente no comprendemos, independencia no significa, para los contemporáneos, una declaración de soberanía estatal en el marco de naciones independientes y soberanas, sino una declaración de arrogarse el autogobierno de sus localidades, particularmente de sus municipalidades. En otras palabras, independencia era no depender del lazo con Castilla, vigente a lo largo de todo el periodo monárquico.

122

C.A.P.V.: En esa resignificación del concepto de *independencia*, ¿qué papel tuvo el concepto de *colonia*?

F.O.M.: El concepto de *colonia* es fundamental. Antes del siglo XVIII, significaba asentamiento y población; si bien las provincias americanas no eran designadas como colonias dentro de la legislación de Indias, tampoco estaba muy lejos del ideal de población, aunque la idea era ser parte integral de la monarquía. Sin embargo, las transformaciones administrativas y políticas generaron desplazamientos en el imaginario político y alimentaron la crisis política de 1810. Las reformas administrativas y políticas reorganizaron la relación entre las provincias americanas y la metrópolis y, particularmente, la capacidad ejecutiva de la monarquía. Esta reorganización terminó por quitarles ciertos privilegios adquiridos a las provincias americanas. En esta fricción establecida a finales del siglo XVIII, el concepto de colonia se usaba porque empezaba una nueva modalidad, ya no de asentamientos europeos sino de explotación de los territorios.

Había suficientes indicios para los criollos del siglo XVIII de que las nuevas políticas administrativas, fiscales e incluso militares, que estaban tomándo-

se con las provincias americanas tenían como destino convertirse en colonias. Así el término de colonia empezó a aparecer entre los funcionarios reales para designar territorios que previamente se llamaban provincias o reinos.

Es el momento en el que colonia adquirió este sentido negativo; en términos contemporáneos, es aquel territorio que no tiene Constitución, es decir, que no tiene calidad política. Si algo creían que tenían los criollos de las provincias era esa calidad política, pues tenían una antigua Constitución, un ordenamiento y un régimen de privilegios y obligaciones con su soberano; además de relación directa con la Corona.

C.A.P.V.: ¿La captura del soberano español y su heredero en mayo de 1808 fue importante en esas transformaciones?

F.O.M.: Es, en efecto, un hecho fundamental, en parte, porque es el detonante. Si hubiera ocurrido lo que sucedió con la Corona portuguesa, donde los monarcas migraron a sus provincias americanas, es factible que las provincias americanas se hubieran reconstituido bajo una forma de monarquía que, quizás, incluso habría dado tránsito a algo así como una confederación, al estilo inglés. Por medio de la abdicación, hubo un breve momento en que los funcionarios franceses tuvieron algún prestigio en España, lo que generó pánico entre los americanos, porque los funcionarios virreinales eran napoleónicos. Bonaparte era el gran enemigo, a quien había que temer y contra quien había que combatir.

123

El momento de la crisis política adquirió velocidad, y tuvo lugar un cabildo abierto para debatir lo que ocurría en Quito. También se dio una serie de discusiones en entornos cercanos a la corte, donde participaban criollos ilustrados, y esa fricción entre autoridades virreinales y autoridades locales municipales fue agudizándose. Con la visita del conde de Puñonrostro, que venía de Caracas, pasó por Cartagena, bajó por el centro de la Nueva Granada hasta Bogotá e iba de camino a Quito, era necesario tomar decisiones de alianzas relativamente definitivas. Ese fue un momento que ellos consideraron propicio para decidir que era mejor reconstituirse, no en desafío al rey, sino dentro de lo que consideran vías legítimas; reconstituirse en una forma de conservar la soberanía real y, a su vez, asumir el gobierno, lo que, es en todo caso, un anhelo antiguo de los criollos.

C.A.P.V.: En estas transformaciones hay un hecho que es muy interesante: los territorios que se independizaron primero son las ciudades.

F.O.M.: Sin duda. Eran las cabezas de provincia o los cabildos los que reconocían esa responsabilidad que les competía en momentos de crisis. Hay toda una forma de comprender la crisis a través de la retroversión de la soberanía, que significaba que las potestades previamente depositadas en el rey, con las abdicaciones, cesan y regresan a los cabildos, no a las provincias, sino al cabildo, cabecera de la provincia. Ahora, en América esas jurisdicciones, de cierta manera, estaban en configuración, conformación y consolidación, por lo que había fracturas y peleas.

El proceso de fragmentación o de municipalización de la soberanía iniciado en ese momento es una de las claves para entender esos primeros años de la experiencia republicana. Debe recordarse que el vocablo virtuoso previo a ese momento es *dependencia*, uno vive en dependencia porque vive en sociedad, y vivir en sociedad significa reconocernos en nuestro ordenamiento, jerarquías, autoridades y valores; abogar por la *independencia* es como abogar por la anarquía y, en buena medida, muchos de los discursos antirrepublicanos que emergieron en esa República señalan el proceso de fragmentación de estos municipios, las fracturas y las guerras civiles son producto de los pecados de los neogranadinos.

C.A.P.V.: Es necesario preguntarse cuál es la idea de República que surgió desde 1819.

F.O.M.: Es una pregunta importante, entre otras cosas, porque *república* es un vocablo central para la tradición política compartida. Tiene un proceso de diferenciación, sobre todo, en los siglos XV, XVI y XVII, cuando ocurrieron elaboraciones de una república católica muy importante; a finales del siglo XVII y principios del XVIII, la república católica pasó a elaborarse como un ideal de buen gobierno y buen católico. Los cabildos eran las sedes de esa república católica, tenían una jurisdicción, pero su institucionalidad no era definida, tenían un entramado, era la comunidad cívica y política, el asentamiento y el fundamento de todo lo demás. Estas repúblicas eran parte importante de la manera como se entendían los vasallos.

A su vez surgieron, a finales del siglo XVIII, en Europa y euroatlántico, versiones de república diferentes, centradas no en el ideal del buen vasallo, sino en el de ciudadano, de la participación efectiva y del cogobierno. Estos dos idearios empezaron a confluir en la última década del siglo XVIII en la monarquía hispánica, y terminaron por enriquecer y complejizar la manera de responder a esa crisis política de 1810, porque una manera de responder era reconstituir la monarquía o pensar que las autoridades hispánicas van a

regresar; otra, pensar que los fundamentos de legitimidad ya no eran los de la comunidad política.

Ante la duda de cómo constituir una nueva comunidad, la república emerge como una posibilidad, aunque no fue la única. La república tampoco es una, hay repúblicas federadas, centralistas, aristocráticas y democráticas, y hay monarquías republicanas. Es decir, es un menú amplio de posibilidades, son más numerosas las herramientas con las que empezaron a elaborarse, en su momento, las respuestas a lo que para ellos era urgente: cómo refundar esta comunidad.

C.A.P.V.: Usted fue el curador de la exposición 1819, un año significativo, ¿qué recogió esta exposición?

F.O.M.: Doscientos años después, tenemos una narrativa bastante pobre sobre nuestro proceso de Independencia. Una narrativa que ni siquiera logra diferenciar entre 1810 y 1819, dos momentos en los cuales aparente y simplemente ocurrió lo mismo. Tenemos una narrativa pobre en términos de secuencia: ¿qué ocurrió? Un par de batallas; ¿cuáles fueron los personajes que participaron? Simón Bolívar, Francisco de Paula Santander, Pablo Morillo y Manuelita Sáenz. Nuestra memoria colectiva y nuestras formas de conmemorar han empobrecido esos referentes, ese momento vertiginoso, fecundo, potente; un momento que sigue informando buena parte de nuestros desarrollos posteriores, incluso hasta el presente, porque lo que se dice en 1819 es algo a lo cual todavía estamos tratando de encontrarle respuestas.

125

Para enfrentar este problema, con el Museo Nacional decidimos preguntarnos por qué es significativo 1819, para quién y qué lo diferencia de 1810. Lo que empezó en 1810 fueron dos caminos diferentes, uno que podría llamarse *Independencia* y el otro es lo que Caldas llamó *Nuestras Revoluciones*. Nuestra Independencia termina, en buena medida, en un hecho de armas, en últimas, porque es un proceso que empezó a afianzar unas soberanías municipales provinciales que terminaron siendo soberanías más amplias. El proceso de revolución política es aquello que busca una solución a la gran crisis de legitimidad que organizaban las sociedades previas; esta es la crisis política profunda que sigue siendo fecunda y vigente en la medida que necesitamos seguir respondiendo a los mismos problemas.

Preguntarse qué significaba era también preguntar a aquellos contemporáneos que hacían parte de ese 1819, amplio y diverso, que empezó con el

Congreso de Angostura y concluyó con la Ley Fundamental, que vincula a Colombia, Venezuela, Ecuador y Panamá en un nuevo país, qué era lo significativo para esos actores tan diversos en todos los rincones de Colombia, no necesariamente vinculados a la guerra. Las respuestas fueron increíbles.

Por ejemplo, el esclavo que trabajaba en una hacienda en proceso de descomposición, en buena medida porque la economía no daba abasto y necesitaba liquidar sus esclavos. Uno de esos esclavos había logrado ahorrar suficiente dinero para comprar su libertad y la de parte de su familia; logró comprar la libertad su esposa y a dos de sus cinco hijos; de modo que viajó a Cartagena tratando de conseguir dinero para comprar la libertad del resto de su familia, pero sus intentos fallaron. Entonces, debía volver a seguir trabajando. Este es su propio dilema significativo, en un momento en el que se estaba luchando por la independencia nacional y, al mismo tiempo, tratando de construir la propia independencia en una nueva forma de comunidad.

Otro ejemplo, en Cáqueza, la comunidad indígena denunció al cura del pueblo de indios por abusos y maltratos. Esa denuncia fue recibida por el procurador de indios y procesada en la primera mitad del siglo XIX. Es decir, antes de que las tropas entraran a Santafé. Después de ser evaluada, se decidió que tenía razón la comunidad indígena y se remitió el expediente al juez para que fallara. El expediente llegó al Tribunal de Santafé el 7 de agosto de 1819, cuando los jueces huyeron de la ciudad y el caso quedó inconcluso.

Un último ejemplo para señalar que no son situaciones truncadas sino también nuevas oportunidades. Micaela Mutis era esposa de un ferviente realista; mientras que ella era republicana. Su familia no tuvo grandes problemas hasta el momento en que, en la gran ruptura, su esposo decidió huir a Valencia, Venezuela, donde estaban las bases de Pablo Morillo. En este momento, ella se quedó a cargo de su familia y decidió rehacer su vida, quedó embarazada de un joven general republicano y su marido regresó; y la acusó de engaño. Por eso, quería confiscarle a sus hijos y bienes y enviarla a la cárcel. Ella se apoyó en la Constitución para decir cómo, en un nuevo régimen de libertades, no podía ser acusada por haber defendido la libertad de su país.

Con estos ejemplos vemos cómo cambia completamente la noción de república porque la gente se apropió del concepto; y esa es la parte interesante.

C.A.P.V.: ¿José Manuel Restrepo, un personaje fundamental para la historiografía colombiana, hizo de notario de los cambios culturales de estos conceptos?

F.O.M.: Lo hizo, pero es un notario interesado, como todos los notarios del siglo XIX; estamos hablando de José María Samper y Sergio Arboleda, entre otros. Todos estaban atentos a la manera en que cambiaban esos vocablos, y el cambiar no era simplemente un reflejo de algo que ocurría en la sociedad, sino que el cambio permitía transformaciones sociopolíticas más amplias. En buena medida, en eso consiste la participación política y la democracia inaugurada en este momento.

José Manuel Restrepo es uno de los grandes notarios, no el único. Pero sí es quien nos orienta en la manera como fue armándose un nuevo mapa político conceptual, unas nuevas formas de estar en comunidad y unas promesas que se hicieron entonces y todavía estamos tratando de cumplir.

C.A.P.V.: ¿Cómo podría plantearnos a los colombianos de hoy la importancia de 1819?

F.O.M.: Es un momento fundante, en el sentido pleno de la palabra; si hemos tenido una revolución, un momento de transformación en nuestra historia, fue ese. Es el momento en que las reglas básicas a partir de las cuales nos organizamos como comunidad cambian de manera radical, y un nuevo juego empieza. Ahora, esas nuevas reglas se abren o empiezan con un gran horizonte de posibilidades y promesas. Esa es la razón por la cual tenemos república, no porque hubiera grandes líderes que decidieron ser republicanos, sino porque en el momento en que se hizo la transformación, ese ideario estaba tan apropiado popularmente, que no era posible constituir otra forma. Esto lo reconocieron Bolívar y otras figuras: no era posible construir una monarquía en estas tierras.

A partir de este momento, estamos casados con la república por una decisión colectiva, por quienes vieron sus posibilidades y sueños en esta forma de organización. Ello no siempre se ha logrado, pero sí empezamos un camino. Esto me parece importante rescatarlo, no su conmemoración, sino, como decía José Manuel Restrepo, porque lo más interesante de recordar es reflexionar.

GERMÁN BULA ESCOBAR

Colombia, una nación inconclusa

En los doscientos años de historia republicana, el Estado nación ha tenido un proceso de formación que ha comprendido un trazado histórico, político, económico y social de las instituciones de orden político. En el marco de la conmemoración del bicentenario, vale la pena revisar cómo se ha construido el Estado colombiano y precisar si se trata de uno autónomo, democrático, intervencionista, con institucionalidad robusta y control del territorio. Para profundizar en este tema, consultamos a Germán Bula Escobar, abogado y magistrado del Consejo de Estado.

Carlos Alberto Patiño Villa (C.A.P.V.): En doscientos años de historia republicana, ¿cómo ha sido el proceso de construcción del Estado en Colombia?

Germán Bula Escobar (G.B.E.): El Estado nación surgió a imitación o semejanza de los Estados europeos y de Norteamérica; surge de arriba hacia abajo, por lo que considero que Colombia es una nación inconclusa. Hay varias formas de enfocararlo. Una está constituida por las libertades políticas que se movieron desde 1830 en adelante no de manera lineal, con unas constituciones más liberales que otras, hasta llegar a la Constitución de 1886, una constitución conservadora; solo con la Constitución de 1991 se ampliaron las libertades políticas en el país.

Desde el punto de vista social, cabe destacar que la Reforma Constitucional de 1936 es la que inició la concepción de las políticas sociales. Esta reforma de 35 artículos estuvo ligada a leyes específicas como la Ley 200 de 1936, conocida como Ley de reforma agraria. También se registraron avances considerables en 1945 y en 1968. No obstante, el mayor progreso

social sigue siendo el de la Constitución de 1991, a pesar de la condición de ser un acuerdo abigarrado de distintas tesis sobre el Estado.

Respecto al poder ejecutivo, es importante tener en cuenta su fortaleza en 1886 y todavía más en la reforma de 1968, inspirada en la necesidad de modernizar el Estado y distribuir funciones entre las ramas Ejecutiva y Legislativa, junto a otros cambios introducidos por Carlos Lleras Restrepo. Pero la acción del Estado se hace más democrática y controlada, de nuevo, solo con la Constitución de 1991.

La responsabilidad del Estado en Colombia es una de las más complejas y completas del mundo. El Estado colombiano responde, repara de manera importante a las víctimas del conflicto. Toda clase de daño que se produce por el Estado y que el particular no tiene porqué soportar es susceptible de acciones en lo contencioso administrativo. Esa es la evolución de la jurisdicción de lo contencioso administrativo del Consejo de Estado que, en 1817, empezó a tener la función específica judicial, separada de la Corte Suprema de Justicia. Las dos cortes, la Suprema de Justicia y el Consejo de Estado son más que bicentenarias, pero durante casi cien años el Consejo de Estado existió solo como un cuerpo consultivo.

132

Desde el punto de vista económico, que suele ser la variable de mayor importancia, pues vivimos en un mundo donde la economía es una especie de ideología, podría decirse que, en la Constitución de 1886, hubo unas primeras pinceladas de intervención del Estado, sobre todo en temas de salubridad. Quizás el general Rafael Reyes sea el ejemplo de un Estado intervencionista durante su periodo. Podría decirse que en todo el siglo xx el Estado intervino en la economía para apoyar el desarrollo del capitalismo.

En la reforma de 1936 está implícita la modernización del país, porque no solamente se apoyó el surgimiento de empresas que sustituyeran las importaciones de bienes de consumo y bienes intermedios, sino que se habló de los derechos de los trabajadores. Luego, tenemos los primeros esbozos de planificación a partir de la década de 1950, cuando empezó a planearse la intervención del Estado para sustituir importaciones, una economía protegida cuya base es el importante mercado interno que creó el café.

El café fue la agroindustria más importante del país. En ese tiempo, generó divisas y un mercado interno considerables. Había una insipiente clase obrera, capaz de dar cuenta de las exigencias de procesos industriales capitalistas más modernos, junto a cierta élite empresarial. Estábamos frente

a una serie de condiciones que permitieron al país, durante el periodo de entreguerras, cuando hubo dificultades en el comercio internacional, producir por sí mismo bienes de consumo y, sobre todo, bienes intermedios. Ello permitió también sentar las bases de la producción de bienes de capital, lo que vino después, ejemplificado en industrias como la siderurgia y la petrolera y la química. Esta intervención estatal se fortaleció con la Reforma Constitucional de 1968 en términos de políticas públicas.

Es evidente que a finales de la década de 1960 empezó a agotarse el modelo de industrialización interna y apareció la construcción de vivienda y la proletarización de sectores campesinos, con invitación a la ciudad para trabajar en el sector de la construcción, empleo que exigía baja preparación. Este fue el programa de Misael Pastrana Borrero, para su presidencia (1970-1974). Luego vino el discurso de Alfonso López Michelsen, al que complementó con exportaciones. Es decir, lo que primero era sustitución de importaciones únicamente pasó a complementarse con construcción de vivienda y una política exportadora. La consigna de convertir a Colombia en el Japón suramericano, algo que nunca se volvió realidad, sí mejoró el desempeño exportador de la economía colombiana.

Todo esto hasta llegar a los tiempos que corren hoy, en los que la intervención del Estado en la economía sigue siendo una realidad, aunque quizá no sea una intervención brillante ni suficientemente intensa para promover el desarrollo económico. Hoy, la política pública está afectada por discursos que en su momento afirmaban que la mejor política industrial era una sana política macroeconómica, es decir, la no intervención; o bien que la mejor política industrial era no tener ninguna. Esto nos afectó y, en la actualidad, pareciera que los gremios están repensando la necesidad de algún tipo de intervención estatal en la economía; ellos mismos lo han planteado porque la experiencia de no tener políticas industriales y de dejar al mercado la posibilidad de impulsar el desarrollo por sí solo no ha sido fecunda.

Finalmente, la variable cultural nace con la Constitución de 1991, con la multiculturalidad y el carácter pluriétnico de la sociedad. Este es un Estado que ha tenido un desarrollo interesante con décadas muy brillantes como la de 1980, la famosa “década perdida” para América Latina, que no lo fue para Colombia. Esto es lo que hay en doscientos años de vida republicana, aunque con muchos más detalles.

C.A.P.V: Desde la Corte Suprema de Justicia y el Consejo de Estado, ¿cómo se observa esta historia republicana?, esto teniendo claro que en la primera

mitad del siglo XIX se tenía un Estado pequeño con escaso control territorial; luego en la segunda mitad del mismo siglo había un vaivén entre el federalismo y el centralismo y solo después de la Guerra de los Mil Días empezó a aparecer un Estado con capacidad, autonomía y centralización mucho más fuerte y, a partir de allí, parece existir una historia en permanente crecimiento del Estado colombiano.

G.B.E.: La disputa entre federalistas y centralistas es clave en el siglo XIX, no solo en Colombia sino en toda América Latina. Efectivamente, somos el producto de un hecho imperial y, a veces, se olvida que hubo un moscardón en nuestra historia, que no es la historia relativamente más endógena de civilizaciones más antiguas.

Me parece que nuestro Estado ha sido construido de arriba hacia abajo, esta es una carencia que sigue pesando sobre nuestra nación. Por eso sostengo que es una nación inconclusa. La posibilidad de construir nación de abajo hacia arriba se corta con la Constitución de 1886, que fue definitivamente centralista; con el Acto Legislativo 01 de 1986, que consagró la elección popular de alcaldes, se empieza a fortalecer el nivel local, reforzado finalmente en 1991.

134

Pero no basta con normas constitucionales, sería caer en el fetichismo constitucional, se necesitan acciones de política pública, presupuestal y operacional, que no han sucedido del todo en el país. Es decir, nos “lanzamos al río” a darle poder a lo local, pero ahora hay que terminar de cruzarlo, lo cual requiere un liderazgo especial que reforme lo necesario, de manera que pueda ponerse en cintura la corrupción local y aprovechar la energía de la variedad local, que es el nuevo diseño de Estado que propuso la Constitución de 1991.

Se habla mucho de que el Estado llegue a las regiones, pero es interesante discutir si lo que tiene que llegar es el Estado entendido como la policía, los militares y ciertas instituciones o un concepto de lo público que empodere lo local y dé a la ciudadanía un papel de participación y deliberación en el conjunto de la nación. En el fondo es importante reconocerse como una nación inconclusa, una tesis de la década de 1980 que habría que revisar, no para insistir en la nación decimonónica, sino para ver la inserción colombiana en el juego global, dado que las fronteras están muy desdibujadas en el siglo XXI.

Entonces, el siglo XIX fue una lucha entre el centralismo y el federalismo, pero no solo en Colombia, también pasó en Venezuela, México e incluso Chile. Es natural que haya pasado eso, porque existen poderes locales muy fuertes y porque configurarse en Estado nación no es un asunto sencillo.

Ahora, habría sido distinta la historia de América Latina si Bolívar no hubiera insistido en sus poderes pseudo dictatoriales y se hubiera dejado más juego a la existencia de la Gran Colombia, con más autonomía para Venezuela y Ecuador. Podría ser que aún existiera la Gran Colombia, como en el caso de Estados Unidos, una federación de estados con cierta autonomía que Washington no pretendió sofocar con un Estado centralizado.

C.A.P.V: En este balance, ¿cuáles son los retos más importantes para el siglo XXI?

G.B.E.: Un reto central es la nación inconclusa. Por ejemplo, Bogotá sociológicamente no se vio inmersa en los problemas de paramilitarismo; de manera que reconocer al otro, al afrodescendiente, al aborigen, a los pobres, a la violencia de las periferias, es un asunto que no se trata de manera cabal en las grandes ciudades, donde se concentra el poder político y cultural. Esta conclusión de la nación tiene que ser, ahora, en el marco del internacionalismo y el reconocimiento de una sociedad global.

135

Además, Colombia necesita un profundo rediseño del Estado. Eso es complicado, porque requiere voluntad política y capacidad técnica, es decir, rediseñar instituciones no es un asunto que pueda hacerse fácilmente, se requiere contenido académico y científico. Para eso, existe una ciencia del diseño organizacional, poco usada en el país. Esta voluntad política es compleja porque no parece haber suficientes liderazgos en los partidos políticos ni en el Congreso, que hagan viables reformas realmente sustanciales y bien hechas.

El Acto legislativo 02 de 2015, que transformó el Consejo Superior de la Judicatura es un perfecto desastre conceptual; la Corte Constitucional tuvo que entrar a hacer “cirugías rudas” para poner las cosas en orden. La calidad legislativa deja mucho que desear y en esto no solo está involucrado el legislativo, sino también el ejecutivo, que es el que lleva las iniciativas al Congreso.

Una cuestión central es la democracia deliberativa. Necesitamos más ciudadanía activa, que va a expresarse de mejor manera si las instituciones locales y la democracia son más transparentes. Yo haría reformas puntuales. Por

ejemplo, liberar de los avales a la democracia local. Hay mucho por hacer con un marco institucional bastante adecuado; hay instrumentos como el referendo que, bien usado, podría ayudar a resolver algunos asuntos puntuales de nuestro Estado.

Referencias

- Baena, M. (2013). *Cómo se hace ingeniero un negro en Colombia* (Volúmenes 1-2). Primera edición de 1929. Medellín: Escuela de Ingeniería de Antioquia.
- Bagley, B. (1982). *Colombia: a case of self-imposed dwarfism*. Regional Powers in the Caribbean Basin: México, Venezuela, and Colombia, Paper, Conference RIAL, about Center America, San José.
- Bergquist, C. W. (1981). *Café y conflicto en Colombia, 1886-1910: la Guerra de los Mil Días: sus antecedentes y consecuencias*. Bogotá: Fondo Rotatorio de Publicaciones FAES.
- Biblioteca Digital de la Facultad de Ciencias de la Universidad Nacional de Colombia. (s. f.a) Colombia Diversidad Biótica. Recuperado de <https://bit.ly/34kXNrK>
- Biblioteca Digital de la Facultad de Ciencias de la Universidad Nacional de Colombia (s. f.b). Flora de Colombia. Recuperado de <https://bit.ly/35jXc8J>
- Biblioteca Nacional de Colombia. (s. f.). Comisión Corográfica. Recuperado de <https://bit.ly/30fBWIM>
- Biblioteca Nacional de Colombia. (1808-1809). Semanario del Nuevo Reyno de Granada. Recuperado de <http://bibliotecanacional.gov.co/content/conservacion?idFichero=132637>
- Borda, S. (2019). *¿Por qué somos tan parroquiales?* Bogotá: Crítica.
- Caldas, F.J. de (1966). Ensayo de una memoria. En *Obra completas de Francisco José de Caldas*, Universidad Nacional de Colombia (ed.), 182. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Camacho, C., Garrido, M. y Gutiérrez, D. (eds.). (2018). *Paz en la República. Colombia siglo XIX*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia.
- Deas, M. y Gaitán, F. (1995). *Dos ensayos especulativos sobre la violencia en Colombia*. Bogotá: Fonade.
- Departamento Administrativo Nacional de Estadística (Dane) (2018). *Censo Nacional de Población y Vivienda*. Bogotá: autor.
- Departamento Nacional de Planeación (DNP) (2014). *Misión para el Fortalecimiento del Sistema de Ciudades*. Bogotá: autor.
- Fuerza Alternativa Revolucionaria del Común (Farc) (2017). Estatutos del Partido Fuerza Alternativa Revolucionaria del Común. Recuperado de <https://bit.ly/2EMHGSM>

- Gobierno de Colombia y Farc-EP (2016). Acuerdo final para la terminación del conflicto y la construcción de una paz estable y duradera [Acuerdo Final]. Recuperado de <https://bit.ly/2ZyQ5XH>
- Gobierno de Colombia y Gobierno de España. Institutos de Cultura Hispánica de Madrid y Bogotá (2010). Flora de la Real Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada. *Biblioteca Digital AECID*. Recuperado de <http://bibliotecadigital.aecid.es/bibliodig/es/consulta/registro.cmd?id=3148>
- Gómez, A. (2018). *Humboldtiana neogranadina*. (Tomos I-IV). Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- Gutiérrez, D. (2019). *1819: Campaña de la Nueva Granada*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia.
- Henao, J. M. (1929). *Compendio de la historia de Colombia: para la enseñanza de las escuelas primarias de la República* (20.ª ed.). Primera edición de 1911. Bogotá: Escuela Tipográfica Salesiana.
- Henao, J. M. y Arrubla, G. (1952). *Historia de Colombia para la enseñanza secundaria* (7.ª ed.). Primera edición de 1920. Bogotá: Voluntad.
- Instituto Brasileiro de Geografia e Estatística (IBGE) (2019). Números do Censo 2019. Recuperado de <https://www.ibge.gov.br/pt/inicio.html>
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (Inegi) (2015). Población. *Datos*. Recuperado de <https://www.inegi.org.mx/temas/estructura/>
- Museo Nacional de Colombia. (2019). Hace doscientos años... La instalación del Congreso de Angostura, 15 de febrero de 1819. Recuperado de <https://bit.ly/30kUMVA>
- Nieto, M. (2007). *Orden natural y orden social. Ciencia y política en el semanario del Nuevo Reyno de Granada*. Bogotá: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Ministerio de Educación y Ciencia.
- Obeso, C. (1877). *Cantos populares de mi tierra*. Bogotá: Imprenta de Borda.
- Presidencia de la República de Colombia (1954, 17 de diciembre). Decreto 3640 de 1954. Por el cual se organiza el Distrito Especial de Bogotá. *Diario Oficial* 28 663, 15. Recuperado de <https://bit.ly/30eV5RB>
- Quintero, I. (2011). *El relato invariable: Independencia, mito y nación*. Caracas: Alfa.
- Restrepo, J. M. (1858). *Historia de la revolución de la República de Colombia en la América meridional* (Volúmenes I-IV). Besanzon (Francia): Imprenta de José Jacquin. Recuperado de <http://repository.javeriana.edu.co/handle/10554/77>
- Vallenilla, L. (1919). *Cesarismo democrático, estudios sobre las bases sociológicas de la constitución efectiva de Venezuela*. Caracas: Empresa El Cojo.
- Vanegas, I. (2019). *Las batallas de Boyacá. Hombres, mujeres, experiencias*. Bogotá: Plural.
- Zapata Olivella, M. (1977). *Revista Letras Nacionales*. 2800.

Lecturas recomendadas

- Bushnell, D. (1996). *Colombia, una nación a pesar de sí misma. De los tiempos precolombinos a nuestros días*. Bogotá: Planeta.
- Deas, M. (1999). *Intercambios violentos. Reflexiones sobre la violencia política en Colombia*. Bogotá: Taurus.
- Halperín Donghi, T. (1998). *Historia contemporánea de América Latina*. Madrid: Alianza.
- Pérez, T. (2010). *Elegía criolla. Una reinterpretación de las guerras de independencia hispanoamericanas*. México: Tusquets.
- Rodríguez, J. E. (1998). *The Independence of Spanish America* (1998). Cambridge (UK): Cambridge University Press.
- Rodríguez, J. E. (2005). *Revolución, Independencia y las nuevas naciones de América*. Madrid: Fundación Mapfre Tavera.
- Rodríguez, J. E. (2006). *La revolución política durante la época de la Independencia: el Reino de Quito, 1808-1822*. Quito: Corporación Editora Nacional.

Perfil del autor

Carlos Alberto Patiño Villa

Doctor en Filosofía y profesor titular de la Universidad Nacional de Colombia. Entre el 2006 y 2012 dirigió la Unidad de Medios de Comunicación de la Universidad Nacional de Colombia; paralelamente, dirigió entre 2010 y 2012 la Oficina de Relaciones Interinstitucionales e Internacionales. Fue director del Instituto de Estudios Urbanos (IEU) entre 2012 y 2020.

Se ha desempeñado como investigador vinculado en el Instituto de Filosofía del Consejo Superior de Investigaciones Científicas de España, y es profesor invitado de la Universidad de Guadalajara, México, y de la Universidad de Salerno, Italia. Lidera el grupo de investigación Estudios Urbanos y Regionales (IEU-UN).

Su formación interdisciplinaria abarca un pregrado en Licenciatura en Historia y Filosofía en la Universidad Autónoma Latinoamericana y formación profesional en Antropología en la Universidad de Antioquia. En el nivel de maestría, cursó dos programas en la Universidad de Antioquia: Lingüística y Filosofía. Además, obtuvo un doctorado en Filosofía en la Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín. También cursó un programa de formación en Conflicto y Seguridad Global en el William Perry Center, de la Universidad Nacional de Defensa de los EE. UU., adscrita al Pentágono.

Dentro de sus principales publicaciones se encuentran *Medellín: territorio, conflicto y Estado. Análisis geoestratégico urbano* (2015); “Geopolítica de las ciudades en América Latina”, en *Forma y política de lo urbano. La ciudad como idea, espacio y*

representación (2016); e *Imperios contra Estados. La destrucción del orden internacional contemporáneo* (2017).

Perfiles de los entrevistados

Óscar Almario García

Profesor titular de la Universidad Nacional de Colombia; director del Centro de Investigación e Innovación Social (CIIS) de la Facultad de Ciencias Humanas y Económicas de la Universidad Nacional de Colombia - Sede Medellín. Doctor en Antropología Social y Cultural de la Universidad de Sevilla, España; magíster Internacional en Historia Andina de la Universidad del Valle y Especialista en métodos de investigación social; historiador; Programa de Posdoctorado Universidad de Buenos Aires, Argentina. En la actualidad, se desempeña como profesor de teorías, historiografías y seminarios de investigación en la Maestría y el Doctorado de Historia, y en el Doctorado en Ciencias Humanas y Sociales, en los cuales dirige trabajos de grado y tesis.

Daniel Gutiérrez Ardila

Docente investigador del Centro de Estudios en Historia (CEHIS) de la Universidad Externado de Colombia. Historiador de la Universidad Nacional de Colombia - Sede Medellín, y Doctor en Historia de la Universidad París 1, Panteón-Sorbona. Autor de tres libros sobre la Independencia y de una historia narrativa de la campaña de 1819; coeditor de Paz en la República y editor de las *Actas de los Colegios Electorales y Constituyentes de Cundinamarca y Antioquia* y de los *Informes del espía de Colombia en la corte de Fernando VII*.

Isidro Vanegas Useche

Profesor en la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, Tunja. Doctor en Historia por la Universidad París 1, Panteón-Sorbona y magíster en Historia por la misma universidad. Ha publicado, entre otros libros, *La Revolución Neogranadina* (2013); *Todas son iguales. Estudios sobre la democracia en Colombia* (2011); *El constitucionalismo fundacional* (2012); como editor, *El siglo diecinueve colombiano* (2017); y como compilador *Dos vidas, una revolución. Epistolario de José Gregorio y Agustín Gutiérrez Moreno* (2011). Igualmente ha traducido los libros *La Revolución Angloamericana como revolución*, autoría de Gordon S. Wood, *Republicanos indóciles*, de James Sanders; y *Artesanos y política en Bogotá* de David Sowell.

Margarita Garrido Otoya

Doctora en Historia de la Universidad de Oxford, Inglaterra; licenciada en Historia en la Universidad del Valle. Ha publicado varios libros y numerosos artículos sobre cultura política colonial y republicana. Ha desempeñado su labor académica en las universidades del Valle, de los Andes y Externado de Colombia. Entre 2000 y 2003, fue directora de Colciencias, y entre 2008 y 2013, directora de la Biblioteca Luis Ángel Arango, Bogotá.

144

Carlos Camacho Arango

Docente e investigador del Centro de Estudios en Historia de la Universidad Externado de Colombia; doctor en Historia de Universidad París 1, Panteón-Sorbona; historiador de la Universidad Nacional de Colombia - Sede Medellín. Fue editor de los libros *1819. Campaña de la Nueva Granada* (2019) y *Paz en la República* (2018); además es autor de *El conflicto de Leticia (1932-1933) y los ejércitos de Perú y Colombia* (2016), publicados por la Universidad Externado de Colombia.

Fernando Montenegro Lizarralde

Profesor adjunto del Instituto de Estudios Urbanos de la Universidad Nacional de Colombia - Sede Bogotá; consultor en urbanismo y arquitectura. Arquitecto de la misma universidad. Fue vicerrector de la Universidad Na-

cional de Colombia - Sede Bogotá en 2006-2009; decano de la Facultad de Artes en 1986-1988-2004. También fue profesor del programa de Maestría en Urbanismo y la Maestría en Diseño Urbano en la Facultad de Artes de la misma Universidad y profesor invitado en la Development Planning Unit de la Universidad de Londres; es miembro del Consejo Nacional de Arquitectura y del Consejo Nacional de Monumentos.

Fabio Zambrano Pantoja

Profesor titular de la Universidad Nacional de Colombia - Sede Bogotá, adscrito al Instituto de Estudios Urbanos; coordinador de la Maestría en Gobierno Urbano de la misma institución; docente de la Maestría de Historia del Departamento de Historia de la Universidad Nacional de Colombia. Es magíster en Historia de América Latina de la Universidad de la Sorbona, París, Francia. Invitado en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Humanas y de la Universidad de la Sorbona. Conferencista en la Universidad de Columbia y Universidad Católica de Caracas. Autor de varios libros y artículos sobre historia urbana y geografía histórica, entre ellos, *Impacto de El Bogotazo en la actividad residencial y en los servicios de alto rango del centro de Bogotá* (2019), *Alimentos para la ciudad: historia de la agricultura colombiana* (2015) y *La agricultura en Colombia* (2009).

145

Mauricio Nieto Olarte

Profesor titular y director de posgrados del Departamento de Historia de la Universidad de los Andes. Doctor en Historia de las Ciencias de la Universidad de Londres; magíster en History and Philosophy of Science de la Universidad de Londres. Entre sus publicaciones más relevantes están *Orden Natural y Orden Social: ciencia y política en el Semanario del Nuevo Reyno de Granada*, editado por el CSIC (2007), obra galardonada con el premio Alejandro Ángel Escobar de Ciencias Humanas y Sociales en 2008; *La obra cartográfica de Francisco José de Caldas, Universidad de los Andes* (2006) y *Remedios para el Imperio: historia natural y la apropiación del Nuevo Mundo*, editado por el ICANH (2000), obra galardonada con el premio Silvio Zavala de Historia Colonial, México, en 2001.

Gonzalo Andrade Correa

Director del Instituto de Ciencias Naturales de la Facultad de Ciencias de la Universidad Nacional de Colombia - Sede Bogotá. Biólogo, magíster en Biología con énfasis en Taxonomía Zoológica de la Universidad Nacional de Colombia. Miembro de número de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas Físicas y Naturales. Su labor académica cuenta con más de ochenta publicaciones entre artículos en revistas nacionales y extranjeras, capítulos de libro, libros, presentaciones en eventos científicos y publicaciones divulgativas en revistas y periódicos. Ha descrito once especies y tres géneros de mariposas nuevos para la ciencia. Por ello, es reconocido en el país y en el exterior como la principal autoridad en el estudio de las mariposas colombianas y como uno de los más importantes conocedores del tema en el contexto iberoamericano.

Sandra Borda Guzmán

Profesora asociada de la Universidad de los Andes. Doctora en Ciencia Política de la Universidad de Minnesota, con posdoctorado en Política Exterior en la Universidad de Groninga; magíster en Relaciones Internacionales de la Universidad de Chicago y en Ciencia Política de la Universidad de Wisconsin; politóloga de la Universidad de los Andes. Fue miembro de la Misión de Política Exterior. Ha sido docente en universidades nacionales e internacionales, como la Universidad de Minnesota, la Universidad de los Andes, la Pontificia Universidad Javeriana, la Universidad del Rosario y la Universidad Nacional de Colombia. Ha trabajado en medios de comunicación como el Canal NTN24, Radio Nacional de Colombia, Canal Cablenoticias, Diario *El Mercurio*, BBC Londres, BBC Noticias Colombia, Agencia Internacional de Noticias AP, *Semana* y periódicos como *El Espectador* y *Russia Today*.

Javier Ortiz Cassiani

Candidato a doctor en Historia por El Colegio de México; magíster en Historia de la Universidad de los Andes; Historiador de la Universidad de Cartagena. Ha sido profesor de la Universidad de Cartagena, Universidad Jorge Tadeo Lozano (seccional del Caribe), Universidad de los Andes y Universidad Santo Tomás de Cartagena. Es coautor de los libros *Desorden en la plaza. Modernización y memoria urbana en Cartagena* (2001) y de *Los 50 días que*

hicieron a Colombia (2004). Ha publicado ensayos, artículos, crónicas y reseñas en las revistas *Historia Crítica*, *Palimpsesto*, *El taller de la historia*, *Aguaita*, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, *El Malpensante*, *Semana*, *Arcadia* y *Noventa y Nueve*.

Francisco Ortega Martínez

Profesor del Departamento de Historia de la Universidad Nacional de Colombia - Sede Bogotá. Doctor en Historia de la Universidad de Chicago. Realizó una estancia posdoctoral como investigador en el proyecto “The Research Project Europe 1815-1914”, en la University of Helsinki. Además, fue comisario de la Universidad Nacional de Colombia para las actividades del bicentenario.

Germán Bula Escobar

Magistrado del Consejo de Estado. Abogado de la Universidad del Rosario, con Maestría en Economía de la Universidad Nacional de Colombia y estudios doctorales en Cibernética Organizacional de la Universidad de Lincolnshire. Fue ministro de Educación Nacional, embajador de Colombia en Venezuela, vicecontralor general de la República, consejero presidencial para la Cooperación Internacional, director del Centro Mundial de Investigación y Capacitación para la Solución de Conflictos de la Universidad para la Paz (ONU) y presidente de la Asociación Colombiana de Pequeños y Medianos Empresarios (Acopi).

Índice toponímico

A

Amazonas 57-58.
América Latina 18, 63, 67, 73, 78, 101,
103, 133-135.
Andes 18, 81, 101, 104, 113.
Antioquia 117.
Argentina 68, 76.

B

Barranquilla 64-66, 68-69.
Berlín 93, 107.
Bogotá 31, 55, 58, 63, 66-69, 76, 84,
91, 95, 105, 121, 123, 135.
Boyacá 11, 17, 27, 29, 37, 39-41, 76,
78, 115.
Brasil 63, 75, 91.
Bucaramanga 65, 67-68.

C

Cali 64-66, 68-69, 76, 78.
Caquetá 57, 58.
Caracas 123.
Caribe 32, 54, 57, 67, 76, 105, 114-118.
Cartagena 21, 28, 64-65, 74, 113-117,
123, 126.
Cartago 35.

Catatumbo 108.
Cauca 23, 32, 35, 47, 67.
Chicago 101, 121, 146.
Chile 64, 135.
Chiribiquete 95-97.
Cúcuta 11, 17, 19-21, 34, 65, 67.
Cundinamarca 64, 143.

E

Ecuador 11, 21, 91, 126, 135.
España 65, 74, 81, 84, 86, 91, 123.
Estados Unidos 11, 42, 57, 74-75,
102-109, 118, 135.
Europa 11, 65-66, 75, 82-83, 85, 102,
124.

F

Francia 31, 73.

G

Ginebra 19.
Granada, Nueva, Nuevo Reino de 11,
18-19, 23, 27-29, 34, 38, 54, 73, 76,
81-82, 85, 91, 113, 116, 121, 123.
Grecia 32.
Guayaquil 32.

H

Honda 78.

I

Ibagué 78.

Imbabura 92.

Inglaterra 45, 75.

J

Janeiro, Río de 66.

Japón 133.

L

Leticia 57-58, 78.

Londres 81, 92-93.

M

Madrid 92-93.

Magangué 64.

Magdalena 64-65, 77-78.

Manizales 46, 77.

Medellín 17, 43, 64-66, 68-69, 78.

México 63, 66, 73, 75-76, 91, 103,
113-114, 135.

Minnesota 101.

Mompox 28, 64.

N

Nicaragua 108-109.

P

Palenque, San Basilio de 114, 117.

Pamplona 28, 65.

Panamá 29, 53, 58, 101-104, 108.

París 23, 27, 73.

Perú 11, 20, 32, 53, 56-58, 64, 91.

Popayán 21, 28, 47, 64-66, 76.

Q

Quito 18, 32-34, 123.

S

Santander 49, 57.

T

Tunja 28, 37, 39, 41, 89.

V

Valencia 126

Venezuela 11, 19, 21, 29-30, 32-34, 38,
41, 57, 105, 108, 115, 126, 135.

W

Washington 107, 135.

Wisconsin 46, 101.

Índice onomástico

A

Ancízar, Manuel 75.
Arboleda, Sergio 48, 127.

B

Barreiro, José María 31, 41.
Betancur Cuartas, Belisario 106-107.
Biohó, Benkos 114.
Bolívar, Simón 11, 20-21, 27, 31, 37-39,
41, 64, 76, 86, 115, 125, 127, 135.
Bonaparte, Napoleón 86, 123.

C

Carrasquilla, Tomás 23.
Clinton, Bill 107.
Codazzi, Agustín 50, 93.

D

de Caldas, Francisco José 50, 81-85, 87,
92, 125.
de España, Fernando VII 11, 32.
de Paula Santander, Francisco José
20-21, 37, 39, 41, 49, 57, 115, 125.
Díaz, Eugenio 23.

H

Herrán, Pedro Alcántara 56.

I

Isaacs, Jorge 23.

L

Lleras Camargo, Alberto 105-106.
Lleras Restrepo, Carlos 132.
López Michelsen, Alfonso 133.
López Valdés, José Hilario 47, 56.
Lozano, Jorge Tadeo 84-85.

M

Mallarino Ibarquien, Manuel María 56.
Morillo, Pablo 30, 33, 40-41, 74, 84,
115, 125-126.
Mosquera, Joaquín 47-48.
Mosquera, Tomás Cipriano 48, 50, 56.
Mutis, José Celestino 22, 81-85, 92-93,
96, 126.

N

Nariño, Antonio 83, 86.

O

Ospina Rodríguez, Mariano 46, 54.
Obeso, Candelario 49.

P

Padilla, José 115-116.
Pastrana, Andrés 107-108.
Pastrana, Misael 133.
Piar, Manuel 115.

R

Restrepo, José Manuel 23, 30, 84, 127.

S

Sáenz, Manuelita 125.
Samper, Ernesto 107.
Samper, José María 127.

T

Turbay Ayala, Julio César 106.

U

Uribe, Álvaro 19, 107-108.
Uribe Uribe, Rafael 77.

V

von Humboldt, Alexander 83-85,92-93.

Z

Zapata Olivella, Manuel 22, 118.

ESTA COLECCIÓN presenta las investigaciones que el Instituto de Estudios Urbanos (IEU) adelanta acerca de situaciones asociadas con el gobierno de las áreas urbanas. Se procura destacar los agudos problemas en torno a las relaciones entre las ciudades y los Estados, la conformación política de la ciudadanía, las transformaciones económicas de las áreas urbanas, la evolución de la vivienda y el hábitat y sus impactos en los ámbitos rural, nacional y estatal. También hacen parte de esta colección trabajos que involucran investigaciones sobre historia, geografía y antropología urbana junto con los más novedosos elementos de la investigación en políticas públicas, ordenamiento territorial, análisis regionales y territoriales, de seguridad y de transformación de las ciudades contemporáneas, tanto en Colombia como en el exterior.

HECHOS Y RELATOS DE NACIÓN

1819-2019

Hace parte de la Colección Ciudades, Estados y Política
Instituto de Estudios Urbanos - IEU

Se utilizaron caracteres Baskerville BT 12/14,5 puntos,
tiene un formato de 16,5 x 24 centímetros.

Bogotá, D. C., Colombia.

editorial
UNAL

ISBN: 9789587942828



El 7 de agosto de 1819 marcó uno de los hitos más importantes de la historiografía de Colombia. Se trata de la batalla de Boyacá, cuyo bicentenario se conmemoró en el 2019, y que representa uno de los episodios más importantes de la historiografía de Colombia, cuando los patriotas repuntaron decisivamente para alcanzar la victoria sobre las fuerzas realistas y empezar a erigir una república independiente.

Con el objetivo de profundizar en los diversos mitos que rodean el proceso de la Independencia, la vida urbana, la relación entre ciencia y política, las relaciones internacionales, la cultura y el arte, y las consecuencias de estos procesos en la Colombia del siglo XXI, *Hechos y relatos de nación 1819-2019* presenta una serie de entrevistas en las que se analizan estos acontecimientos. Dentro de los entrevistados que participan en esta obra se encuentran historiadores, arquitectos, sociólogos y biólogos, entre otros expertos que detallan los hechos que han contribuido a la construcción del relato de nación y que fundamentan la historia de Colombia.

COLECCIÓN CIUDADES, ESTADOS Y POLÍTICA